EMILSE MANCEBO

ATAÚDES VACÍOS

RELATOS OSCUROS EN UN UNIVERSO PERTURBADOR

BÄRENHAUS



ATAÚDES VACÍOS

RELATOS OSCUROS EN UN UNIVERSO PERTURBADOR

EMILSE MANCEBO

EMILSE MANCEBO

ATAÚDES VACÍOS

RELATOS OSCUROS EN UN UNIVERSO PERTURBADOR

BÄRENHAUS

Mancebo, Emilse
Ataúdes vacíos / Emilse Mancebo. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Bärenhaus, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8449-54-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.
Ilustración de cubierta: Santiago Caruso



Publicado bajo el sello El guardián literario
Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.
www.editorialbarenhaus.com

ISBN 978-987-8449-54-8

1° edición: diciembre de 2023
1° edición digital: noviembre de 2023

Conversión a formato digital: Numerikes

SOBRE ESTE LIBRO

Este libro es la glorificación de lo macabro. Ataúdes, hospedaje para lo que ya es manjar de la corrupción; y vacíos. Lea y sabrá si es prolija logística o rareza. Mark Fisher enseñaba que lo raro es algo que no debería estar ahí. Emilse juega con lo anómalo, lo espeluznante y teje emociones aterradoras que se disparan con cada uno de sus trece cuentos. Numerito que provoca una inquietud suficiente como para omitirlo de pisos, habitaciones, filas de asientos y toda sumatoria que recuerde a Judas, el bifronte apóstol y traidor, decimotercer invitado a la Ultima Cena. Sí, este libro desafía las supersticiones y compone una oda a lo extravagante y lo tétrico. Es una obra que forja emociones alucinadas, con un suspense cómplice de aberraciones que repelen, al mismo tiempo que fascinan. Es ajenjo destilado a partir de lo extremo, innombrable y cloacal del ser humano provocando una repugnancia magnética que urge a otra copa. Y otra más. Y en cada copa se lucen los personajes, memorables espantajos que son un interrogante a la naturaleza humana, solapando lo familiar entre lo extraordinario y sobrenatural. Mejor no se mire al espejo, Dr. Jekyll. Es muy probable que el señor Hyde quede como un monaguillo.

Pablo Martínez Burkett

SOBRE EMILCE MANCEBO

Emilse Mancebo nació en Buenos Aires. Hija única, desde muy chica se hizo amiga del miedo y lo convirtió en su zona de confort.

Creció en la soledad de una casa inmensa, habitada por fantasmas. La madre, sonámbula, nostálgica y supersticiosa, solía recordar a los difuntos con tanto ímpetu que sus presencias se volvían palpables. El padre, gallego, criado en una aldea lejana y misteriosa, contaba historias de la Santa Compaña, de As meigas, y de un cura que se cubría con una sábana y salía a merodear el camposanto.

Influenciada por Dickens, Wilde y Poe, fascinada por "Drácula", ya en la escuela primaria jugaba a escribir relatos lúgubres.

En este, su primer libro de cuentos, expone lo insondable y ominoso del ser humano, revela los temores que la atormentan, y crea historias a partir de sus propias pesadillas.

IG: @emilsemancebo

*“El estado más doloroso del ser
consiste en recordar el futuro,
especialmente el que nunca tendrás."*

S0REN KIERKEGAARD

Para Manolo, por las lecciones de vida.

PROLOGO

¿Hay alguna posibilidad de encontrar un ataúd lleno? Siempre están vacíos, porque un ataúd no es más que una sumatoria de pérdidas.

Escribir un libro es una especie de pérdida, un desprendimiento, un dejar ir imágenes, palabras que abren grietas o suturan el ejército más profundo del yo.

En estos trece cuentos Emilse se expone, va sin filtro a encontrar el peligro en su propia historia, a decantar su psiquis; invita al lector a ser cómplice directo de un universo perturbador en el que avanza con una naturalidad asombrosa.

Transitar los escondites de la niñez, quedarse a salvo en fiestas infinitas, someterse a perversidades, vibrar cementerios, abrir el pórtico de lo sobrenatural con la obstinación y el determinismo de personajes sombríos que alcanzan su voz. Una voz que trasciende el vacío con su eco y como si fuéramos murciélagos nos alcanza en la noche por su resonancia, a ciegas, vulnerables.

Los vínculos como monstruos, la negación como verdad, la pelea inestable contra el pasado son fichas centrales en este juego de magia y marginalidades. El sexo en márgenes imperfectos, sufrientes, al límite. El goce atado siempre a una maldición.

Parece que no sirviera estar alerta, porque siempre hay una máscara detrás de una máscara, un fin distante, que se apaga, que sepulta a los personajes de este túnel a cielo abierto.

Y, por último, nos muestra: un ataúd vacío puede ser un hermoso sitio para buscar refugio.

Abro la tapa.

Nicolás Barrosa

ACA NO ME VAN A ENCONTRAR

Con el pulovercito impregnado de un dulce aroma a bizcochuelo, Benja rasca la tortera con un tenedor y se chupa los dedos pegoteados de migas. Hoy es el cumpleaños de mamá. Vienen las tías con los siete primos, todos insoportables. El mayor ya va a la secundaria. Los otros son bastante más chicos, pero como ya saben leer se creen superiores.

Los invasores entran como un tornado —como el caballo del Zorro —. Le pasan de largo a la limonada, y arrasan con la granadina. Se tapan la boca con las manos cubiertas de gofio, y se lamen las palmas como muertos de hambre. Salen a jugar al patio. Ojalá le arranquen las flores al jazmín, así la abuela se pone triste y no los invitan nunca más.

Benja se queda de brazos cruzados en un rincón del pasillo, y le pega un pisotón a la baldosa. Uno de los primos lo va a buscar y lo empuja hacia el patio:

—¿A qué querés jugar?

Con estos tarados no quiero jugar a nada, piensa Benjamín, acostumbrado a entretenerse solo armando rompecabezas, pintando con crayones, amasando plastilina hasta que los colores le tiñen la piel debajo de las uñas. A veces con la abuela juegan al dominó. Le da pena la pobre, sorda como una tapia, y casi ciega como un topo. Aunque no sabe qué animalito vendría a ser una tapia, ni vio nunca a un topo de verdad —se los imagina con orejas enormes como el topo Gigio—, entiende que la abuela está cada día más viejita y que pronto se irá al cielo con el abuelo Pocho. Así se lo explicó mamá. Desde entonces, duerme abrazado al oso perezoso y todas las noches le reza al ángel de la guarda: teme despertarse hecho un viejito como la abuela.

Los primos no le dan tiempo a responder, y cada uno propone un juego distinto:

—¡Un, dos, tres, coronita es!

—Callate. Dejalo elegir al Benja, que está celoso porque la abuela nos hizo un bizcochuelo.

El corazón de Benja late apresurado. Se arrima al primo y le da un empujón. El otro se le ríe en la cara, estira los brazos, se inclina un

poco, y con los dedos arqueados finge unas garras, y ruge. Como cuando mamá hierve la leche y desborda de espuma, a Benja le sube un calor a las mejillas y lo empuja de nuevo. Pero el otro es más fuerte y ni siquiera se tambalea.

—¡Terminenlá, che! ¿A qué jugamos?

Todos gritan a la vez:

—A la mancha venenosa.

—¡No! Piedra, papel o tijera.

—Al gallito ciego.

—¡Juguemos a la escondida!

—A la escondida sí —grita Benja—. La escondida. ¡La escondida!

—Mirá que hay que saber contar. ¿Ya aprendiste qué viene después del diez?

—Sí, después del diez, viene el *doñee* —grita, y refuerza su afirmación asintiendo con la cabeza.

—*¡Donce!* Qué burro.

—¡No soy burro! ¡Soy chiquito!

Los invasores se matan de risa, y hasta lo señalan con el dedo.

—No te enchivés, Benjamín. Vamos a jugar.

A él se le hace un nudo en la garganta, pero no va a darles el gusto de llorar delante de ellos. Aprieta los párpados, los puños, tensa todo el cuerpo, y afloja.

—¡Cuento yo! —dice el mayor—. Cuento hasta cincuenta, y… ¡zapatilla de goma, el que no se escondió, se embroma, punto y coma!

Se recuesta contra la pared, la cabeza apoyada sobre el brazo, los ojos cubiertos por la manga del buzo. Los demás invasores se dispersan, y corren a toda velocidad, como escapando de un monstruo.

Benja es rápido, pero ellos tienen las piernas más largas, y enseguida se esfuman. Al no saber contar, no tiene la menor idea de en qué momento el primo grande se despegará de la pared. Se ve solo en el corredor, a pasos del dormitorio de la abuela, que debe estar durmiendo. Ni bien abre la puerta le oye los ronquidos. No se molesta en entrar en puntas de pies: la pobre vieja es incapaz de oír hasta el bocinazo de un camión.

Mira a su alrededor buscando un escondite: el armario, debajo de la cama, detrás del perchero. Oye pasos que corren, y al invasor que grita:

—¡Piedra libre para Sol, que está debajo de la mesa!

Qué boba la prima, qué rápido la descubrieron. No había elegido un buen lugar para esconderse. Pero a él no van a encontrarlo así de fácil. La salamandra: cabe perfecto, y a nadie se le va a ocurrir buscarlo ahí. Se sienta entre restos de carbón y ceniza, y cierra las

puertas. ¡Cómo se va a enojar mamá cuando le vea el pantalón sucio! Ojalá se le vayan las ganas de hacer fiestas, y los invasores no vengan nunca más.

Quedarse un rato encerrado es bastante agradable. En ese sucucho hace menos frío que en el resto de la casa. No hay mosquitos, ni se acerca el perro, y los discos de Johnny Tedesco casi no se oyen. Se le ocurre que, de ahora en más, la salamandra será su refugio.

El tiempo pasa, pero el invasor no viene. Benja se aburre, le hormiguean las piernas. Cambia de posición, pero sigue incómodo, y le está faltando el aire. Mejor abrir y listo. Total, parece que el juego ya terminó.

Empuja. La puerta no se abre. Empuja más, con todas sus fuerzas, y tampoco. Aprieta los dientes y le da puñetazos hasta que los nudillos le quedan ardiendo, sangran un poco, pero no pasa nada. Va a tener que pedir ayuda. Sabe que, sorda cómo es, la abuela tendría que ser adivina para darse cuenta de que él está ahí.

A Benja le duele la panza. Se ahoga, las manos le tiemblan, y ya no quiere seguir con los ojos abiertos y ver esa oscuridad. Tiene más ganas de llorar que de cualquier otra cosa. Mentira: lo que más quiere es que lo ayuden a salir de su escondite, y *después* llorar. Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

Entonces ocurre un milagro: alguien está muy cerca, él puede oír los ruidos de esa persona que se mueve ahí nomás. Con las manos juntas y los deditos apretados, se limpia la sangre de los nudillos con la lengua. Con tus alas me persigno y me abrazo de la cruz.

Será que los invasores lo encontraron y le están haciendo una broma. O la abuela que se mueve despacito. Sigue rezando, ahora el padrenuestro, las dos primeras oraciones, que son las únicas que se sabe.

Grita.

Vuelve a los puñetazos.

Benja huele eso que mamá pone en un platito de metal para calentar el baño: alcohol celeste. Sabe que así es como la abuela prende el fuego. La puerta se abre. Alguien arroja unas ramitas secas y las rocía con alcohol. Unas gotas le salpican los zapatos. Vuelve a gritar, intenta levantarse. Pero el pantalón se enganchó y no le permite moverse. Un trozo de leña le pega en el bracito. Mientras se frota el codo, ve volar un papel prendido fuego. La puerta se cierra.

La luz anaranjada se apaga con el humo. La leña empieza a crujir. A Benja le arde la garganta, le lloran los ojos. El calor se torna insoportable. Ojalá papá fuese a controlar que la abuela está bien, como hace siempre. ¿Y ese olor raro, como cuando mamá pasa los brazos por la hornalla para sacarse los pelos? Se toca el flequillo y lo

siente áspero. Se le está chamuscando igual que a mamá.

Se llena del poco aire que le queda, y sopla. En vez de apagarse, el fuego se aviva y va creciendo. Benja recuerda una vez que papá hizo asado a la parrilla, la casa se llenó de humo y mamá se puso como loca.

¿Lo estarán buscando? Necesita tomar agua fresca, juguito. Quizá si llora mucho logre apagar el fuego con lágrimas. Da puñetazos, hasta que los nudillos le quedan en carne viva. Se le escapa el pichín. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Se arruga como la abuela. ¿Estará envejeciendo?

Oye el eco de una voz que lo llama: Benito. Así sólo le decía el abuelo Pocho.

Ya no oye el crujido del fuego, ni le arde la piel. Deja de respirar. Las piernitas se retuercen como las ramas de la hoguera.

DETRAS DEL VELO

Isabel refuerza el perfume —ese que Pablo le regaló cuando todavía eran novios— y se mira al espejo. El deleite de la noche anterior se le sigue notando en las mejillas. Debería verse radiante, pero, desde que se puso el vestido, la opaca un mal presentimiento. Su reflejo se difumina como si el baño se hubiese llenado de vapor. Desliza los dedos por el contorno de la cara —revive el calor de las manos de Pablo—, baja al cuello, y al llegar al escote se le cae otra lágrima. Pobre corazón, partido como una media medalla. Se retoca el maquillaje, arquea las pestañas una vez más. Abraza el frasco de perfume y lo aprieta contra el pecho.

Malditos nervios y malditas micciones. Con un nudo en el estómago y latidos en las sienes, se arrima al inodoro y levanta el vestido. Imposible dominar metros y metros de organza y de encaje que la atrapan como una telaraña. Se agacha lo más que puede, intentando hacer equilibrio —justo cuando el equilibrio le resulta una cualidad absolutamente ajena—, y vuelve a la media medalla, al relicario con dos fotos: Pablo poniéndose el casco, barba de dos días, el ceño fruncido en respuesta a su aversión hacia las cámaras; Nicolás bronceado, luciendo sus hermosos ojos azules por encima de los *Ray-Ban*, el pelo con gel, la sonrisa de varios miles de dólares.

¿Será posible amar a dos hombres a la vez? O a ninguno de los dos. Un hilo de orina desvía su curso hacia la pierna y moja la enagua. La angustia se convierte en rabia y se descarga en insultos. Porque Isabel podía tenerlos a los dos, pero prefirió cumplir con el mandato y dejar a todos contentos. Bueno, a todos no.

Mientras estira el brazo y corta el papel higiénico piensa: ninguno de los dos soportaría compartirla. No tendría que haber elegido a Nicolás. Más que nada fue su madre quien lo eligió, por buen partido; en cambio Pablo era un tarambana, un vago, un vividor de esos que con los años se ponen violentos.

La madre no estaba tan desacertada: así como Nicolás le propuso matrimonio, Pablo pudo haber hecho lo mismo. Pero no. Se limitó a pedirle que no se casara —por no decir que la amenazó con que jamás volvería a verlo—. Mejor quedarse con el recuerdo de la última vez,

enfocarse en un futuro con Nicolás, la casa, los hijos, el gato. O vivir en carne propia el cliché de la novia arrepentida que huye corriendo en cámara lenta con los *stilettos* en la mano.

Ya no queda tiempo para fantasear. Nicolás debe estar yendo a la iglesia, y a ella el olor de Pablo todavía le arde por debajo de la piel. De mala gana se acomoda el vestido y sale del baño, como quien camina por una cuerda floja. Se imagina yendo al altar dando pasos torpes. Tantas veces soñó con ese momento, y ahora que está a punto de alcanzarlo desearía retroceder la película —la pesadilla— y retomar desde aquel día en que Nicolás se apareció con el anillo y decirle: necesito tiempo; lo tengo que pensar; no sos vos, soy yo. O directamente cortar antes de Nicolás, volver a Pablo, a cuando eran felices juntos. Aún mejor, también eliminar a Pablo, empezar de cero. Pero la vida no es una película, y hasta el momento no existe una fórmula para viajar al pasado, así que adelante, a pisar la alfombra roja, seguir con la parodia y convencerlos a todos de que está contenta. Y si no logra fingir ser la mujer más feliz del mundo, dirá que los *stilettos* le están rompiendo los pies.

Frente al espejo, se coloca la tiara y traga saliva. Con una mano verifica que esté firme, con la otra tironea del velo y comprueba que no vaya a soltarse. Le transpira la frente, en las sienes varios mechones se abren, apelmazados. Se calza los guantes y empuña el ramo de marimoñas como escudo. Abre y cierra la boca varias veces, mastica la bronca haciendo sonar las muelas, vuelve a tragar saliva. Pero en vez de aquietarse, ahora se le humedecen las manos y el labio tiembla fuera de control.

Isabel se oculta detrás del velo orillado de encaje de Bruselas que con tanta ilusión trajo de Europa, y que ahora la cubre como un sudario. Y así va a la calle, con el corazón saliéndose del pecho y la cabeza dando vueltas como en una película de terror. O será que está mareada, al borde del desmayo. Encandilada por una lluvia *de flashes*, entre manchas distingue el ridículo moño de celofán que adorna el coche. Qué ganas de envolverlos a todos en esa mierda de celofán y estrujarlos bien hasta que sangren, hasta que se les salga el relleno como a un caramelo derretido. Amigos, vecinos y familiares, la están esperando para darle el último adiós de soltera. Aplauden, sacan *selfies*, tironean la cola del vestido y piden un deseo. Isabel se sorprende fingiendo sonrisas; siendo amable cuando, si tuviera la oportunidad, les pasaría a todos por encima con una topadora.

A los tumbos se apura a subir a la limusina que le alquilaron los padres —para darse dique y no parecer menos que la familia de Nicolás—. Arroja besos y saluda como princesa. En cuanto arrancan, cierra la ventanilla y vuelve a la noche anterior, vuelve a Pablo. No se arrepiente, pero no tendría que haberse encontrado con Pablo, ni

aceptar que la llevara a su casa en la moto. Sobre todo, no tendría que haberlo invitado a entrar, terminar en la cama con Pablo. Pablo: ese nombre que antes sabía a poco, ahora como una letanía reverbera en la oquedad de su pecho vacío.

Un murmullo, que a cada palabra se hace más audible, la saca de esa entelequia. Los padres, que por miedo a llegar tarde subieron a la limusina un rato antes que Isabel, conversan sobre la fiesta: que no falte bebida, pero que no se emborrachen; que los de Villa Insuperable no vayan así nomás, y que el tío no repita el chiste de que trabaja en el matadero y vive en una casa chorizo; que cuando la orquesta típica arranque con los valsecitos criollos.

Isabel ya no los escucha. Están llegando a la iglesia y falta muy poco para la entrada triunfal. En la vereda hay gente arrojando arroz. La madre se baja y el chofer sigue manejando hasta que sea la hora. Acaba de terminar una ceremonia y, a pesar de la distancia, a los recién casados se les nota la cara de felicidad. Cómo hará ella para fingir al salir, si no tiene coraje para entrar. No hace más que pensar en Pablo, no puede sacárselo de la cabeza. Recuerda la charla que tuvieron la noche anterior, y se lamenta porque ya no van a estar juntos. Él se lo dejó bien en claro: si ella decidía casarse, no volverían a verse nunca más.

No bien el coche estaciona, el padre baja y la agarra del brazo. Isabel, atenta a una gota que le chorrea por la espalda y al polen de las flores que acaba de mancharle el vestido, no ve que el piso está cubierto de arroz. Se afirma, da el primer paso y patina. Entre todos los que la rodean evitan que se caiga. Las tías le acomodan la cola, el velo, y van con ella hasta la puerta.

Ojalá hubiese caído: fractura expuesta y directo a la guardia. Chau ceremonia, chau Nicolás, hola Pablo. O chau Pablo, también. Mejor un futuro impreciso que la certeza de que nunca será feliz. El universo acaba de enviarle una señal: todavía está a tiempo de correr.

Se estira, y en puntas de pie le susurra al padre que no va a entrar. El padre le aprieta la mano y la besa en la mejilla. Le cuenta que él también estaba asustado esperando en el altar, y que cuando vio entrar a la novia —a la madre—, sintió un amor tan inmenso como la primera vez que vio a Isabel en la *nursery*. Que no tenga miedo, que respire hondo y se aferre a él.

Ya prendieron las luces. El fotógrafo se prepara. Desde la calle se huelen los jazmines que decoran los bancos. Los últimos rezagados todavía se acomodan. Alguien le ofrendó una vela a San Antonio, y a ella el fuego le crepita en el corazón.

El órgano toca un acorde fallido: silencio.

¿Habrá pasado un ángel?

Cuando suenan las primeras notas de la marcha nupcial se oye un murmullo. Isabel se rehúsa a entrar. Se enfrenta al padre con voz ahogada. Toda ella tiembla como la luz de una vela. El padre la tironea y la obliga a dar el primer paso. Y con una sonrisa impostada insiste con que no sea chiquilina, que lo hubiera pensado antes, que quién se cree que es para dejar a Nicolás plantado en el altar.

Entre lágrimas, a Isabel se le borronean las caras de familiares, amigos, compañeros de trabajo. Todos la miran y le apuntan con los teléfonos, obstinados en inmortalizar ese momento irrepetible. Ya no oye el órgano, el ramo se le escurre entre los dedos. Se imagina flotando sobre la alfombra, con cada paso, más y más cerca del patíbulo. Apenas distingue la cara de Nicolás. Ya no hay música. Están cerrando la puerta. Afuera se oyen gritos, un estruendo, vidrios rotos. Y más gritos.

Una moto se mete a toda velocidad. Las ruedas muerden la cola de organza. Ante las miradas atónitas, Isabel tambalea, suelta el ramo y se desploma. Pablo la embiste, sale despedido, y cae cerca del púlpito. Enseguida se levanta y corre hacia la moto, tumbada ahí nomás.

Aturdida, con un insoportable dolor en la nuca, Isabel se toca la cabeza y descubre que el velo está manchado con sangre. Sólo atina a arrastrarse, en un intento por recuperar el ramo. Pablo no da tiempo a que la gente reaccione. Se sube a la moto, avanza y arremete contra ella.

LA MUERTE SE DESNUDA EN EL *PEEPSHOW*

Como tantas otras noches en que el encierro de su vida la agobiaba, Clarisa salió a manejar sin rumbo. El invierno, más húmedo que frío, la tenía a mal traer. Tanteó en la cartera hasta encontrar el *Salbutamol* y aspiró profundamente.

La tía Eulogia pasó volando. La escoba entró por un oído y salió por el otro, dejándole un dolor punzante en las sienes: que había que hacer la sucesión, que las cenizas de la madre seguían en el ropero, que el hotel se venía abajo y los inquilinos no pagaban. A cada reproche, una nueva crisis.

Estacionó a un costado del camino y volvió al inhalador. A pocos metros, un letrero de neón iluminaba la banquina:

AUTOCINE

Sin pensarlo, puso el motor en marcha y se internó en el desvío. Estacionó junto a una camioneta vieja, en la última fila. Una silueta encorvada se deslizó por el pavimento, y dando pasos sincopados avanzó hacia ella. A medida que se acercaba, la figura devino en un hombrecito con impermeable de bombero y ojos de pez.

Clarisa prendió el motor. Arrimó el pie al acelerador y clavó las uñas en el volante. La presión en los dedos apagó las palpitaciones. El hombrecito se arrimó a la ventanilla y golpeó el vidrio. Ella apenas oía una voz aguda y ronca. Por el ademán del viejo, entendió que buscaba una propina. Bajó el vidrio, sacó un billete de la guantera y se lo entregó. Él agradeció haciendo una venia y se alejó con su andar de babosa.

En la camioneta una pareja compartía su intimidad —por decirlo suave—. Ella no tuvo vergüenza de espiarlos. Optó por mirar de reojo. Acarició el asiento, aterciopelado y frío como su propia piel. La mano subió por el muslo y quedó atrapada en el callejón sin salida de la entrepierna.

La pareja se rendía ante el sexo furioso. La chica galopaba,

centauro hembra de pechos y crines empapados de sudor. El muchacho se perdió en el fondo del asiento para reaparecer con mayor impulso. Clarisa los miró con descaro. Se desabrochó el abrigo y pasó los dedos por la *lycra* crispada de la bombacha. La otra mano subió al corpiño. Primero por afuera, hasta que se atrevió a ir directamente sobre la piel. Atravesada por una lanza de fuego, perdió el control de la pelvis.

Un estruendo la apartó del éxtasis. Le costó reaccionar, entender que el auto se sacudía. Y, cuando se activó la alarma, comprendió que el muchacho se había bajado de la camioneta y le daba golpes al capó.

—¡¿Te calienta mirar?! —gritaba. Y se acercó a la ventanilla—. ¡¿Te calienta, enferma?!

Ella encendió el motor. Dio marcha atrás y apretó el acelerador. Él le cerró el paso.

El hombrecito de impermeable intervino. Clarisa oyó con nitidez:

—La próxima vayan a un *telo.*

El chico subió a la camioneta, y a pesar de los reclamos de la novia terminaron yéndose.

—Estos atorrantes —dijo el hombrecito, acercándose a Clarisa— vienen a dar un espectáculo porque les sale más barato que pagar un hotel. Y nunca falta el que viene a espiar.

Ella se miraba los pies y golpeaba el volante con las uñas, muda.

—También vienen señoras lindas a espiar.

Clarisa tanteó en el asiento y respiró profundamente, sin parpadear.

—Asma, igual que mi finada esposa —dijo el viejo, y escarbó en el bolsillo como buscando algo—. Tenga esta tarjeta.

Ella lo miró con desconfianza. La tarjeta tenía la foto de dos chicas desnudas, una en brazos de la otra.

—Acá puede mirar lo que quiera. Pregunte por Antonio, y la primera vez entra gratis. Yo soy Antonio.

Clarisa agarró la tarjeta. Encendió el motor, y arrancó.

Manejó hasta su casa repasando todo lo que le había sucedido. El asombro le ardía en los ojos exageradamente abiertos: había vivido más en esa noche que en los últimos años.

Clarisa caminaba por la Avenida de los Mártires, los ojos curiosos escondidos tras unas gafas espejadas. Se diferenciaba notablemente de las prostitutas, enfundadas en monos de látex, o con apenas minifalda y corsé. Había borrachos, pibes drogándose, y algún que otro señor bien que iba mirando para abajo.

Después de varias cuadras, llegó al *peepshow*: Scarlett decía la tarjeta.

Se acercó a la taquilla, y preguntó por don Antonio.

—Soy yo —respondió el boletero abriendo los ojos más de la cuenta, y se asomó para observarla—. ¿Y usted de dónde me conoce?

—Yo… —Se abrazó a la cartera—. Me parece que me equivoqué.

—Si se saca las gafas, tal vez.

Clarisa lo miró por encima de los anteojos. Y se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. Sacó la tarjeta del bolsillo —húmeda de ansiedad— y se la mostró a don Antonio.

—¡Ah, la señora linda del autocine!

—Yo tampoco lo reconocí. —Sin el impermeable y afeitado, parecía más joven y menos repugnante. Al sonreír mostraba una dentadura evidentemente postiza—. ¿Cuánto le debo?

—La primera vez entra gratis —dijo don Antonio—. ¿No se acuerda de que se lo dije?

—¿Seguro las mujeres podemos…?

Don Antonio largó una carcajada que obligó a un par de prostitutas a mirarlo desde su puesto en la vereda. Y le explicó que, aunque a los clientes no les gustaba que hubiera damas en el público, en el Scarlett estaba permitido.

—No se arrepentirá —terminó diciendo, y la miró expectante.

Clarisa entró en ese tugurio. La tía Eulogia no se había equivocado: era tan decadente como lo había descrito.

Las cabinas, divididas por tabiques destartalados, compartían los mismos olores —una mezcla de cigarrillo, humedad, y sexo—, respiraciones agitadas y gemidos delatores. Se sentó en un taburete de cuerina, despanzurrado de gomaespuma. Apenas se atrevió a poner una sola moneda —no quería tocar nada— y a espiar por la mirilla con el ojo entreabierto.

En una pista circular una rubia se acariciaba y sonreía a las paredes, encendida ante las miradas ocultas. Era hermosa, de aspecto frágil. Un hombre entró en escena, y se paró detrás de la chica. La sujetó de la cintura y la penetró varias veces, con movimientos frenéticos.

Repulsivo —habría dicho la tía Eulogia—. Un hombre adentro de una mujer, sólo por mostrarse, por un billete. A Clarisa esas imágenes tan ajenas a lo que había aprendido en casa le provocaban una especie de esquizofrenia; una mezcla de culpa y de placer, una bomba destinada a explotarle entre las manos.

Agregó otra moneda. La rubia se había vuelto una intermediaria entre ella y ese falo brillante de humedad, que entraba y salía desaforado. Sintió un cosquilleo prohibido, y se le cerró la garganta. Con el corpiño desabrochado, acarició los pequeños pechos.

La rubia se paró frente a ella y se relamió. Cabalgaba sobre una bestia invisible. Clarisa insertó varias monedas en la ranura. El sudor

le recorría la espalda. A punto de alcanzar el máximo placer se le ocurrió que alguien podría estar viéndola desde el más allá, Dios o los padres. Se acomodó la ropa y huyó de la cabina.

Un hombre de aspecto desprolijo, con un sobretodo viejo y el pelo pegoteado de grasa, le cerró el paso. Fumaba un habano. A Clarisa el humo le cosquilleó en la nariz. El hombre caminó detrás, manteniendo cierta distancia. Ella lo esquivó y se acercó a la ventanilla.

—¿Cómo se llama? —susurró—. ¿Cómo se llama la rubia que estaba recién?

—¡Ja! —Don Antonio la miró burlón, gratamente sorprendido—. ¡Las damas también las prefieren rubias!

—Shhh… —Ella se cruzó el dedo índice sobre la boca, mirando de reojo al tipo del habano.

Don Antonio escribió en un papel.

Bárbara. La chica se llamaba Bárbara.

Clarisa volvió al *peepshow*, fingiendo que el miedo y la vergüenza habían desaparecido.

—Qué tal, don Antonio.

—Vino la señora linda.

—¿En qué horario puedo verla?

El viejo, confundido, se llevó las manos al pecho.

—¿Verla…?

—A Bárbara, la rubia.

—Ah, hoy no vino. Pero esto está que revienta de chicas lindas. Alguna le va a gustar.

Ella no dudó, y entró. Una morocha de pechos exuberantes le practicaba sexo oral a un musculoso muy bien dotado. La chica adaptaba su anatomía a la del hombre y él la penetraba hasta la profundidad de las fauces.

Imitando los movimientos de la chica, Clarisa se acomodó, abrió la boca y se metió un dedo, dos, tres… Y lamió y succionó, y su sexo se descontroló como aquella noche en el autocine.

Cuando volvió a la realidad, la pareja ya no estaba en el escenario. Desde afuera llegaban gritos y corridas. Metió la bombacha en la cartera y salió sin siquiera abrocharse la blusa.

—Usted, oiga —gritó don Antonio—: váyase antes de que llegue la policía.

—¿Qué pasó?

En el pasillo, un grupo de hombres se reunía en un círculo de humo y ademanes histéricos. Todos hablaban a la vez. Ella se acercó y espió. Alcanzó a ver unas piernas tendidas, *stilettos* de charol rojo y

medias de red: la chica que acababa de participar en el *show*.

¿Y qué era eso que le rodeaba el cuello?

—Váyase ahora mismo —insistió don Antonio—. ¡No ve que la estrangularon!

El asesinato apenas trascendió en la prensa amarilla. En cuanto la noticia dejó de estar en los titulares, Clarisa volvió al *peepshow*.

—¿Don Antonio, vino Bárbara hoy?

Encerrado en su búnker, el viejo mascaba un escarbadientes. Cuando la vio, se le cayó de la boca, abierta de estupor:

—¿No lee los diarios?

Ella lo miró fijo a los ojos, sin pestañear.

—Sí, pero no dicen nada.

—Salió en *El Heraldo Vespertino*. A Bárbara la encontraron en un descampado. Un alambre alrededor del cuello, igual que a la morocha acá; usted la vio.

A Clarisa la angustia se le anudó en la garganta. Contrario a su lógica habitual, en vez de escapar decidió quedarse.

—¿Puedo entrar?

Don Antonio resopló y le franqueó el paso.

—Mire, señora, si llega a pasar algo, yo no me meto, ¿eh?

Ella asintió con la cabeza y entró. Se acomodó y echó una moneda en la ranura. Había dos chicas, una rubia y voluptuosa, la otra asiática y raquítica. Bailaban y se besaban. Se sujetaban una de las caderas de la otra, y frotaban los pechos entre sí. La rubia le recordó a Bárbara. Decidida a estar con esa chica, juró que esta vez no la dejaría pasar.

En cuanto terminó el número, salió al vestíbulo y clavó los ojos en la puerta de acceso a los camarines. Notó que don Antonio la observaba desde la taquilla, zapateando en el escalón de madera. Lo saludó desde lejos.

Salió a esa calle de adoquines coloreados por luces de neón, y cruzó a esperar desde la vereda de enfrente: semioculta por las sombras, contaba, además, con una mejor perspectiva. La rubia no tardó en aparecer. Subió por la Calle de los Marineros, desierta. Clarisa la siguió. La rubia debía sentirse intimidada por el taconeo; poco a poco apuraba la marcha.

Clarisa oyó pegados a su espalda y con nitidez, lo que en un principio había creído el eco de sus propios pasos. Un denso olor a habano puso en evidencia a ese alguien que iba detrás de las dos. No se atrevió a darse vuelta. De las baldosas flojas brotaba agua sucia, bajo los pasos apurados y torpes. Inevitablemente, pisó un charco. Se detuvo junto a un semáforo y sacó un pañuelo de papel. El perfume del habano se intensificó: el hombre se le adelantaba rumbo a la

presa, calle arriba, y al pasarle por al lado la espió de reojo frotarse la media de nylon con el pañuelo. No había dudas: se trataba del mismo hombre de aspecto desaliñado que a bocanadas de humo le había cerrado el paso en el *peepshow*.

Con las manos empapadas en sudor y las piernas temblorosas, Clarisa demoró en calzarse. Las siluetas de la rubia y del hombre del habano se disolvían bajo la lluvia, y en la esquina del Pasaje de las Fresias sólo quedaron las hilachas de la última fumarada, desgarradas por el agua.

La lluvia amainó. Clarisa esperó en la misma esquina donde habían doblado la rubia y el hombre. Oyó a su corazón golpeando el pecho, intentando derribar a ese cuerpo que lo tenía aprisionado. En la penumbra del callejón, iluminado por unos pocos faroles, le costó distinguir que le llevaban media cuadra de ventaja. Al fondo, el paisaje se oscurecía más y más. Como un gato, cuando sus ojos se adaptaron a las sombras, vio con nitidez que el hombre y la chica caminaban juntos. Se estaban alejando demasiado.

La tierra húmeda olía a vida. Tal vez para Clarisa la vida no era lo suyo, porque después de respirar profundamente estornudó. En el silencio de la noche, el estornudo delator retumbó entre las apretadas paredes del callejón. Cerró los ojos. No soportaría ver al hombre detenerse y darse vuelta para correr hacia ella. Se tironeó el pelo y arrancó unos mechones, como cuando era una criatura y no le consentían los caprichos. Entonces, en medio de la oscuridad, algo frío y mojado —no se atrevía a abrir los ojos— le rozó una pierna.

Clarisa clavó las uñas en una pared sin revoque. La cosa la empujó y un rayo lo iluminó todo, y junto con el trueno comenzó a llover intensamente, hasta diluviar. Un ladrido resolvió el misterio, pero no la alivió: un perro negro, vagabundo, en una noche tormentosa; no le gustaban los animales, y a los perros les tenía pánico.

Debía reaccionar o perdería de vista a la rubia. Junto al hombre, ya eran un punto en el final de la calle. De algún lugar sacó fuerzas para espantar al perro, que huyó por el Pasaje de las Fresias, en la misma dirección que la chica y el hombre del habano.

Clarisa se animó a avanzar, con pasos indecisos apretaba los puños, las uñas clavadas en las palmas. Los distinguió, ahora más cerca, guarecidos bajo un balcón; sólo se movían las nubes de humo del habano. Una bicicleta que avanzaba por el callejón hizo que el perro se arrimara a la rubia. Se oyó un aullido. Los relámpagos iluminaban los adoquines, con los fogonazos de un retrato al magnesio. La escena se imprimía como una película que perdió fotogramas: el hombre del habano acomodándose el abrigo tras la patada al perro, el perro corriendo hacia Clarisa y, más cerca con cada fogonazo hasta desaparecer entre las tinieblas, la bicicleta tambaleante por esquivar al

perro. Y la rubia, aprovechando la distracción de su perseguidor para escapar.

Bajo la garúa, entre bocinazos y truenos, Clarisa oyó un grito sofocado. Y otro. Provenían de la recova del Mercado Viejo. Se agazapó bajo un arco de la entrada al Mercado, al acecho. De las grietas en las paredes crecían plantas salvajes. La mampostería en ruinas tronaba entre sombras de imágenes incomprensibles que se proyectaban en la vereda.

Clarisa oyó más gritos y forcejeos. Ahora venían del interior del Mercado. Intentó espiar, pero los postigos no le permitían ver. Cruzó la calle y se refugió en la parada del colectivo: en ciertos casos la mejor manera de pasar desapercibida era dejándose ver.

Pronto salió el presunto atacante. Aunque no le había visto la cara, por el sobretodo y la melena no podía ser otro que el hombre del habano. Sin apuro y sin habano, se perdió en el Pasaje de las Fresias.

Ella respiró aliviada. Cruzó la calle y entró en el Mercado. La rubia yacía tendida bajo el techo de zinc. El asesino se había tomado su tiempo para acomodarla: las piernas juntas, las puntas de los pies mirando al cielo, las manos sobre el pecho unidas en un rezo macabro. Cubierta por el abrigo, sólo la cara quedaba al desnudo. La muerte le había nublado los ojos entreabiertos.

Clarisa se agachó. Disimulado por una bufanda, un collar de carne desgarrada le rodeaba el cuello. Descubrió restos de un habano entre los adoquines, el humo luchando por ganarle a la garúa. Sin pensar, lo apagó con el taco, lo levantó y se lo guardó en la cartera. Besó a la chica en la boca, con inocencia virginal, y le cerró los ojos.

Sin mirar atrás, huyó.

Clarisa había tomado la determinación de no volver a pisar ese antro nunca más. Pero a los pocos días volvió. Un patrullero custodiaba la entrada, cruzada por una faja de clausura. Los oficiales se habían bajado del auto y conversaban con los curiosos. Sin titubear, aprovechó que el gentío la ocultaba de los ojos de la policía, pasó por debajo de la faja y empujó la puerta, que se abrió dando un chirrido prolongado y agónico.

Entró en puntas de pie. Atravesó el *hall* y se acercó a la boletería, apenas iluminada por una luz tenue. Con una moneda golpeó el vidrio. Don Antonio se asomó.

—Señora linda, nadie puede entrar —dijo, y desapareció en la penumbra.

—Espere.

Don Antonio se dio vuelta y al asomarse de nuevo a la luz la miró con displicencia. Afuera, curiosos y marginales se habían alborotado.

No tardaron en franquear la entrada y provocar una estampida. Clarisa quedó aprisionada entre unos borrachos.

—¿No tenes miedo? —dijo un tipo apretándose contra ella.

—Sé cuidarme sola.

El aliento a alcohol, mezclado con un olor fétido, le revolvió el estómago. Sin embargo, no podía negarse al calor de ese bulto firme que empujaba como intentando penetrarla a través de la ropa. Se quedó quieta, receptiva a cada envión, y se atrevió a rozarlo con la palma de la mano. La tía Eulogia interrumpió la travesura, con una palabra denigrante y la mirada incisiva. Clarisa no fue capaz de discernir de qué manera la vieja bruja se había manifestado, pero esa aparición efímera había bastado para que ella, en un instante, ocultara la mano pecadora en el bolsillo.

Ahora le temblaban las piernas, apenas podía articular. Las bestias le robaban el aire.

—Déjenme pasar. —Los empujó.

Don Antonio salió de la taquilla, dio un portazo y se les fue al humo. Algo le brillaba en la mano: un revólver.

—Termínenla, o llamo a la cana.

Pero nadie le prestó atención, hasta que disparó un tiro que destruyó una moldura. Entre insultos y gruñidos, las bestias se dispersaron.

Clarisa se quedó tiesa, las manos transpiradas, los pulmones en *shock*.

—Usted también. —Don Antonio la empujó hacia la puerta—. Se me va para su casa, y no venga más.

En la vereda la abordó el hombre del habano.

—Vi todo lo que pasó ahí adentro —susurró, y soltó una bocanada de humo—. Dejame acompañarte.

Ahora que lo tenía bien cerca, le calculó unos cuarenta años. Se detuvo en el pelo enrulado y revuelto, y en los ojos azules. Los ojos idénticos a los de Bárbara.

—Dónde vivís.

—Frente al cementerio —mintió. Fue lo primero que se le vino a la mente.

—Eso es genial. No te van a construir un edificio que te tape la vista.

—Para ver tumbas.

La presencia de ese hombre la atemorizaba, y también la excitaba. Se le cerró el pecho y sacó el inhalador.

—Asmática. Asmática y no te gusta ver tumbas. ¿Miedo a la muerte, quizás?

Siguieron caminando en silencio, hasta llegar al subte.

—Bajaría con vos, pero acá no se puede fumar —dijo el hombre mirando de reojo su habano, y a ella la inquietó esa sonrisa viril, manchada de nicotina.

—Gracias por acompañarme.

—Nos volveremos a ver.

Nos volveremos a ver.

Bajando las escaleras del subte, agarrándose del pasamanos, Clarisa paladeaba esa última frase. Cientos de personas circulaban por la estación. Ya entrando en el andén, la empujaban, la rozaban, la miraban con los ojos del hombre del habano. Le sobrevino una convicción que le erizó la piel: si él le diera una oportunidad, ella se atrevería a todo. Haría lo que fuese con tal de estar con él. Con el asesino.

El Domingo de Ramos, Clarisa tuvo que sacar el auto y llevar a misa a la tía Eulogia. Una cosa era salir de noche a ver las luces de la autopista. Pero cruzarse a la ciudad, a ese bosque de semáforos, la alteraba. Metió el andador de la vieja en el baúl, y Felices Pascuas.

Los sermones siempre le habían resultado indiferentes. ¿Qué extraña fuerza movía a un sacerdote a resignar su virilidad en nombre de la fe, a que las monjas se consagraran a un dios tan omnipresente como intangible? Hacía tiempo que se había hecho atea, o agnóstica. No entendía la diferencia entre los dos conceptos, pero ambos la preservaban de profesar religión alguna, de creerse una sarta de leyendas y acatar preceptos arcaicos.

Ayudó a la tía Eulogia a acercarse al altar. Por no defraudar al cura, se dejó meter la hostia en la boca. Pensó en las chicas del *peepshow*, en el ansia. El pecado le dejó una llaga en la lengua y se le pegó al paladar. De vuelta al banco que ocupaban, mientras avanzaba entre las hileras de comulgantes, tuvo una epifanía: esa tarde estaría con el asesino.

Dispuesta a encontrarlo, dejó a la vieja en el hotel, y se apuró a tomar el subte.

A la distancia distinguió las luces de neón: ABIERTO. Todo se veía con la normalidad de siempre: los hombres con mejillas borrachas de ginebra, los mismos comentarios groseros cada vez que una mujer se acercaba.

Bajo la llovizna, el hombre del habano fumaba en la puerta del *peepshow*, la espalda contra la pared. Después de varias pitadas profundas, arrojó la colilla al cordón de la vereda, y entró.

Clarisa contó hasta diez, y lo siguió.

—Hola, don Antonio. —Sonrió con un saludo tímido—. ¿Cómo está

todo por acá?

—Peor —respondió el viejo—. Le dije que no viniera más, señora linda.

Ella se encogió de hombros y entró en el gabinete. Y metió una moneda en la ranura.

Había dos chicas, rusas o polacas. Amagaban con besarse y tocarse. Pero, como imanes de un mismo polo, al borde del contacto se repelían. Con una mano entre las piernas, insertó otra ficha. Un hombre entró en escena, y sin preámbulos las penetró alternadamente.

El inconfundible olor del habano vistió de magia a ese falo titánico. Una bocanada de humo atravesó el cortinado. Los tirantes de pinotea chirriaron bajo los pies del extraño que se acomodaba en la cabina contigua.

Clarisa oyó una tos seca. Y como quien se contagia un bostezo, tosió también. En un instante imaginó al humo como una poción mágica y letal. El humo de ese habano era capaz de acrecentar el asma, pero también simbolizaba la medicina para otros males, propios de una mujer sin hombre.

La excitaba pensar que él miraba lo mismo que ella, y que, como ella, se estimulaba. Fue consciente de que apenas los dividía una mampara que dejaba oír la actividad de cada uno de los dos. El espectáculo perdió relevancia. Ahora la apremiaba tramar un plan para irse juntos.

Ya en la calle, recorrió la cuadra de un extremo a otro, sin dejar de vigilar la entrada, y esperó. Al rato lo vio salir. Se apuró a cruzar hacia la puerta del *peepshow*. El hombre le pasó por al lado y la miró, pero siguió su camino. No supo cómo llamarlo. Fue detrás y le tocó la espalda. Él giró como a la defensiva.

—¿Qué pasa, muñeca?

—El otro día quedamos…

—¡Ja! ¿Quedamos?

—Eso dijiste.

—Digo tantas cosas.

Lo miró perpleja, y por el dolor del labio, tomó conciencia de que estaba mordiéndose.

—Pero —dijo, intentando no titubear—. Yo me lo tomé en serio.

—¿Qué buscás?

—No busco nada.

—El que nada busca, nada encuentra.

—Me gusta —dijo Clarisa acomodándose el pelo con un movimiento que pretendió ser sensual—. Me gusta cuando hablas así. Sos un enigma.

—Aja, soy un misterio. Ni yo mismo sé de qué soy capaz.

Ella ardía de deseo viendo esos ojos que ahora la miraban directa y profundamente, tan idénticos a los de Bárbara.

—¿Probamos?

—Acá nomás hay una pieza —dijo el asesino—. Es todo lo que puedo pagarte. Si te va.

—Yo me adapto a todo.

—¿A todo, todo?

Él prendió el habano. La brisa lo despeinaba. Se veía tan seductor.

—Bueno, siempre hay límites —dijo ella.

—Abreviá —la interrumpió, largando humo por su nariz de dragón.

—Escúchame. —Gesticulaba con las manos—. Yo quiero estar con vos.

—*Okey*, entonces vamos. —Se le arrimó, como a punto de besarla —. Pero grábate en esa cabecita que sólo vamos a pasar el rato.

—Obvio —respondió esperando un beso que nunca llegaría.

Caminaban sin hablarse, sin tocarse. Después de apenas unas cuadras, llegaron a un edificio gris. La puerta de calle estaba abierta. Ya en el vestíbulo se notaba la humedad, el olor a rancio. Dos bebés se arrastraban por el piso, se frotaban en una alfombra llena de lamparones, jugaban con los chicles pegados a esa tela descolorida, y se chupaban los dedos.

Despatarrada en un sillón de costuras abiertas roncaba una mujer.

—¡Hola! —dijo el hombre del habano, haciendo sonar una campanilla oxidada.

La mujer suspiró, y siguió durmiendo. El volvió a saludar, esta vez tocándole el hombro. Ella abrió los ojos, y lo reconoció enseguida.

—Pero miren quién volvió al pago —dijo, desperezándose. Y sin ningún disimulo tiró del vestido para acentuar el escote—. Hacía mucho que no venías por acá.

—Hola. ¿Cómo va todo?

Clarisa se quedó a un costado de ese sillón, apoyada contra la pared. Se sorprendió al descubrirse empujando con la espalda, en un intento por ampliar las dimensiones de un espacio tan agobiante. La pintura descascarada le crujió en los hombros.

—Reina, dame el cuarto de arriba.

—Parece que el bombón no quiere que lo oigan —dijo entregándole la llave.

—Algo así.

—Entonces pongo la radio a todo lo que da.

Él le hizo un gesto a Clarisa, como quien llama al mozo para pedir

la cuenta. Y ella lo siguió por un pasillo de luces mortecinas y telarañas.

Entraron en la habitación como dos extraños: como lo que eran, algo que a ella en su fantasía le costaba aceptar. El hombre dejó el habano en el cenicero, y pronto se descalzó y se quitó los pantalones. Ella se quedó parada al lado de la puerta, aferrándose a la cartera como si temiera perder el equilibrio.

—¿Venís? —dijo el asesino dándole una palmada al colchón.

—Hay mucha luz.

El hombre murmuró algo que Clarisa no llegó a entender, y fue a bajar la persiana.

—Ni siquiera sé tu nombre —dijo ella.

—Mi nombre no importa. Cacho, ponele.

—Yo soy Clari… —Se ahogó.

Sin que él lo notara, aspiró el *Salbutamol* varias veces y se sacó la ropa como quien se desviste antes de entrar en un quirófano. Él ya estaba en la cama, desnudo. A ella los ojos se le habían acostumbrado a la penumbra. Lo observó sin pasión. Curiosa.

Todo fue un trámite de cinco minutos, que la dejó vacía y con la vergüenza entre las piernas. Se cubrió con un toallón remendado y se acurrucó en el sillón. Mientras se iba vistiendo, Cacho despotricaba.

—Si sabía que eras principiante esto no hubiera pasado.

—Principiante no—mintió—. Me puse nerviosa.

—¿Estás en esos días? —Señaló la mancha en la sábana y sonrió sarcástico.

Ella seguía acurrucada, pensando en cómo retenerlo.

—Vestite —dijo el asesino mientras se abrochaba la camisa—. Apúrate, que nos vamos.

—Dame otra oportunidad.

—Dame otra oportunidad —repitió burlón. Y le arrojó unas monedas—. Tomá. Para el *peepshow*.

Clarisa quedó tendida en el suelo. Las monedas cambiaban de forma con cada lágrima contenida. Cacho salió y cerró de un portazo. Los pasos se alejaron, rechinando en la pinotea raída del corredor.

Todavía envuelta en la toalla, corrió hasta alcanzarlo a mitad de la escalera.

—Por qué, Cacho. —La toalla se soltó y cayó al piso—. Por qué a ellas sí y a mí no.

—Qué hacés, enferma.

—Decime por qué —suplicó, cruzando los brazos sobre los pechos —. Quiero que me lo hagas a mí también.

—No me jodas.

—¡Te voy a denunciar!

Él largó una carcajada operística.

—Y qué les vas a decir. ¿Que las mató Cacho?

Ella se encogió de hombros.

—Decíles que soy el Cacho que te hace falta. Por ahí así me ubican.

Siguió riendo y denigrándola.

Clarisa necesitaba una respuesta y no iba a rendirse. Raro en ella, la angustia devino en enojo.

—Contéstame lo que te pregunto y te dejo tranquilo.

—¿En serio querés saber? —La agarró del cuello y apretó fuerte hasta hacerla recular y dejarla en cuclillas, pero enseguida la soltó—. No te mato porque no valés ni medio metro de alambre.

Clarisa se incorporó, furiosa. Arremetió y lo empujó con tanta bronca que él rodó por las escaleras. Al llegar al descanso, quedó tendido contra la baranda, inmóvil. La sangre le chorreaba de la nariz. No movía ni un párpado.

Ella corrió directo a la pieza. Se vistió a las apuradas.

Volvió taconeando por el pasillo y se asomó a la escalera. Cacho seguía ahí, en la misma posición. Clarisa se acomodó el cuello del impermeable y bajó a paso firme.

En el vestíbulo la radio había perdido la señal. El ruido blanco, a todo volumen, sonaba como un motor. La mujer dormía tirada en el sillón, un vaso de *whisky* apoyado en la falda y a punto de volcarse. Despatarrados por el suelo, los bebés jugaban a arrancarle hojas al libro de registros. Les pasó por al lado, en puntas de pie.

La calle se animaba con los chicos que salían del colegio. Clarisa se camufló entre las madres, y eludiendo el tránsito cruzó a la otra vereda. Un colectivo frenó de golpe y ella aprovechó para subirse. Desde la ventanilla todo se veía igual que siempre, y también tan distinto: un perro marcaba territorio en el tronco de un árbol, un anciano buscaba comida entre la basura, una pareja se besaba.

El sol del atardecer se difuminaba en un horizonte nuboso. El colectivo subió a la autopista y, mientras caían las primeras gotas, se internó en uno de esos bosques que ella solía frecuentar en sus peores momentos de agobio. Entre las hojas que el otoño desprendía de los plátanos, le pareció ver a la tía Eulogia montada en su escoba, alejándose.

No tardó en largarse un chaparrón. Guarecida en el colectivo se le mojó la cara: se le escapaban todas las lágrimas contenidas. La congoja le subió por el pecho y salió con la violencia de un demonio expulsado en un exorcismo.

Alguien le preguntó si necesitaba ayuda. Clarisa negó con un gesto de la mano y respiró hondo. El aire pasaba sin dificultad, el pecho se expandía, el corazón se aquietaba. Abrió la cartera y tanteó buscando pañuelos. En cambio, encontró el *Salbutamol*. Se frotó los ojos con el puño del impermeable, volvió a respirar profundo y arrojó el inhalador por la ventanilla.

EN LA PALMA DE LA MANO

Justo cuando la pandemia de la Gripe Felina amenazaba con aniquilar la especie humana, Luna —quien se había alejado de las redes sociales —, por error abrió *Instagram* y vio una solicitud de mensaje que un tal Nelson Newman le había enviado dos meses atrás. De dónde le sonaba tanto el nombre.

Aceptó el mensaje:

"tupe *una novia en vacationes q se llamaba come te. me gustaría saber q fue de tua vida si eres tu aquella Luna*"

¡Claro, Nelson! Se habían conocido en Ámsterdam varios años atrás. Estuvieron juntos unos días en Londres, en un hotel de mala muerte, y casi dos semanas en Bristol, en el departamento de él. Después de esa aventura, cada uno siguió su camino.

Nelson se presentaba en su perfil de *Instagram* como ingeniero, mago, espiritista, filántropo, miembro de alto grado en una sociedad secreta y con residencia en Bristol. ¿Sería verdad que se había convertido en un hombre polifacético, o se habría inventado un personaje versátil para conseguir una variada gama de mujeres?

En la foto de perfil a Nelson se lo veía precisamente de costado, la cara girada hacia la cámara, el pelo crespo y abundante, todavía en forma. Había perdido el brazo derecho en una incursión militar. Nelson Newman: manco igual que el almirante, le mostró el muñón. No parecía darle mayor importancia. Lo había comentado al pasar, como quien se arremanga para mostrar un nuevo tatuaje, y no profundizó en el tema.

Cuando Nelson prendió la cámara, Luna comprobó que se mantenía tal cual en la foto: atlético, la sonrisa impecable, arrugado en la medida justa. Los dos habían viajado por el mundo y se divertían intercambiando anécdotas. No tardaron en retomar la intimidad que años atrás habían compartido.

Intercambiaban opiniones acerca de fraternidades, bares de moda, puentes en suspensión; como el Clifton, donde se habían besado bajo la lluvia el día en que ella se volvía a Buenos Aires. También hablaban de cementerios, arbotantes y gastronomía. Inventaban planetas donde todo era como a ellos les gustaba: un mundo aparte sólo para los dos.

Hacía mucho tiempo que a Luna sólo le interesaba pasarla bien, estar con alguien, pero sin compromiso. Cuando Nelson regresó a su vida —por decirlo de alguna manera—, le dieron ganas de repetir aquella aventura. Él también demostraba interés en volver a verse, estar juntos. No importaba dónde, ni en qué circunstancias. Por el momento, los separaban la línea del Ecuador y el océano Atlántico: habían cerrado las fronteras para evitar la propagación de la Gripe Felina.

Mientras tanto, se encontraban en sueños. Él le raspaba las mejillas con la barba y le daba besos húmedos, y ella se dejaba llevar. Por *Zoom* practicaban sesiones de espiritismo, compartían una cena, o dejaban la cámara prendida y se creaban la ilusión de estar viviendo juntos. Se ponían de acuerdo para ver la misma película en el mismo horario, y fingían sentarse pegados en la butaca de un cine. Hasta que con eso ya no les fue suficiente, y Nelson le hizo una promesa:

—Voy a demostrarte mis habilidades de mago. —Se acercó tanto a la cámara que se lo veía fuera de foco, pero era evidente que la miraba fijo.

—¿Qué vas a hacer? —A Luna la entusiasmaban todas sus propuestas, pero tenía una especial debilidad por la magia.

Él recuperó la posición contra el respaldo. Se reclinó y cruzó el brazo izquierdo sobre el pecho. Y se arremangó, dejando el muñón a la vista.

—A ver qué te parece mi idea: me voy a hacer chiquitito, y voy a llegar hasta dónde estás, sin ser descubierto.

Luna confió en él y lo esperó.

Pero Nelson no volvió a conectarse.

A una semana de no saber nada de él, Luna caminaba por las paredes. Pasó varios días revisando el correo, *Instagram, WhatsApp* —últ. vez 14 jul 22:17—. Hasta lo buscó, sin éxito, en esos viajes astrales que compartían.

Estaría enfermo, perdido en un trance, o le habría mentido. Todas las noches se iba a dormir con una jaqueca insoportable, y por la mañana le hormigueaban las sienes. Después de dos semanas sin recibir respuesta, le bajó la persiana.

Controlada la pandemia, volvieron las reuniones con amigos, las tardes de *shopping*, los cumpleaños familiares. De vez en cuando, Luna se llevaba un hombre a la casa, pero no podía dejar de pensar en Nelson y seguía chequeando el *WhatsApp*: últ. vez 14 jul 22:17.

Aprovechando la apertura de las fronteras, decidió irse unos días a Brasil con su hermana. Las migrañas seguían, se habían vuelto una

tortura. Antes de viajar, consultó con su médico clínico:

—Doctor, me voy de vacaciones, y quisiera que me dé algo para el dolor de cabeza.

—Contame qué te anda pasando.

—Hace unos meses empecé con un hormigueo acá. —Se pasó la mano por la coronilla—. Después siguieron puntadas acá —dijo clavándose los dedos en las sienes.

—¿Y ahora cómo te sentís?

—A veces parece que la cabeza me va a explotar. Como cuando uno tiene callos y el zapato le oprime los dedos, muy muy muy fuerte.

El médico le entregó varias órdenes: análisis de sangre exhaustivo, radiografía de cráneo, tomografía y resonancia magnética.

—Esto te lo hacés ya. Le puse “urgente”. Ni bien lo tengas te venís. Es probable que te derive con un neurólogo.

Pero ella había dejado de prestarle atención desde la palabra “urgente”, y ahora oía una voz lejana y molesta.

—Me estoy yendo el domingo con mi hermana a Brasil.

—Ese viaje va a tener que esperar. Para adelantarnos pedite un turno con el doctor Engel. Otto Engel.

Salió del consultorio invadida por el miedo y la incertidumbre. Se subió a un taxi y llamó a la hermana.

Antes de acostarse entró en *Instagram*: sin novedades. Y, aunque *WhatsApp* seguía mostrando la misma última hora de conexión, volvió a escribirle. No se le había ocurrido que Nelson podría haberse… No, mejor ni mencionarlo.

Un hombre de guardapolvo blanco se asomó a la sala de espera y gritó el apellido de Luna. No se parecía en nada al viejo panzón con bocha calva que se había imaginado. ¿Sería el famoso neurólogo Otto Engel, o primero tendría que pasar por la evaluación de otro médico?

—¡Castillo! —Volvió a llamar.

—Sí, doctor.

Se levantó apurada. Sintió que las mejillas se le iluminaban como un letrero de neón. Disimuladamente se llevó una mano a la cara.

—Buenas tardes, doctor… ¿Engel?

—Sí —dijo él extendiéndole la mano—. Toma asiento, por favor.

Luna se acomodó y le entregó el sobre con los estudios.

Él se puso los anteojos. Subrayaba palabras con el dedo índice, y escribía en la computadora. Se tomó todo el tiempo del mundo para revisar la resonancia magnética. Pasaba las imágenes una atrás de otra, se detenía en algunas. Cuando terminó con la revisión, se hizo sonar los dedos y apoyó los anteojos sobre el escritorio.

—Para serte sincero, esta es la primera vez que veo algo así.

—Así cómo.

—Espérame.

Se levantó y salió.

Al rato volvió, muy serio.

—Fui a consultar con mi equipo, y estamos de acuerdo: en la resonancia hay una imagen que no somos capaces de determinar con qué se corresponde.

—¿Un tumor?

—No nos adelantemos. Por lo pronto, voy a pedirte algunos estudios más.

Aunque fingía estar muy atenta y forzaba una sonrisa, Luna lo escuchaba con una mezcla de angustia y pesimismo.

—En principio, te voy a pedir una punción lumbar. Con todos los estudios vamos a ver tu caso en un ateneo. Si los resultados no arrojan información suficiente como para establecer un diagnóstico, la idea es hacer un agujerito en el cráneo, y explorar con una fibra óptica que va a filmar todo lo que está pasando en esta cabecita. —Remató la frase taladrándole el occipital con el dedo índice. Y ella tuvo la visión surrealista de un pájaro carpintero antropomorfo, con anteojos y delantal blanco como Engel, que le picoteaba el cerebro.

Se quedó mirándolo perpleja, quizá más atemorizada por el estudio en sí mismo, que por un resultado desalentador. Engel debió inferir su inquietud:

—No te asustes. Para nosotros es más fácil que soplar y hacer botellas. Al día siguiente te vas a tu casa, si todo va bien.

—¿Y si no? —Mientras formulaba la pregunta, se imaginó soplando el vidrio: una esquirla la dejaba tuerta y el ojo era reemplazado por una prótesis de vidrio soplado.

—Yo te prometo que salís de acá contenta como nena con chiche nuevo.

En el ateneo médico concluyeron que sería conveniente seguir adelante con la trepanación. Enseguida le dieron fecha. Aunque según Engel el procedimiento no era complejo, debía ir acompañada.

Luna preparó el bolso y se acostó con el estómago vacío. No pasó una buena noche. La migraña era tan insoportable que tuvo una visión de ella misma en Bolívar y Diagonal Sur, en el edificio *Siemens*, la cabeza convertida en la campana del mítico reloj y los colosos martillándole el cerebro.

La hermana pasó a buscarla bien temprano. Llegaron al sanatorio con tiempo de sobra. La ubicaron en una habitación amplia y elegante, con vista a la embajada británica. Gisela se puso a acomodar

algunas cosas. Luna se asomó a la ventana, y fue cuestión de ver la bandera británica flameando, que se le vino el recuerdo de Londres, la plaza de Trafalgar, la columna de Nelson.

Y Nelson Newman.

Nelson el Desaparecido.

Una enfermera golpeó la puerta entreabierta, y sin dar tiempo a responder se metió en la habitación. Traía una máquina de afeitar.

Sumado a todo lo que venía padeciendo, ahora a Luna iban a raparla. No quiso que la hermana la viese tan vulnerable.

—¿Podes esperar afuera, Gise?

—Voy a buscar un café —dijo Gisela—. Vuelvo enseguida.

La enfermera prendió la afeitadora. Sonaba como una sierra de carnicero.

—Vamos a tener que rasurar el cuero cabelludo, ¿sabes?

Luna apretó los párpados. Al primer contacto de la máquina contra la piel, abrió los ojos. Con la mirada fija en la ventana vio caer las hojas de otoño, junto con lágrimas y mechones de pelo.

—Pónete la bata y tomate esta pastillita —dijo la enfermera y le agarró la mano—. Ahora te traigo acetona. No podés entrar a quirófano con las uñas pintadas. ¿No te avisaron?

Ella se encogió de hombros y tragó saliva. Sabía que si hablaba volvería a quebrarse.

Engel llegó tarde como de costumbre. A la paciente ya la habían ingresado en el quirófano, sedada: se le cerraban los ojos y levantaba la mano apenas.

—Quédate tranquila que va a salir todo bien. Tenes el mejor equipo del país a tu disposición. —Con un gesto amplio de la mano, señaló a los ayudantes, asistentes y enfermeros. Y presentó individualmente a los que tenían mayor participación—: El doctor Friedman, que me reemplaza si me desmayo. Erica, la más linda de las enfermeras, y la que me hace temblar el pulso. Lucho, anestesista, que te va a estar monitoreando. Andrea, cardióloga, casi nunca interviene. Fabián, instrumentista, es el Charly García del quirófano y sabe tocar todos los instrumentos.

Luna hizo una mueca que Engel interpretó como una sonrisa.

Le sacaron la bata y la pasaron a la mesa de operaciones. Y la durmieron completamente.

Ya con todo listo, Engel ordenó:

—*Trendelenburg* invertido.

Con una maniobra del instrumentista, la cabeza quedó por encima del nivel del cuerpo.

—La paciente está preparada —dijo el anestesiólogo—. Podemos

comenzar.

Basándose en los estudios, Engel marcó el cuero cabelludo en tres lugares diferentes: la resonancia magnética señalaba un área sospechosa muy relevante, y además las imágenes mostraban otras, desperdigadas por toda la corteza cerebral.

—Bisturí.

Engel realizó una incisión con la esperanza de acertarle al lugar en el primer intento.

—Gasa.

Embelesado con el brillo de la primera gota de sangre, relajó el cuello, los hombros, y se frotó las manos. Ya estaba listo para iniciar la exploración.

—*Trefina.*

Conectada a una computadora, una cámara transmitía la operación en una pantalla led. Engel levantó la vista hacia la imagen. En un plano cerrado, la cabeza se proyectaba como un paisaje hostil: los surcos de la piel simulaban una superficie árida, y cabellos mal rasurados sobresalían como troncos de un bosque muerto. Engel afirmó la *trefina* contra el hueso y accionó el taladro, y el silbido anunció el inicio del procedimiento de trepanación. Empezó a perforar, pero enseguida se detuvo: algo golpeaba del otro lado del cráneo.

—¿Oyeron eso?

Miró al resto del equipo. Todos, entre ceños fruncidos y bocas abiertas, habían oído los golpes, pero nadie podía precisar con exactitud de qué parte de la cabeza provenían. En sus más de dos décadas como neurocirujano, Engel nunca había vivido nada semejante.

—Martillo.

El instrumentista se quedó mirándolo, como si no hubiese entendido: no era habitual el uso del martillo en una exploración de cerebro, mucho menos cuando ni siquiera habían insertado la fibra óptica.

—¡Martillo! —repitió Engel.

No esperó a que el instrumentista reaccionara, y, con la punta de la *trefina*, pegó contra el cráneo en la zona donde había oído los golpes.

Después de unos minutos de silencio retomó la perforación.

Entonces sí, oyó un golpeteo apagado que provenía de la nuca.

—Larvas.

La cardióloga se cubrió los oídos.

—Doctor—dijo el anestesista—. ¿Estamos buscando larvas?

—Podría ser. Raro…

Nada, de nuevo silencio.

Engel siguió atravesando las capas craneales, y en cuanto llegó al líquido cefalorraquídeo se preparó para sumergir la fibra óptica.

—Iniciando exploración.

Estaba insertando la fibra óptica, cuando en el televisor vio un bulto que se interponía entre la cámara y el cerebro. ¿Cómo no lo había visto antes? Notó que el bulto se movía.

—Qué pasa, doctor —dijo la enfermera—. ¿Eso es normal?

—No, es muy raro —se anticipó el instrumentista—. ¿Eso será un tumor? Parece que late. Como que jadea.

—A ver si nos dejamos de pavadas —dijo Engel, que estaba tan asustado y sorprendido como el resto, pero no podía permitirse que le temblara el pulso—. Concéntrense, chicos.

Dos imágenes indefinidas —o, mejor dicho, dos imágenes que Engel no se atrevía a ver tal cual se revelaban— se atravesaron por la lente. Se desplazaron por las circunvoluciones y se hundieron en un surco.

—Qué fue eso —dijo Engel.

—No sé. —La enfermera se masajeó el ceño—. No parecía una larva.

—¿Y qué parecía?

—Pies —susurró la enfermera.

—Sí, no sé qué será —dijo el anestesista—, pero concuerdo con Érica. Tenía forma de pie, y eran dos.

—Sigamos explorando.

La cardióloga se apartó de la mesa de operaciones, pálida. Algunos asistentes se agolparon cerca del televisor y murmuraban.

Volvieron los golpes adentro de la cabeza. Todos vieron sorprendidos que el líquido cefalorraquídeo se agitaba suavemente como un mar calmo.

—Martillo.

Finalmente, con la mano temblorosa, el instrumentista le pasó el martillo. Engel dio tres golpes suaves en la coronilla.

Le respondieron del mismo modo.

Se imaginó a un hombre atrapado en una mina, esperando ser rescatado.

—¡Marcador! ¡Voy a perforar en este punto!

La enfermera le secó la frente. Engel arremetió con el taladro, y rápidamente realizó una segunda perforación. Atravesó la duramadre.

Los gritos del equipo lo paralizaron:

—¡Espere, doctor!

—¡Cuidado!

—¡Pare!

La cardióloga volvió a arrimarse a la mesa de operaciones.

Engel levantó la vista y vio en la pantalla que, desde el fondo del orificio, un ojo lo miraba. Un ojo pequeño, como el de los cíclidos en su pecera.

—No son larvas —dijo—. Son peces.

—¿Cómo? —dijo el instrumentista.

—No son larvas, mucho menos pies.

—¿Peces?

Engel pinchó el ojo con una aguja, y oyó un grito humano, apagado por el líquido. Todos lo oyeron. Y en el televisor vieron salir de la pupila un hilo rojo que tiñó de rosado el líquido cefalorraquídeo. Una burbuja afloró a la superficie, y el ojo se ocultó entre las ondulaciones del cerebro.

—Doctor —dijo la enfermera. Se cubrió la boca, y amortiguó una carcajada. No pudo controlarse, y se largó a reír como en el cine viendo una película cómica—. Tienen que ser larvas. —Siguió riendo —. Parásitos. —Se descostillaba y le lloraban los ojos.

El anestesista también se echó a reír. Entre uno y otro se retroalimentaban, y las carcajadas sonaban más y más fuertes.

—¡Paren de una vez, che! —Engel transpiraba y temblaba, las mejillas enrojecidas.

—Perdón, doctor —dijo la enfermera—. Me tenté. Es por los nervios.

—Cálmate, Érica, que tenemos que seguir —gruñó Engel. Y se dispuso a trepanar por tercera vez.

Realizó la perforación, y lo que fuese que habitaba ese cráneo sacó un brazo por el agujero, y, como un nadador que pide auxilio, agitó la mano en una especie de saludo.

Engel sumergió la fibra óptica, y en el televisor se proyectó la imagen de un hombre diminuto que iba dando brazadas sobre la superficie y se ocultaba entre las circunvoluciones, y se vio a sí mismo en Cozumel, haciendo *snorkeling* en un arrecife de coral. Recordó que un rato antes había tenido otra visión: un hombre atrapado en una mina.

—Es un hombre, un hombrecito atrapado en el cuerpo de una mujer—lo dijo en serio, pero sonó a chiste.

—¿De verdad es un hombre, doctor? —dijo la enfermera.

—No, Érica. Cómo va a ser un hombre.

—Es algo nunca visto —dijo el anestesista—. Y parece un hombre.

—Me arriesgaría a afirmar que se trata de un tumor con forma similar a la de una persona, y que se mueve por sí mismo.

—Un *fetus in fetus* —dijo el instrumentista.

—Algo así. Ahora vamos a sacarlo y veremos qué tiene para decir

el patólogo.

—Y si está vivo… —dijo Érica.

—Si está vivo, qué —dijo Engel entre dientes.

—…lo va a matar. —Hizo un gesto de horror y se cubrió la boca con la mano—. Primero lo deja tuerto, y después lo mata.

—¡Pinza!

El instrumentista le pasó la pinza.

—Creo que me bajó la presión —dijo Érica.

—Otra pinza más, que vamos a emboscarlo. Vos, Érica, dale con el martillo acá —Engel señaló alrededor de la primera trepanación—. Y vos —se dirigió al instrumentista—, golpeá por acá con lo que se te antoje. Yo lo espero acá, y lo voy a arrancar como a un yuyo.

—No puedo seguir, estoy mareada.

—Dame, Érica —dijo el instrumentista—. Yo me arreglo. Para algo tengo dos manos, ¿no? Tan fácil como tocar el xilofón.

—¡A ver si se dejan de hablar estupideces! —dijo Engel.

—Cálmese, doctor —dijo la cardióloga—, que le va a dar taquicardia.

—Vos no abriste la boca desde que arrancamos, y mirá con lo que salís. Mejor ocúpate de monitorear que la paciente se mantenga estable.

—No, doctor. Ese es trabajo del anestesista. Yo participo si pasa algo malo.

—¡Basta! —gritó Érica, y terminó por desvanecerse.

Engel siguió adelante. Un médico llegó para asistir a la enfermera, y la novedad debió correr rápido: varios curiosos esperaban en el área gris, del otro lado de la puerta que conducía a la mesa de operaciones.

—Doctores —dijo Engel—, si no van a ayudar, se pueden ir retirando, que ya bastante ruido tenemos hoy.

El hallazgo —por llamarlo de alguna manera— debió sentirse acorralado, porque fue hacia la pinza por sus propios medios.

—¡Lo tengo! —dijo Engel eufórico, mientras lo sujetaba. Los espectadores miraban la pantalla y hacían exclamaciones, como viendo un partido de fútbol. Con un movimiento suave logró sacarlo. Pero en vez de alegrarse, en su cara se dibujó un gesto de preocupación—. Le falta el brazo.

—A ver, doctor.

—Parece un muñequito de torta roto.

—Pero qué es eso.

Hablaban todos a la vez. Engel no les prestaba atención. Estaba muy concentrado en encontrar el brazo faltante.

—Gente —dijo, con el hallazgo todavía colgando de la pinza y

retorciéndose—. No sé cómo sucedió esto, pero se trata de un hombre en miniatura. —El hombrecito había quedado rojo y con la boca abierta, como si hubiera intentado gritar. —Le falta el brazo derecho. ¿Se puede ampliar la imagen?

—Sí, doctor—dijo la enfermera—. ¿Qué necesita ver?

—Fíjate, Erica, en donde el brazo se corta. Parecería que hay un muñón.

—Soy Marta, doctor. Érica se…

—¡Amplia la imagen, por favor!

De mala gana, la enfermera amplió la imagen. Efectivamente, Engel no se había equivocado.

—Pobre chica —dijo la cardióloga—. Cómo no iba a tener jaquecas con esa cosa caminándole por adentro.

—*Nadándole* —la corrigió Engel. Y sumergió al hombrecito en un frasco con formol.

—¡Está vivo! —gritó Érica desde la silla donde se recuperaba—. Sáquelo del formol.

El hombrecito se estremecía adentro del frasco, y pegado al vidrio abría y cerraba la boca como los cíclidos en la pecera. Hasta que soltó unas burbujas y ya no se volvió a mover.

Engel apoyó el frasco en un estante y se quedó observándolo. Negó con la cabeza, bajó la vista y volvió a mirarlo, preguntándose cómo había llegado a meterse en el cerebro de Luna, y de qué manera se las había arreglado para mantenerse vivo.

—Sigo sin entender. Nunca vi algo así. Ya podemos cerrar.

Realizó las suturas más complicadas, y las superficiales se las encargó al asistente.

—Voy a hablar con el patólogo —dijo levantando el frasco, como en un brindis.

Y salió del quirófano, preguntándose si sería ético mostrarle a Luna lo que habían descubierto, o si bastaría con informarle en líneas generales una posible razón de su malestar.

Luna tuvo una excelente evolución. La anestesia no le provocó ningún efecto secundario y acompañada por Gisela pasó buena noche. A media mañana llegó la ronda de los médicos.

—¿Te quedás un rato con los doctores? —dijo Gisela—. Yo mientras me voy de una escapada a casa. Tengo que ponerle comida a Bijou.

—Sí —susurró—, anda tranquila que yo me arreglo. Gracias. —Le tiró un beso con la mano.

Los médicos le midieron el oxígeno, le tomaron la presión y la temperatura —aunque un rato antes todo eso ya lo había hecho la

enfermera—. La estaban volviendo loca a preguntas cuando entró Engel, inquietantemente serio, y les pidió a los médicos que salieran.

A Luna le gustó verlo. La alegró saberlo ahí, aunque no podía ignorar la cara de preocupación, la manera en que se pasaba los dedos por la frente y el taconeo con uno de sus zapatos. A pesar del cansancio, de la angustia, le dio vergüenza que la viera con la cabeza vendada, probablemente pálida y ojerosa, y con ese olor a cadáver que le subía desde el estómago. Engel la esquivaba, y ella sospechó que habían descubierto algo *muy* malo.

—Buen día. ¿Cómo te sentís?

—Un poco aturdida, doctor, pero bien. Qué serio que está.

—¿Serio? Estoy muy contento por tu evolución. Si seguís así, en unos días te damos el alta. ¿Estás con dolor?

—No. —Luna se cubrió los ojos—. Me molesta un poco la luz.

—Es por los medicamentos. No te asustes. —Engel se levantó y apagó el plafón fluorescente que daba de lleno sobre la cama. Hizo una pausa y se metió la mano en el bolsillo del guardapolvo—. Tengo que mostrarte algo. Lo principal, como le dije a tu hermana ayer, salió todo perfecto.

—Salió todo perfecto, pero…

—Pero nada. —Clavó los ojos en el suero y se quedó con la mirada perdida—. Detectamos la causa de tus dolores y logramos extirparla de raíz. Durante la recuperación vas a tener que tomar algunos recaudos. Cuando te demos el alta, te vamos a contar bien. Ahora quiero que veas esto.

Sacó algo del bolsillo.

—¿El tumor?

—No tengo respuesta, Luna. Es un caso de estudio. Lo estuve consultando con el patólogo, y nunca le tocó analizar algo semejante. Pensé que tendrías parásitos. Algunos llegan al cerebro y causan síntomas similares a los tuyos. Nosotros tenemos una pantalla, monitoreamos todo al detalle. Se notaba que parásitos no eran.

Luna lo escuchaba muy atentamente, con una mezcla de asombro y terror.

—Descartamos los parásitos y seguimos con la exploración, hasta que encontramos esto. —Le mostró un pequeño recipiente para análisis—. Lo principal es que lo sacamos, y que ya no te va a molestar nunca más. Ahora nos gustaría descubrir de qué se trata, y averiguar cómo llegó a tu cabeza.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto. —Engel le entregó el frasco.

Con los dedos en pinza, ella lo sujetó fuerte por la tapa y se esforzó por contener el vómito.

—Agárralo de abajo, a ver si se cae.

—Por Dios. —Temblaba tanto, que por poco no se le salió el catéter—. Y esto qué es.

—Tranquila —dijo él empujando el aire con las manos en un gesto de intentar calmarla—. ¿Oíste el término *fetus in fetus*? —Controló que la aguja siguiera firme, clavada a la vena, y revisó el goteo.

—Sí, a una amiga le sacaron de la espalda un quiste con uñas.

No me diga que yo también tenía esa cosa asquerosa.

—No lo sé. Se parece a un *fetus in fetus*, aunque distinto. Aparte… —Él se calló y bajó la vista.

—Aparte qué.

—Nada. No sé qué iba a decir —le hablaba a la pared, al suero—. Se me fue la idea.

A ella le dio bronca quedarse con la intriga. Cómo podría seguir adelante con la duda de si había pasado toda su vida con un hermano alojado en su cuerpo como una bacteria, y sin siquiera sospecharlo.

A pesar del asco, se acercó el recipiente a la cara. Necesitaba verlo bien.

—No puede ser.

—¿Viste? Parece un hombre en miniatura.

—No sé, para mí es como esos muñequitos de Disney, esos de goma para coleccionar.

—El muñequito tiene sangre.

Luna lo examinó. Sin duda se trataba de un hombre, y algo en esa fisonomía le resultaba familiar.

—¿Qué le pasó en el ojo? —Afuera alguien pedía un médico a gritos—. ¿Ne-Nelson? —Con tanto alboroto, Engel no debió oírla.

—Discúlpame, voy a ver qué pasa.

Cuando él salió, ella se sintió muy sola y muy ridicula sosteniendo ese frasco patético. Miró hacia la ventana y vio los árboles, el mástil, la bandera británica. Miró al hombrecito, tuerto y manco igual que el almirante, esa imitación de Horatio Nelson que no le provocaba nada más que curiosidad, y se repitió las palabras de su Nelson, Nelson Newman: *me voy a hacer chiquitito, y voy a llegar hasta dónde estás, sin ser descubierto*. Se lo había prometido. Entonces, en cierto modo la magia había funcionado, aunque no del todo. Él había dado su vida para estar con ella y había terminado convertido en un residuo patológico.

No pudo contener el llanto. Estiró el brazo, y escondió el frasco en el cajón de la mesa de luz, bien en el fondo, disimulado por un repasador y un paquete de galletitas. Se tapaba con la sábana cuando entró Engel.

—¿Todo bien? Estuviste llorando.

—Me angustié un poco.

Él recorrió la habitación con la mirada y se acercó a la mesa portátil: había agua, bolsas, la bandeja que todavía no habían retirado, papeles. Revolvió entre todo ese desorden. Fue hasta la mesa de luz y abrió el cajón. Luna cruzó los dedos y rezó mentalmente. La oración debió ser efectiva, porque él no encontró nada.

—El frasco lo tenías vos, ¿no?

—Sí, pero vino una enfermera y le pedí que se lo lleve. Me daba impresión tener acá semejante porquería.

—Voy a ver si se lo dejaron al patólogo. Ya vengo.

Engel salió y cerró la puerta. Ella sacó el recipiente del cajón, lo apoyó en la cama a un costado, y recorrió el contorno de la tapa con el dedo índice varias veces. Se emocionó imaginando que con su calor podría devolverle la vida a ese hombrecito que se balanceaba sin rumbo, el brazo agitado por el vaivén del formol.

Abrió el frasco y lo rescató. Sobre la palma se lo veía aún más pequeño, insignificante, una muestra gratis del Nelson que había conocido. Hizo un cuenco con las manos y lo cubrió en un rezo silencioso.

Apretó bien fuerte.

Nelson crujió como una cucaracha. Sangró lo justo para quedarse pegado a Luna.

RESTOS

Julián despertó de golpe, sentado en la cama y ahogado, después de una apnea. No conforme con haberse llevado a Irene, la muerte lo acechaba a toda hora, aunque con mayor énfasis en la vulnerabilidad del sueño, y se le aparecía en pesadillas recurrentes. Tal como su terapeuta le había sugerido, abrió el cajón de la mesa de luz, sacó una libretita y tomo nota:

Es de noche. Como metido en una pintura impresionista, tengo la visión difusa de ir caminando por una calle amplia, arbolada, con casas señoriales. Podría ser Arroyo, la avenida Andrássy en Budapest, o cualquier callejón de Londres iluminado por luz de gas. A la distancia, una casa sombría se balancea. Parece hecha de agua. Me acerco, y noto que la estructura se resume a ventanales sostenidos por telarañas. Apoyo la frente contra el vidrio. Con las manos en las sienes improviso unas anteojeras, y con ese artilugio me sumerjo en otra dimensión. Descubro a un hombre acostado sobre un altar. Aunque no puedo verlo en detalle, sé que está muerto. El vidrio se desploma en caireles intangibles. Contengo la respiración, como si pudiese evitar que ese cadáver me contagie una muerte segura.

El reloj marcaba las cinco. Ya se oía el canto del zorzal. Julián guardó la libreta y, aunque todavía era de noche, se levantó. Sacó unas medialunas del *freezer*, preparó un café bien fuerte y se llevó el desayuno a la galería.

Mientras revolvía el café se preguntó dónde irían los pájaros a morir. Las golondrinas se pasaban la vida huyendo de un final inevitable. “Es la única certeza con que venimos a este mundo”, le había dicho el abuelo poco antes del último suspiro. No había novedad en la frase; pero, hasta entonces, él nunca había mirado al futuro sin ilusión.

Prendió la computadora y *googleó*: “capacidad de los cementerios de Buenos Aires, defunciones, exhumaciones, cremaciones”. ¿Todo lo macabro terminaba en “dones”? No: también las canciones, las vacaciones, las erecciones. Ahí estaba la verdad, cincuenta y

cincuenta: no todo era muerte en la vida.

Pero algo no cerraba. ¿A alguien se le habría ocurrido armar estadísticas, comparar nacimientos con decesos? En la Tierra tenía que haber más muertos que vivos. Ningún cementerio, ni mar, ni inmensidad, sería capaz de albergar semejante proporción de cadáveres.

Mientras seguía leyendo, anotaba sus conjeturas:

Es evidente que están entre nosotros. Van a morir a un sitio y reaparecen vivos en otro donde nadie los conoce. Ahí tenés la explicación de la existencia del doppelganger: sos vos, buscándote a vos mismo. Sos vos, y cuando te encontrás, no podés reconocerte en tu propio reflejo. El dilema está entre torcerle la cara, o mirarlo a los ojos: con sólo verle la sombra, tu final es inminente. Que no se te ocurra enfrentarlo porque ahí morís de verdad: matar a tu doppelganger es una especie de suicidio.

Cómo saber si estos impostores llevan una vida normal, si son autómatas, muertos en vida igual que yo. No creo que tengan alma. Eso explicaría tanto vacío en el mundo, tanta indiferencia. Debo haberme cruzado con varios, hasta habremos conversado. Aunque, pensándolo mejor, es probable que sólo nos encontremos con nuestro propio doppelganger. ¿Irene se habrá reconocido en el suyo? Quizá, si yo me entregase al mío, podríamos reunimos en otro plano. No sería tan malo convertirme en eso, sí así volviera a estar con ella.

Julián siguió investigando y al poco tiempo enfermó. Su cuerpo no absorbía los nutrientes, la vida se le escapaba. Fue un proceso largo y doloroso. Hasta que una noche despertó en medio de una pesadilla que lo dejó sin aire y con palpitaciones: su *doppelganger* venía a buscarlo.

La habitación se impregnó de un insoportable hedor a albañal, similar al de ciertas parcelas en la Chacarita. A medida que los ojos se le acostumbraban a la penumbra, Julián distinguió la silueta de un hombre a los pies de la cama, que respiraba ronco y pesado, como quien duerme profundo. Notó que era esquelético, algo encorvado.

Después de intercambiar varias miradas concluyó que, si fuese agresivo ya lo habría atacado. Se atrevió a estirar el brazo y prender el velador. Con los ojos desmesuradamente abiertos vio que estaba frente a un monstruo con deformidades en la piel. El hombre se habría quemado, tendría lepra o algo parecido. Prácticamente había perdido las facciones. Los ojos, sin cejas ni pestañas, se hundían en las órbitas, rodeados de larvas grises. ¿Qué estaría haciendo ese muerto en vida sentado a los pies de su cama?

Julián se convenció de que seguía atrapado en una de sus

pesadillas. Se atrevió a hablarle.

—¿Se siente bien? —Le ofreció el vaso con agua que todas las noches dejaba sobre la mesa de luz.

El hombre se estiró y agarró el vaso. La mano sin carne se descamaba, los nudillos dejaban las coyunturas a la vista.

—Gracias —dijo ceceando.

Dio un sorbo. El agua entró por una boca sin labios, y salió por el cuello a la altura de la nuez.

Julián no era capaz de comprender lo que veía: en los ojos de ese monstruo distinguió resabios de color azul. Le resultó familiar la forma de la quijada, la única oreja, la impronta de la arteria en medio de la frente, el arco superciliar bien definido, la maraña de rulos apelmazados. El traje *pied de poule* —tan similar al que él había usado en su boda— raído, sucio de hojas y de tierra. Se le ocurrió que, después de muerto, se vería igual a ese extraño.

El hombre respiraba con dificultad. Tosió, exhaló un viento gélido, y se abalanzó sobre Julián. Él intentó escaparse, fue resbalando por la cama hacia el otro costado. El hombre sonrió, la mandíbula se le desprendió y cayó sobre la almohada. No sangró ni una gota; apenas soltó un puñado de aserrín negro.

—Hola, Julián. —La lengua le colgaba, morada y lustrosa—. Soy Julián, tu *doppelzombie.*

Julián se quedó quieto, observando al *doppelzombie*, que no paraba de hacer movimientos ondulantes con los dedos de carbonilla.

—Vamos, voy a llevarte con Irene.

El *doppelzombie* lo agarró de la muñeca. Con la otra mano recuperó la mandíbula y se la guardó en el bolsillo del saco.

—¿Entonces estoy despierto? —No esperaba respuesta; sólo le importaba volver a estar con Irene.

—Dale, que tenemos que irnos. —Babeaba un líquido espeso y oscuro.

Julián se levantó, se puso una bata y las pantuflas.

—Pónete el *pied de poule*, si no Irene no te va a reconocer.

Los adoquines brillaban bajo la luz dorada de los faroles. Como si uno fuese el reflejo del otro, caminaron a la par por una calle que Julián no conocía y desembocaron en el barrio de las embajadas. Sólo se oían los pasos de ellos dos y algún que otro perro ladrando.

El *doppelzombie* se detuvo en una *villa* de estilo italiano, con una escalinata que subía desde la vereda hasta una galería. Sacó una llave, abrió el portón de reja y, tomados del brazo, subieron con dificultad unos escalones. La puerta principal estaba abierta. Apenas la empujó, y entraron.

—Sentate —dijo señalando algo que en la penumbra Julián no alcanzó a distinguir.

—No quiero sentarme. Dónde está Irene.

—Ya la vas a ver.

Aunque nunca antes había estado en esa casa, Julián se sintió inquietantemente cómodo. Atravesó el vestíbulo, salió a la veranda y se desparramó en un banco de piedra. Semioculto detrás de la balaustrada tenía una muy conveniente vista de la calle, que iba haciéndose más y más angosta hasta desaparecer en un punto sobre el horizonte.

No se dio cuenta de que el *doppelzombie* había salido; raro no haberlo oído en el silencio de la madrugada. Le costó reconocerlo cuando lo vio parado en la esquina. Y mucho más le costó reconocer a Irene en esa mujer que cruzó la calle, se arrimó al otro Julián, y lo besó en la boca.

Se levantó, decidido a buscarla. Pero, cuando intentó abrir la puerta, se dio cuenta de que el *doppelzombie* lo había encerrado. Con los labios temblando de impotencia, volvió a la veranda y la llamó. Ella se acercaba, prendida al brazo del otro Julián, y no daba muestras de oírlo. El *doppelzombie* lo saludó con la mano, los dedos rosados y carnosos; iba recuperando el aspecto de un hombre saludable. Sacó la mandíbula del bolsillo y se la colocó. Irene volvió a besarlo.

Julián sintió el beso en sus propios labios, como tocado por ella a la distancia. Tanto amor lo secaba por dentro. Se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas, los párpados rígidos, la piel tirante. A través de la balaustrada vio que Irene se apretaba contra el *doppelzombie* con una desesperación obscena. Se identificó con ese otro Julián, ahora tan idéntico a él.

Lloró como un chico. En vez de lágrimas se le salió un ojo que rodó por el suelo, cayó a la vereda, y quedó rebotando contra el taco de Irene.

Se tocó la cara. Los dedos se desintegraban en cenizas. Apenas alcanzó a palpar el traje envejecido, cuando el corazón dejó de latir.

INMACULADA

Matilde despertó al amanecer, más entusiasmada que de costumbre, pensando en el regalo para su hermana que ese mismo día cumplía ochenta. Tomó las pastillas y se quedó un rato remoloneando, en un estado de ensoñación interrumpido por el canto de los pájaros. A las seis en punto se puso el deshabillé y fue al *living*. Sentada en la poltrona levantó el teléfono, lo apoyó sobre la falda y disco.

Marga tardó en atender:

—¿Sí? —dijo con la voz ronca.

—¡Feliz cumpleaños! ¿Dormías?

—Sí.

Marga se la pasaba durmiendo. Desde que había enviudado, ni la presencia de los nietos la rescataba de la melancolía. En cambio, Matilde siempre andaba de buen humor, y eso que se había quedado solterona. En su época, no tener marido era sinónimo de amargura y resentimiento. Pero ella jamás había necesitado lavar calzoncillos para ser feliz.

—¿Sabés quién habla?

—Sí, Matilde. A esta hora sólo vos llamás.

—Bueno che, quería ser la primera en saludarte.

—Gracias. Espero que hoy seas puntual. —Le cortó.

Iban a juntarse al mediodía en el ABC, con la hija de Marga y con los nietos. Matilde tenía tiempo de sobra para desayunar viendo el noticioso, y pasar por el *shopping* a comprar el regalo, que ya lo tenía visto. Se dio una ducha fría, roció el pelo húmedo con matizador azul y se puso los ruleros. Le encantaba verse bien, y que los demás lo notaran y se lo dijeran.

Lavó los cacharros, cerró la llave del gas y sacó el jilguero al balcón. Se puso el trajecito verde musgo y unos zapatos de color maíz con taco chino que la hacían ver más joven.

Disimuló las manchas de la cara con polvo volátil que desparramó con un cisne aterciopelado, resaltó las mejillas con colorete y los labios con un *rouge* que le había regalado Marga, dos o tres años atrás. Se sacó los ruleros, batió la melenita y la roció con *spray*. Se puso unas gotas de *Mary Stuart* detrás de las orejas y perfumó el pañuelo.

Abrió el congelador y sacó los ahorros que escondía detrás de las milanesas. Separó un puñado de billetes y los guardó en el bolsillo del monedero. Aunque había sol, agarró el paraguas y un chal por si las moscas. Y salió.

Esa mañana me había levantado con ganas de ir de caza. Fui al *shopping*, a la zapatería "Sólo para mayores", donde hay de todo para los viejitos: calzado ortopédico, de horma ancha, antideslizante y acolchado. Me probaba unos mocasines cuando mi anciana entró en el negocio y desparramó su olor: una mezcla de naftalina y colonia de azahares. Llevaba un trajecito que le apretujaba las redondeces. El pelo azulado y revuelto enmarcaba una cara como un plato de loza. Resaltaban los labios anaranjados y los pómulos exageradamente marcados con rubor. Me recordó a mi anciana de General Conesa.

La miré fijo intentando establecer una conexión visual. Se acercó a la vidriera y le señaló al vendedor un par de botas. Mientras yo devolvía los mocasines, volvió a entrar y fue a la caja.

Me apuré, le di un empujón.

—Discúlpeme, señora. No la vi.

Le cedí el lugar y me apoyé en el mostrador donde entregaban las compras, al costado de la caja. Creo que desconfió: se abrazó al monedero, miró a la cajera buscando complicidad, y sacó un puñado de billetes.

Esperé a que guardara el vuelto y, sin que ella lo notase, tiré un billete al piso. Me agaché a levantarlo y aproveché a rozarle la pierna:

—Tome, se le cayó.

Se le pusieron los ojos brillosos. Lo dobló y lo guardó en el monedero. Yo esbocé una sonrisa y me quedé ahí, pegado a ella. Respiré hondo y me guardé en el recuerdo su perfume, tan único y cautivante. La cadera me rozó el pantalón. Una parte de mí se acurrucó al calor de esa carne fofa. Si todo salía según lo planeado, muy pronto estaría recorriendo toda su geografía: valles, montañas, túneles.

Salí del local y la esperé pegado a la vidriera.

Matilde se mantuvo atenta al hombre que seguía apoyado sobre el mostrador, tan cerca que podría robarle sin que nadie lo notara. Mirándolo bien, se trataba de un muchacho con un traje holgado y anteojos retro, parecido a Gregory Peck en el papel de Atticus Finch: el abogado incorruptible y padre amoroso de *Matara un ruiseñor*. Un hombre peligroso sería más del estilo de Peter Lorre o Robert Mitchum, no tendría esa cara de ángel.

—¿Es para regalo? —dijo la vendedora.

—Sí. Si tiene un papel con perritos, mejor. A mi hermana le encantan los perritos.

—No tenemos papel.

La vendedora sacó un moño y lo abrochó a la bolsa. Y se la entregó, junto con el *ticket* de cambio. Entre rezongos, ella la agarró.

—En mi época había papel madera, con dibujos, celofán, metalizado. El moño se lo hacían en el momento, con cintas de colores. Cómo cambió todo.

La vendedora le hacía señas a alguien detrás de Matilde. Se había armado una fila como de ocho personas. Una mujer no paraba de protestar.

—Ya me voy, esta chica. —Agarró la bolsa y se dispuso a salir. Entonces notó que el hombre se había apartado del mostrador y enfilaba para la puerta.

La vendedora levantó la vista por encima de los anteojos y señaló el prendedor en el bolsillo de la blusa:

—Esta chica se llama Verónica. Cuando necesite algo venga a verme.

—Gracias, querida. Yo me llamo Matilde. Un gusto.

Salió del local en dirección a Cuenca y siguió su camino dando pasos cortos y firmes.

Habría pasado unos tres negocios cuando oyó que un hombre la llamaba. Miró hacia atrás y ahí estaba el muchacho del billete, con el paraguas de ella en la mano.

—Se lo dejó en el negocio. —Le entregó el paraguas.

—Gracias, joven —dijo con el corazón en la boca—. Todavía queda gente honesta. Usted tiene cara de bueno. Se parece a Gregory Peck. ¿Lo conoce?

—Cómo no lo voy a conocer. No hace falta que le cuente que mi mamá me puso Gregorio porque estaba enamorada de él.

—Atticus Finch. —Sonrió—. Uno de sus mejores papeles.

—¿Para quién es? —dijo señalando la bolsa.

—Es el cumpleaños de mi hermana. Vamos a almorzar juntas, con los nietos, mi sobrina.

—¿Va con su marido?

—No, el marido murió hace rato.

—No me refería a su hermana.

Matilde miró el reloj.

—Disculpe, se me hace tarde, joven. Adiós.

—La acompaño, Matilde. —Le apoyó la mano en el hombro y la impulsó a caminar a la par de él—. Oí su nombre en el negocio. Creo que no le hace justicia. Usted parece salida de una estampa alemana,

imponente como la roca donde la ondina Lorelei se les aparecía a los marineros.

Ella enfiló para la escalera mecánica. Miraba hacia adelante y se iba corriendo para el costado. Él se le arrimaba, hasta que la arrinconó contra una vidriera. La gente pasaba de largo, cada uno en su mundo.

—Permiso. —Matilde intentó apartarse, pero Atticus no se movió—. ¡Córrase, por favor!

Él la tomó de un brazo y la besó en la comisura.

Matilde quedó paralizada, las piernas flojas. No se atrevió a refregarse el beso con la mano. Se frotó con el puño del trajecito. En cuanto vio la mancha de *rouge* sobre la gabardina, imaginó la cara hecha un desastre. No pudo contener las lágrimas.

Se encontró desnuda ante las personas que circulaban cargando bolsas, los chicos que jugaban a esconderse. Un encargado de seguridad se les acercó.

—¿Todo bien, señora?

Atticus no le dio tiempo a responder.

—Todo bien. Bueno, regular. Mi tía quedó viuda hace poco y anda por la vida llorando, no importa donde esté.

—Con eso no puedo ayudarle.

Matilde lloraba acongojada. En un momento soltó la bolsa. Una chica que hablaba por celular sentada en un banco, vio la escena y también intervino.

—Venga señora, sentémonos acá. —Sacó un pañuelo, le limpió el *rouge* y le secó las lágrimas—. ¿Quiere que le compre un juguito?

—No, gracias, esta chica. Ya estoy mejor.

—Voy a buscarte algo, tía —dijo él, y se perdió entre la gente.

Cada una de mis ancianas es un prototipo. Me basta con saber que están solas en el mundo, pulcras, dispuestas a colaborar. Es emocionante descubrir su pasado, una vez que mi trabajo ya está hecho, enterarme a través de los diarios de lo extraordinarias o insignificantes que fueron sus vidas.

Nunca les pregunto el nombre. Me excita pensar que son personas sin futuro y sin pasado, que yo las hago famosas: gracias a mí, renacen. Una vez que mi trabajo está encaminado, les doy un nombre, las bautizo.

Matilde se fue caminando por la calle Cuenca. Sus largas piernas se movían con una agilidad infrecuente en alguien de su edad. En su juventud había sido nadadora olímpica y había ganado varias medallas. Apuró el paso hasta la parada del 80. Miró para un lado y para el otro, con la sospecha de que alguien la observaba. Al rato, el

colectivo llegó repleto de gente. A punto de subir, notó que Atticus estaba apoyado contra el poste. Cómo no lo había visto antes.

Él se subió al estribo:

—Espere que viene una señora.

Ni bien el colectivo arrancó, Matilde se sujetó del respaldo del chofer y sacó el boleto entre enviones y frenadas.

—¿Alguien le puede dar el asiento a la señora? —dijo Atticus.

Un muchacho se levantó.

Ella se sentó. Le pesaba esa bolsa gigante y el traje le quedaba demasiado ajustado. Debería haberle corrido los botones. Por más que se esmeraba en mirar por la ventanilla, sus ojos la traicionaban y le hacían girar la cabeza hacia Atticus. Se abrazó a la bolsa. Los dedos se clavaron en la caja de cartón y la abollaron.

Subimos al colectivo. Nadie le daba el asiento y mi anciana luchaba por no caerse. La bolsa le colgaba del brazo como un lastre. Apenas rocé su mano. Rocé su calor. En ese instante mágico decidí que la llamaría Lorelei.

Siempre descubren lo que me provoca el contacto. Se quedan mudas, asombradas, como viendo a un corderito convertirse en lobo. Soy medio lobo. A veces aúllo, desde que se me ocurrió hacerlo con mi anciana de Amaicha, y me fue muy bien.

Pobrecita, hasta cerró la puerta con llave. Fue a la pieza, y yo me quedé en el comedor. Esa fue la primera vez que aullé. Al oírme largó una carcajada.

Me divirtió mi nuevo recurso. Fui hasta la pieza y seguí aullando sin parar. Ella reía, hasta que se dio cuenta de que las reglas las ponía yo.

Entonces se echó hacia atrás y se tapó los oídos. La lengua se me alargaba, babeaba almíbar y, con cada aullido, la salpicaba. Se fue hacia un rincón, forcejeamos, me arañó y ligué unos mordiscones, hasta que entendió que no tenía escapatoria. Dejó de resistirse y me imploró que me callase. Le hice caso: solo se oyeron sus gritos. La tiré en la cama y en silencio hice mi trabajo.

Ahora, en el colectivo, Lorelei me miraba de reojo. Sospeché que había descubierto mi plan. Yo me hacía el distraído, pero controlaba todos sus movimientos. Hasta le saqué algunas fotos con el teléfono. Me entusiasma transitar el proceso del antes y el después, demostrar que la muerte las embellece.

A pocas cuadras de Los Incas y Triunvirato, Matilde se preparó para bajar por la puerta de adelante. Atticus bajó por la de atrás y no tardó en alcanzarla.

—¿La ayudo a cruzar?

—Déjeme tranquila. —La voz se le aflautó.

—Le pido que me disculpe. Me sobrepasé, pero no soy una mala persona. —Estiró la mano en un intento por tomarla del brazo.

—¡No me toque! —Le sobrevino un acceso de tos.

Matilde se ahogaba. Cruzó la avenida jadeando y se esforzó en llegar a la boca del subte. Bajó prendida del pasamanos, cruzó el molinete, tomó el ascensor hasta el andén y se sentó en un banco junto a la escalera mecánica. Se secó la transpiración de la frente y desabrochó el primer botón del saco. Atticus no tardó en aparecer. Afortunadamente siguió su camino, sin siquiera mirarla.

El cartel electrónico anunciaba que el tren llegaría en un minuto. Matilde se levantó. Cuando se abrieron las puertas una estampida la empujó hacia adentro. No hizo a tiempo a conseguir un asiento libre. Un hombre se lo cedió. Al lado de ella, un nene jugaba a escupir un chicle y volver a masticarlo.

El subte arrancó. El nene se tambaleó y le plantó la mano pegoteada en el medio de la pollera.

—Disculpe, señora. —La madre le dio un chirlo y se lo sentó a upa.

—No se preocupe, querida. —Matilde hizo una pausa, y sonrió—. Todos fuimos chicos alguna vez.

La sonrisa duró poco. Atticus salió del vagón de al lado, y se las ingenió para caber en el pequeño espacio que había dejado el nene. Matilde atinó a cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la ventana. Pero él no iba a quedarse callado:

—Usted me recuerda a mi abuelita checoslovaca. Tiene esa mirada límpida y la piel transparente del este de Europa.

Bajamos del colectivo y nos metimos en el subte. Pensé que a esa altura ya habría entendido, que intentaría huir. Faltaban cuatro minutos para que llegara el tren. Caminé tranquilo entre la gente, hasta que sentí el olor a naftalina y supe que la tenía cerca. La encontré sentada al pie de la escalera. Sus ojos empañados me dieron la certeza de que ya sabía que no había escapatoria.

Aunque el subte estaba lleno logré sentarme al lado. En cuanto me vio, se hizo la dormida. Para que supiera que a mí no me engañaba así nomás, hablé de mi abuela checoslovaca. Apretó los párpados, le temblaba la boca. No pudo disimular el miedo. Y yo, como un perro, cuando huelo el miedo me excito. Le pregunté dónde iba a encontrarse con la hermana. Respondió con evasivas.

Temí que no estuviera lúcida. Si no están lúcidas, no sirven. Me apreté contra ella. Cuanto más sentía su calor, más me gustaba. Y más me gustaba al mentirle: nunca tuve una abuela checoslovaca.

Lo cierto es que me recordaba a mi anciana de El Calafate, la de los ojos azules como zafiros. Qué delicia esa mujer. Lástima que con ella fue todo tan rápido. Hubiera preferido disfrutarla un poco más, pero tuve que apurarme. Todo por culpa de esos turistas. Y eso que había un letrero de NO ACAMPAR. No respetan nada. Ahí estaba yo, haciendo mi trabajo, mientras esos infelices armaban la carpa a unos metros nomás. Recuerdo la cara del chico que me descubrió entre los coirones. Del susto, mojó las bermudas. Se quedó observando en silencio, quieto, y aproveché para escapar.

Una ráfaga de olor a naftalina volvió mi atención a Lorelei. Ahí estaba, sentada a mi lado. Mi pantalón rozaba su pollera. No iba a contenerme por mucho más tiempo.

Matilde salió a la calle por la boca que daba al Luna Park, y caminó en dirección al Obelisco, hacia el ABC. En la esquina de Reconquista y Corrientes se dio vuelta: Atticus la seguía. A paso firme, dobló en Reconquista. El taconeo retumbaba en la quietud del sábado.

Al llegar a Lavalle, Matilde vio varios patrulleros estacionados y recordó la Comisaría Primera a mitad de cuadra. Le dio seguridad tanto policía yendo y viniendo. Los pasos de Atticus ya no le hacían eco en la boca del estómago. Miró atrás. El extraño se había esfumado.

En la puerta del ABC, Marga conversaba con la hija y se agarraba la cabeza. Los nietos potreaban entre la gente. Matilde se acercaba con el brazo extendido, la bolsa colgando a la altura del codo. Notó en la hermana una expresión de disgusto. La oyó decir:

—Vayan entrando que ahí viene.

La sobrina la saludó con la mano, reunió a los chicos y se metió en el ABC.

Marga, como siempre, la reprendió.

—No cambiás más.

—Perdón, hermanita. —La abrazó y le dio un beso. —No sabés lo que me pasó.

—A vos siempre te pasa algo.

—Cuando te cuente, te va a dar culpa. —Le entregaba el regalo, cuando un hombre se cruzó entre medio de las dos y la bolsa cayó al piso. Al oír esa voz exageradamente amable, una corriente gélida le recorrió la espalda. No necesitó mirarlo para saber que ese hombre era Atticus.

—Disculpen, señoras, no las vi.

Lorelei se detuvo en la puerta del restaurante. Bajo el sol, sus cabellos blancos irradiaban un halo virginal sobre su cabeza. La hermana también me gustó, y se me ocurrió un cambio de planes:

consumar la fantasía de la *ménage á trois*. No podría contenerme por mucho más tiempo.

Pasé entre medio de las dos. Las empujé, y el regalo cayó al piso. Me dio risa ver a mi anciana pedir ayuda. Lloraba, y gritaba histérica: “¡Agente! ¡Agente!”

Más bizarro aún fue el paraguazo que me dio en la cabeza. Se creía poderosa, una heroína de historieta barata.

—Qué hacés —dijo la otra vieja—. ¿Te volviste loca?

—Es un degenerado que me viene siguiendo desde Villa del Parque.

Dos policías se acercaron. Uno la miraba, como estudiándola.

El otro dijo:

—¿Qué pasa acá?

—La señora me confundió con otra persona, y me pegó con el paraguas. —Me froté la cabeza.

—Este hombre —Lorelei me señaló— me preguntó si estoy casada.

Yo me encogí de hombros, y el policía se sonrió.

La gente se fue agolpando alrededor nuestro. El otro policía seguía mudo. Miraba a Lorelei, luego a mí, y volvía a ella.

—Señora, ¿por qué le pegó al caballero?

—El *caballero* es un degenerado.

—Mire que para acusar hay que tener pruebas, eh.

—Basta, Matilde —dijo la hermana—. Dejate de decir estupideces que te van a meter presa.

—¡Yo no miento! Si no me creen, vayan a preguntarle a la chica esa que me atendió en “Sólo para mayores”. Se llama… ay cómo era. Empezaba con "ve” de “vaca”.

El policía interrogó a la otra vieja: si Lorelei tenía problemas cognitivos, si se desorientaba o tomaba alguna medicación para el Alzheimer.

—No sé, no creo.

—Bueno, quédense tranquilas. Ahora van a venir unos doctores y la van a revisar.

Lorelei se puso como una fiera. Se dio cuenta de que el policía me creía a mí. La voz se le aflautó, hablaba como un loro. Quería decir tantas cosas a la vez que no completaba las oraciones.

—Momónica se llama la chica! —lloriqueó—. No… como la vaca.

Se me vino el mundo abajo. Había estado tan cerca de tenerla. Pero a esos policías inútiles se les ocurrió pedir una ambulancia. Se la iban a llevar.

Ella seguía balbuceando, tratando de recordar el nombre de la vendedora.

—No llores —dijo la hermana, y la abrazó. Abrió la puerta—. Vamos.

Lorelei fue detrás, pero el oficial le dijo que no podía irse, que antes había que aclarar todo. Yo insistí con que no tenía problema.

—No quiero salir perjudicado, ni quiero perjudicar a nadie. ¿Tengo que firmar una declaración?

—No, señor, no funciona así—dijo el policía.

Acordonaron la calle; raro en una peatonal. Todo resultaba tan surrealista. La primera vez que se me escapaba una anciana, el entorno, las sirenas, las luces intermitentes.

Al rato llegó el SAME. Lorelei se defendía a los gritos, forcejeaba. Una mujer, que debía ser la sobrina, salió del restaurante y fue a hablar con los paramédicos. Iba con tres demonios que jugaban a correr carreras alrededor de la ambulancia.

No quise ver cuando la obligaban a subir.

—¿Me necesita, oficial —dije—, o puedo retirarme?

—Vaya nomás.

—Pobre mujer. Para qué vivir tanto, ¿no?

—Sí, sobre todo cuando la cabeza no le camina.

Me puse muy mal: probablemente Lorelei se había mantenido inmaculada, me había esperado, y por culpa de un policía imbécil nunca la tendría. Por poco no me largué a llorar delante de los curiosos que seguían agolpándose. Bajé la vista y vi el paraguas tirado en la vereda. Estos incapaces no habían preservado el arma, la prueba del delito. Me agaché, lo levanté disimuladamente y me lo llevé escondido entre la ropa.

LA SUSTITUCION

A César lo despertó la alarma del teléfono, después de una madrugada de sueños húmedos. La noche anterior se había cruzado con Katsumi, una chica que se había mudado al edificio meses atrás, y que estaba más buena que comer *sushi* con tenedor. Hacía rato que él la incluía en sus pensamientos impúdicos, pero nunca se había atrevido a hablarle.

Finalmente, los planetas se habían alineado y se dio una seguidilla de coincidencias: se encontraron en el palier, bajaron en el mismo ascensor, y siguieron su camino para reencontrarse en la farmacia. Sin dar vueltas, ella lo había invitado a su departamento, con la condición de que entrase sin ser visto. La ansiedad por concretar sus fantasías y la intriga por esa condición tan extraña, lo empujaron a levantarse temprano.

La chica vivía con el padre, un viejo tullido que amedrentaba con la mirada encendida y sinuosa: Takuma Shinumoto, según constaba en la liquidación de expensas. César imaginó que serían japoneses nativos, y se le ocurrió que apenas champurreaban castellano. Por eso le sorprendió la conversación fluida en la farmacia. Katsumi miraba esmaltes de uñas y en cuanto lo vio se acercó a saludarlo. Le habló con naturalidad, como si se conocieran de toda la vida:

—Hola, *boy next door.*

—*¿Do I know you?*—dijo César, asumiendo que se manejaba con el inglés, como tantos otros extranjeros.

—*Boy next door* —repitió entre risas—. Es un juego de palabras, por no decir vecino, aunque en inglés significa otra cosa.

—Perdón. —Pateó el piso, y miró a su alrededor con la sospecha de que todas las personas en la farmacia coincidían en que había quedado como un idiota—. Pensé que…

—Pensaste mal —dijo estirándose los ojos con la punta de los dedos, achinándolos más aún—. Soy bien argentina. El que sí es japonés, es mi papá.

—Mi bisabuelo también era japonés. —Le tocó el turno en la caja. Sacó la tarjeta de crédito y notó que ella no perdía detalle de la transacción.

—Así que César Molinari —dijo espiándole el documento—. Pensé que César Molinari era el dueño, y que vos alquilabas. —Se puso en puntas de pie y lo besó en la mejilla como quien besa a un amigo—. Yo me llamo Katsumi. Por poco no dormimos en la misma habitación. Estamos pegados. —Cerró los puños, estiró los dedos índices y los frotó. A él le pareció que sacaba chispas.

—¿Vas a comprar? Te espero.

—No, vamos.

Salieron juntos, y así siguieron las tres cuadras que separaban la farmacia del edificio, Katsumi hablando sin parar. Le contó que el padre la controlaba demasiado, y que esperaba ansiosa retomar las clases para recuperar cierta libertad. Él se quedó con ganas de elogiarle el vestido, que insinuaba cada una de sus formas. Y fantaseó con que ella se había metido en la farmacia con la intención de propiciar ese encuentro.

César se levantó, y prendió la radio. Alertaban sobre fuertes tormentas con probable caída de granizo. Ya en la ducha volvió a la noche anterior, cuando se despedía de Katsumi:

—Bueno, nos vemos —había dicho él.

—Mañana a la tarde mi papá no está. ¿Querés venir?

—Podría ser—. Sacó el teléfono—. Esperá que me fijo si no tengo otra cosa.

—Ya que estás, agendate m¡número. Y si te decidís, escribirme. Ojo que nadie puede verte entrar. Vas a tener que saltar por el balcón.

—Y eso por qué.

—Ya te dije que mi papá me sobreprotege demasiado.

—No entiendo. ¿Sos menor?

Katsumi rio. César se sintió un idiota.

Imaginó la situación: música, vino, caricias, y antes de arrancarle la ropa le pedía el documento. Podían jugar al policía y la criminal, llevarla presa o pedirle una coima y cobrarle en especie. Lo excitaba pensar en esas opciones, y lo divertía la aventura de irrumpir como un delincuente en el departamento del vecino.

Apilaba en la hacha la taza de café con los platos de la noche anterior, cuando le sonó el celular: llamado de Katsumi.

—Mi papá ya se fue. Te espero. Acordate de entrar por el balcón.

—Por qué mejor no me abrís la puerta.

—Después te explico bien.

Su intuición le dijo que lo dejase para otro día, que la condición de entrar sin ser visto era sospechosa. Pero eligió pensar con la bragueta.

Agarró un banquito y le escribió a Katsumi:

—Salto.

La medianera no era muy alta. Le resultó fácil pasar una pierna, la otra, y saltar. El balcón estaba desierto. Ni un canario había, ni una maceta. Raro que ella no estuviese esperándolo.

Desde el ventanal —entreabierto apenas—, César distinguió la silueta estilizada de Katsumi, que desde el *living* le hacía señas invitándolo a entrar.

—Hola. —Sonrió sugestiva y lo abrazó—. Qué lindo que estás, me gusta que no te afeitaste. —Le acarició la barba incipiente—. No puedo creer que hayas venido.

—Yo tampoco. —La besó en la mejilla.

—¿Tomás un café?

—Dale. —Se acercó a una ilustración de la erótica japonesa—. Qué buen dibujo.

—¿El del yūrei?—gritó ella desde la cocina—. Es mi preferido.

—No sé cuál decís.

Katsumi volvió con el café, y señaló un grabado que representaba a una mujer de pelo negro, rodeada de fuegos fatuos.

—El *yūrei*: un fantasma. ¿Ves que tiene puesto un kimono funerario?

—Ah, no. Yo decía la *shunga*. —En la estampa a color, dos personas tenían sexo en una posición insólita. César les acarició la desnudez con el dedo índice.

—Así que nunca viste un *yūrei*, pero lo de la *shunga* lo tenés clarísimo.

Ella le agarró el dedo mayor y se lo metió en la boca. Él la abrazó y la besó en el cuello. Olía a perfume de noche, muy sensual. Katsumi lo tomó de las manos y le insinuó que las deslizara por debajo de la remera. Se besaron como adolescentes. César no tardó en desabrocharle el corpiño.

A punto de bajarse los pantalones oyó como algo lejano el tintineo de unas llaves.

—No te puedo creer —susurró Katsumi y lo empujó—. Volvió mi papá.

Él cayó sobre un *puff*. Terminó de acomodarse mientras la puerta se abría. Ella apenas atinó a cruzarse de brazos. Se pasaba la mano por la boca cuando Takuma entró.

El viejo fue directo a Katsumi y la zarandeó como a una nena caprichosa.

—Qué hace este acá —dijo—. Qué te dije de traer noviecitos a casa.

Ella se quedó muda, los brazos rígidos cubriéndole los pechos.

César se levantó. Katsumi tenía enrojecido el borde de los labios. Si

Takuma llegaba a sospechar que él la había raspado con la barba, si llegaba a notar el corpino desabrochado, quién sabe de lo que sería capaz.

—La culpa es mía, señor Shinumoto —dijo levantándose—. Yo le insistí para que me abra. Me comentó el administrador que desde mi cocina le está pasando humedad.

El viejo se rascó la cabeza y apuntó a Katsumi.

—¿Vos te olvidaste qué día es hoy? —Le guiñó el ojo.

Ella se cubrió la boca en un gesto de sorpresa.

—¡Es el cumpleaños de Shizu!

—No se preocupe, señor Shinumoto —dijo César enfilando hacia la puerta—. Hablamos en otro momento.

—No, quédate. —Takuma le dio una palmadita en la espalda y lo invitó a pasar a la cocina—. Lo festejamos acá.

Él no tenía ningún interés en quedarse, pero no se atrevió a despreciar la invitación. El viejo sacó una botella de vidrio color caramelo, que tenía serigrafiados en blanco el dibujo de una vaca sonriente con una flor en la oreja, y la inscripción: yo soy la VACA DEGERMA Y CUIDO SU SALUD.

—Quién se anima —preguntó Takuma, mientras abría la botella.

—Qué es —dijo César.

—Es algo repugnante. —De espaldas al viejo, Katsumi se metió los dedos en la boca, simulando provocarse un vómito—. Mejor no lo tomes.

—Entonces paso. Gracias igual.

—Es leche vegana —dijo el viejo—. ¿Seguro no querés probar?

—¿Leche vegana con la cara de una vaca?

—Sí, es leche de vacas orgánicas. —Destapó la botella y llenó el vaso con un líquido espeso y blancuzco—. Tomalo tranquilo y después me ayudas con el puchero.

En cuanto tragó, César sintió un insoportable ardor en la garganta que le bajó hasta el estómago. Esa bebida misteriosa quemaba más que la ginebra. Se mareó, asaltado por un sueño súbito.

—Aquella solitaria vaca vegana… —murmuró, intentando controlar el mareo.

—¿Te sentís bien? —Katsumi lo ayudó a sentarse en una banqueta.

Takuma la agarró del brazo y metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—Tomá. —Le dio un puñado de billetes—. Andá a comprar una torta.

Ella guardó el dinero y saludó a César con la mano.

Cuando César volvió en sí. Katsumi ya había comprado la torta y ahora probaba el caldo directamente del cucharón.

—Riquísimo, papi.

Takuma llenó una taza y se la dio a César.

—Toma. Vas a ver qué delicia.

—¿Me desmayé? —balbuceó.

Seguía en un estado de ensoñación, oía las voces como seguidas por un eco. Las palabras se le iban en el vapor del caldo, no lograba captarlas del todo, concentrado en unas sombras que sobrevolaban la olla. ¿Qué eran? ¿Espectros de vapor condensad©? Eran *yūreis*, desprendiéndose de la hornalla como dientes de león llevados por el viento.

Yūreis. Se los veía tan vulnerables.

Mientras César intentaba sujetar la taza y no volcar el caldo, Takuma abrió la heladera y sacó… ¿el cuerpo de un bebé?

—¿Te gusta el pollo a la cacerola?

—Eso no es pollo, es un bebé —dijo César intentando pararse. Las piernas se le habían adormecido.

—¡Es pollo!

—No peleen —dijo Katsumi—. Es un pollo bebé. —Y salió de la cocina.

—¡Es pollo, mierda! —gritó Takuma, mientras lo descuartizaba: la carne era bien elástica, las articulaciones cedían con un crujido suave. Iba arrojando a la cacerola las piernitas y los bracitos—. ¿Te gusta la salsa *teriyaki*?

Seguía revolviendo el puchero, un piecito se asomó por el borde, y los *yūreis* aprovecharon para mordisquearlo.

El viejo acomodó al bebé sobre una tabla de madera y le estiró el pescuezo. César observaba con horror cómo con una mano lo sostenía por la espalda, cómo presionaba hacia abajo. Takuma calculó su golpe maestro, justo al medio del cuello, y de un solo hachazo la cabecita rodó por la mesada y cayó al piso.

—Levántala —dijo mientras pelaba una cebolla—, que se la vamos a agregar al puchero.

César se restregó los ojos.

—Vamos —dijo Takuma señalando la cabeza que seguía en el suelo —. Alcánzamela.

Flojo, como con resaca, César agarró una rejilla y se agachó. Un rumor gutural, una risa o un ajó, provenía de la cabeza del bebito, se ahogaba en un gorgoteo y volvía a repetirse. Esa cabeza cubierta de pelos tenía cara. Ahora César podía verla, tan distinta a la de otros bebés. Tan incomprensible. La nariz colgaba como la trompa de un elefante.

Y el ojo. Y *ese* ojo.

Un bebé cíclope.

—Bueno, me hacés agachar—dijo Takuma. Recogió la cabeza y la echó al caldero.

César lo miraba atónito.

—Qué pasa, hijo. No se va a ahogar, hace *snorkel*.

Entre las burbujas, la trompa emergía como un periscopio y volvía a sumergirse. Enseguida el ojo se desprendió, flotó hasta el borde del caldero, y se estrelló contra una de las manitos, que apenas se veía.

—Mira —dijo el viejo separando el ojo y la mano con un cucharón —. Mira los deditos, justo alrededor del ojo. Parecen pestañas.

El ojo hizo un último guiño, y se hundió.

Alguien tocó timbre.

—Llegaron —gritó Katsumi, la voz atenuada por la suave ebullición del guiso—. Bajo a abrir.

César se desperezó y notó que, muy lentamente, los músculos iban recuperando tonicidad. Todavía aturdido, se le ocurrió que las voces se escapaban de las burbujas, como si Takuma y Katsumi estuvieran bajo esa capa de hervor, sumergidos en el caldo.

—Yo me voy —dijo.

—Vos no te movés de ahí. —El viejo lo señaló con el dedo.

A César las piernas no le respondían del todo. Se quedó viendo a Katsumi salir de la cocina, estático, como empujado contra la pared por una fuerza invisible. Oyó un portazo y el ascensor que se alejaba.

—A dónde querés ir, vos —dijo Takuma, y puso en marcha la *Nespresso*—. Recién alucinabas que el pollo era un bebé. Ahora te tomas un cafecito, que no quiero pasar vergüenza delante de la familia.

—Yo lo vi —César le retrucó—. Un bebé cíclope. Y usted se burlaba.

Una mujer gorda, rubia, los ojos celestes y cristalinos, entró en la cocina y fue directo al caldero.

—¿De quién te burlabas? —dijo la mujer.

El viejo agitó la mano en un gesto de restarle importancia al comentario de César.

—Hola, Irma —dijo Takuma, y largó el cucharón para abrazarla—. Gracias por venir.

—Qué bien huele —dijo la mujer.

—Es el ingrediente secreto.

—Llegaron los tíos también —dijo Katsumi—. Están bajando los bártulos de la camioneta.

—¿Trajeron el gabinete? —dijo el viejo.

A César el café lo fue despabilando. Con cada sorbo se le prendía una lamparita.

La mujer lo miró y le guiñó el ojo a Katsumi.

—Cada vez elegís mejor, vos.

El cielo se cubrió de nubarrones y todo quedó en penumbras. Katsumi agarró a César del brazo y lo llevó al *living*. Él, todavía nauseoso, se acomodó en el *puff*. Ella cerró el ventanal, prendió unas guirnaldas led. Y puso un disco de Los Twist, el *Wincofon* a todo volumen.

Mientras los demás se iban acomodando alrededor de la mesa, Katsumi cantaba: *Hulla Hulla está en las calles y en los kioscos de tu barrio.*

—La dicha en movimiento —dijo César inspeccionando la tapa del disco—. Mi viejo tenía el *cassette*. No me digas que es de tu papá.

—¿Estás loco? —dijo muerta de risa—. Era de Shizu.

—¿De quién?

—De mi hermana.

Lo agarró de la mano, con la intención de bailar juntos, pero él no tenía fuerzas.

—¿El puchero lo dejamos para después? —gritó Takuma desde la cocina—. ¿O lo comemos ahora?

—No, más tarde —dijo Irma frotándose la panza—. Mejor con el estómago vacío.

Sobre la mesa no había ni vasos, ni sándwiches, ni un maní; sólo una caja cilíndrica, tan ancha como alta. César imaginó una torta con una estatuilla de Rapunzel, o algo por el estilo.

Ya estaban sentados la mujer, Takuma, un matrimonio mayor y una cuarentona.

A César también se le dio por cantar. Qué le habría dado a tomar ese viejo. Justo él que no cantaba ni en la ducha, ahora se divertía con ese estribillo tan superficial.

—Flaca, para un poco, tenés a todos los muchachos moqueando la nariz.

—Che —dijo la cuarentona haciendo un gesto con la mano como quien espanta una mosca—, bajen un poco esa música.

—Flaca, me vuelvo loco con esa cola de caballo impregnada en spray.
—César no podía parar de cantar, y se puso a bailar a los tumbos.

Katsumi bajó apenas el volumen, y también bailaba.

—¿Esa es Sushi? —dijo César.

—¿Qué?

—Tu hermana. Sushi. —Se tapó la boca y dejó salir un eructo.

—Shizu, en todo caso. No, la amarga que no quiere música es mi

prima. Y los viejos con cara de nada, mis tíos. Vení que te los presento.

Sin el menor interés en tratar con esos parientes desagradables, se resignó a saludarlos.

—¿Y tu hermana cuándo viene?

—Ahora la traen.

Los tíos abrieron unos bolsos y fueron sacando varios paquetes, planos y rectangulares, que César imaginó como *packs* de salchichas.

Pero, no había nada comestible dentro de ese envoltorio. Sólo velas. Y no eran las velitas que se ponen en una torta de cumpleaños. Eran las mismas velas blancas y largas que se usan cuando se corta la luz.

—Perdón que me meta —le dijo César a Katsumi al oído—, pero cómo van a hacer para poner todas esas velas en la torta.

Ella largó una carcajada.

—¡No son para la torta! —Le dio una cachetada suave.

—Bueno, chicos —dijo la mujer rubia mientras revolvía la mochila —. Primero vamos a relajar, a conectar con nuestro cuerpo.

—¿Qué? —dijo César.

Katsumi se levantó. Apagó la música, las luces, y volvió a sentarse.

Un trueno hizo temblar las ventanas. Los nubarrones resultaron en diluvio. La oscuridad era tan profunda que sólo se veían los ojos celestes de Irma suspendidos en el aire.

—Qué esperan para prender las velas —refunfuñó Takuma.

La prima las fue prendiendo y las desparramó por el *living*.

—Vamos con el *mmm* —dijo la mujer. Y se dirigió a César—. Con la boca cerrada pronuncias la letra eme hasta que sientas un cosquilleo en los ojos, que te vibren los labios.

—Disculpen. —Carraspeó—. Me tengo que ir.

Se despegaba de la silla cuando Katsumi lo frenó de un codazo. Y le hizo una seña, el dedo cruzando los labios en un pedido de silencio, y la mirada fulminante.

La mujer abrió la caja donde presuntamente había una torta, y sacó una bola de cristal. Hizo una imposición de manos sobre la bola de cristal, murmuró una frase incomprensible —¿un conjuro?—, y la ubicó en el centro de la mesa.

—Ahora nos tomamos de las manos y esperamos, con los ojos bien abiertos y seguimos haciendo *mmm*.

—Bueno, basta. —César se levantó de golpe—. Me voy.

El viejo lo agarró del brazo y lo apretó bien fuerte.

—Vos te quedas acá.

—Así no —dijo Irma—. ¿Quedó un poco de…?

Katsumi fue a la cocina y volvió con la botella Degerma.

—No voy a tomar nada más —dijo César con voz temblorosa—. Abrime la puerta, por favor.

—Perdóname, no puedo—dijo Katsumi.

Él gritó, pero enseguida le taparon la boca.

Takuma llenó la copa hasta el tope.

—Ojo —dijo la mujer— que lo necesitamos tranquilo pero lúcido.

—Ya estuvimos probando la dosis —dijo Katsumi.

Los tíos lo sujetaron y la prima le hizo tragarse dos sorbos, uno atrás de otro. Él atinó a escupir un tercero. Intentó ponerse de pie, pero le dio un vahído. Katsumi lo ayudó a llegar al *puff*.

—Esta vez va a salir todo según lo planeado —dijo Irma—. Comencemos de una buena vez.

—De qué hablan —balbuceó César, que intentaba mantenerse despierto.

—Van a traer a mi hermana.

Él iba perdiendo tonicidad.

Katsumi regresó a la mesa, a las vibraciones y a los conjuros.

La luz de las velas oscilaba dentro de los ojos glaciales de Irma. César los vio derretirse en lágrimas hasta que los cuencos quedaron vacíos. Poco a poco la mujer fue entrando en trance, hasta que empezó a largar espuma por la boca.

Un bulto amorfo se materializó entre las burbujas de ectoplasma. César oyó el eco de una voz que provenía de esa ebullición etérea, y reconoció una de las pocas palabras que había aprendido en japonés: madre.

—*Haha.*

La voz era indefinida. Sólo la angustia con que articulaba la diferenciaba de una voz animal.

—*Haha, haha.*

Bajo la luz flamígera de las velas se revelaron unos ojos enormes, negros y ahusados, suspendidos en el aire como dos dirigibles.

El *living* se impregnó de un vaho perfumado de tierra y flores pútridas. Un remolino dio tres vueltas alrededor de la mesa. En medio de un silencio abrumador, las velas se apagaron y volvieron a prenderse. Y, en ese bulto, en esa ameba que agitaba los pseudópodos en un intento por adquirir forma humana, César adivinó una silueta simiesca y una cara de rasgos imprecisos.

La criatura crecía, babeaba con la lengua gris y brillante colgando de la comisura. Hasta que se incorporó del todo. La sombra se proyectó en las paredes y creció hasta el techo. Y se reveló la fisonomía de una chica desnuda, de caderas sinuosas y pechos generosos. Aun bajo la luz cálida de las velas, la piel se veía purpúrea.

—¡Shizu! —dijo Takuma—. Soy yo, tu papá. Tu *chichi.*

—*Chichi* —gritó Shizu—. Y se abrazó a Takuma.

Se quedó un rato prendida a él, hasta que Irma los separó:

—Vamos. Hay que hacer la sustitución.

La chica se tapaba los ojos, espiaba a la mujer con los dedos entreabiertos. Tal vez le molestaba la luz, o intentaba esconderse. Lloraba y seguía balbuceando.

—Qué pasa —dijo César con dificultad—. Qué es todo esto.

Katsumi se le acercó.

—Mi hermana dice que nacer duele más que morir. —Le apretó fuerte la mano—. No tengas miedo.

Shizu lo miró con los ojos negros desbordando de los párpados. No había blanco en esos ojos. Él decidió escapar, pero no podía moverse.

La chica se abrió el pelo en dos mechones y lo acomodó, cubriendo su desnudez. Caminaba hacia César, muy despacio. Avanzaba con un ruido rechinante, algo así como monedas que caían o engranajes trabajando. Él recordó historias de fantasmas que hablaban de almas errantes arrastrando cadenas. Así como lo había imaginado, así sonaba.

Shizu se le fue encima. Como dispuesta a devorarlo, abrió la boca hasta que los labios crujieron.

—Ahora —gritó Irma.

Takuma y Katsumi se tiraron al suelo. Entre los dos le sacaron el grillete a Shizu, se lo colocaron a César y cerraron el candado. Y le hicieron la señal de la cruz con ectoplasma en el medio de la frente. Él ya no se resistía. Iba perdiendo materia, como consumido por el ectoplasma, a la vez que Shizu se iba fortaleciendo, recuperaba el color, la fuerza. Irma seguía formulando conjuros, emanando más y más ectoplasma. Los demás apoyaban manteniendo la vibración. Las velas dieron unos últimos chispazos y se apagaron.

En la penumbra, de César sólo resplandecía el contorno, el aura que se iba encogiendo.

Ahora él tenía la certeza de que el encuentro en la farmacia no había sido casual. Ojalá se hubiera dejado llevar por la intuición. Ojalá nunca hubiera entrado en ese departamento sin ser visto. Claro que era extraña la condición que había puesto Katsumi. Más que extraña, sospechosa.

Intentó pedir auxilio, pero ya no podía hablar, mucho menos gritar. Quiso espantar a una bandada de *yūreis* pero, como un *yūrei* más, había perdido las manos, los brazos. Un leve ardor le quemó el pecho; etéreo, pero aún sensible. El ectoplasma le cosquilleaba en la piel, como espuma en un baño de inmersión.

César se infló, redondo y tornasolado como las demás burbujas. Se

sintió flotar a la deriva, como un globo de helio. Se elevó bien alto hasta rozar el techo y estalló. Salpicó apenas, y se volvió completamente incorpóreo.

KILOMETRO 48

Como todas las mañanas, Rogelio levanta la tabla del inodoro y descarga el tinto de la noche anterior. Se mira al espejo y sonríe. Se pone a contar las piezas que le faltan: entre dientes y muelas, nada menos que ocho. Si tuviera plata para arreglarse el comedor, no se le haría tan difícil conseguir mujeres. No está tan mal para su casi medio siglo; todavía tiene pelo, y las patas de gallo lo hacen interesante.

Hojea la *Playboy*. Fiel a sus principios, como siempre elige a la morocha de rulos. Se masturba, le arranca unas hojas al rollo de cocina y se seca. Cierra la *Playboy* y la deja tirada en el catre. Mira el reloj: ya tendría que haber salido a trabajar. Lo bueno de no tener patrón es que maneja sus horarios como se le antoja. Se pone el pantalón cargo, una camisa a cuadros a la que le faltan algunos botones, y se calza las alpargatas.

Después de matear un rato a la sombra del ombú, junta ganas y se dispone a salir. La canasta de mimbre ya está enganchada en el manubrio de la bicicleta. Rogelio saca las tortas fritas que dejó en el horno de barro la noche anterior, y las vuelca adentro de la canasta. Se emboca el sombrero Panamá, y sube a la bicicleta.

A medida que se acerca a la ruta nota que el tránsito está detenido. Oye bocinas, protestas. Cuando llega al acceso ve que está colapsado. Parece que hubo un accidente. A juzgar por el embotellamiento, se nota que la Policía Vial no es capaz de controlar la situación.

Sigue su camino por la banquina, pero a unos cien metros de donde ocurrió el accidente, un oficial le cierra el paso.

—Caballero, no se puede pasar.

—¿En la bici tampoco?

—No, señor.

Tendría que haber salido más temprano; el mejor horario para vender tortas fritas es a la mañana. Ahora el sol raja la tierra. Como el tránsito no se normalice pronto, Rogelio va a tener que adentrarse en el campo y buscar un refugio a la sombra. Apoya la bicicleta contra un poste de luz, prende un *Marlboro*. Y se entretiene mirando a la gente adentro de los autos. La mayoría habla por teléfono. Algunos ya se bajaron y tratan de averiguar qué está pasando cerca del peaje.

Rogelio para la oreja y escucha diferentes versiones:

—Atropellaron a una persona.

—Por esquivar a una vaca que salió a la ruta chocaron un auto y un camión.

—Volcó una combi.

Por la banquina, una pelirroja alta y hermosa como una modelo se abre paso entre las cortaderas. El intenso calor provoca un espejismo sobre el asfalto, y envuelve a la mujer en una especie de aureola como el halo luminoso de la Virgen. Rogelio da una pitada profunda y apaga el cigarrillo en el pasto. Y se apura a abrir la cámara del celular. La mina está más buena que muchas de la *Playboy*. Le saca una foto, guarda el teléfono en el bolsillo de la camisa y se frota las manos. Qué festín va a darse a la mañana siguiente.

No puede dejar de mirarla. Cuanto más se acerca, más hermosa la ve: la melena ondulada, los anteojos de sol propios de una diva, los labios carnosos, el escote insinuante. Los pechos se bambolean con cada paso que da; no debe haberse puesto corpiño. Qué manera de hacerse los ratones. El vestido de leopardo y los zapatos rojos. Las pantorrillas torneadas, la redondez de la cadera y la cintura de avispa.

—Buen día —dice la mujer, acercándose.

Rogelio mira por encima del hombro, y se cerciora de que en la banquina no haya nadie más. En el pantalón le laten pensamientos impúdicos. Se encorva lo bastante como para disimular el bulto que crece en la bragueta, y prende otro cigarrillo.

—Buen día —repite ella, y se saca los lentes.

Los ojos son de un color verde eléctrico, como los chalecos de la Policía Vial. Rogelio queda hechizado ante esa mirada vibrante.

—¿A cuánto me deja las tortas fritas?

Él no atina a responder.

—¿Señor?

—Sí, disculpe.

—Las tortas fritas. Cuánto salen.

Rogelio lanza una bocanada de humo, y sonríe con cuidado de no mostrar más de la cuenta. Si ella nota que al comedor le faltan la mitad de los muebles, él perderá su mejor oportunidad.

—¿Cuántas quiere? Puedo hacerle precio.

—Soy una tonta. —Estira los brazos y le muestra las manos vacías —. Me dejé la cartera en el coche.

—No se preocupe. —Sonríe con la boca cerrada, y se ladea el sombrero en un intento de hacerse el interesante—. Agarre las que quiera, después arreglamos. Total, muy lejos no se va a ir. Vea, doña, cómo está el tráfico. Una cosa de locos.

Se queda mirando el camino, por encima del hombro de la

pelirroja. Ella se da vuelta.

—Tiene razón —dice volviendo los ojos hacia él—. Tenemos para un rato largo.

—No se me haga la vergonzosa. Cómase una, que no se va a arrepentir. —Señala las tortas fritas.

La mujer se arrima a la canasta y mira hacia los pastizales que bordean la ruta. Huele a perfume importado, sensual.

—¿Habrá un lugar fresco para esperar hasta que esto se descongestione?

Rogelio se pasa la mano transpirada por la frente. El calor adentro del pantalón es tan real como los pechos de esa mujer que ahora se inclina sobre la canasta. El escote cede y revela hasta el último detalle.

—Tome —dice él—. Si no le gusta, la deja.

Ella da un mordisco y, relamiéndose, le agarra las manos a Rogelio y se las huele.

—¿Usted las amasa? —Muerde otro pedazo y señala un ceibo—. Vamos a la sombra de aquel árbol.

El tránsito sigue interrumpido. Él le pide a un automovilista que le cuide la bicicleta. Baja el terraplén y, como en una película, agarra a la mujer de la cintura y la ayuda a saltar. Ella se mete entre las cortaderas, se escabulle entre los penachos, y por momentos Rogelio la pierde de vista. Hasta que llegan al ceibo. La mujer se recuesta contra el tronco, arquea la espalda, vuelve a agarrarle las manos y se las apoya sobre los pechos.

—Muéstreme cómo amasa.

Él se deja llevar, le mete una mano por adentro del vestido. La besa en la boca, en el cuello, y con la otra mano le baja la bombacha.

—¿Voy demasiado rápido?

—No, no pare. Necesito un hombre que me haga sentir viva.

Rogelio no puede controlarse y termina antes de lo que hubiera querido. A la mujer se le caen las lágrimas.

—Perdón. —Él le lame las mejillas—. Si quiere volvemos a empezar. La acaricia, la besa, le habla al oído. Por más que él se esfuerza, ella no responde.

—No siento nada —dice sollozando—. No siento nada.

Sale corriendo, trastabilla y cae. Rogelio corre detrás.

—¡Espere, señora!

La mujer se levanta, se apura en llegar a la ruta, los zapatos en la mano. Con cada paso se hace más y más pequeña, se pierde entre los penachos y reaparece en el terraplén. Rogelio la alcanza. Ella queda parada en medio del camino, frente a un auto destrozado. La luz de los patrulleros le pinta la cara de azul. Él intenta acercarse, pero un policía lo frena.

—No se puede pasar, señor.

—Estoy con la señora.

—¿Qué señora?

Rogelio mira por detrás del oficial. Tendido sobre el asfalto hay un cuerpo cubierto de la cintura para arriba. Sobresalen el vestido de leopardo y los zapatos rojos. Perplejo, busca en su celular la prueba de que esa mujer es la misma que estuvo con él hasta hace un rato. Todavía huele su perfume.

Saca el teléfono y mira la foto: la banquina, la caravana, y un cuerpo como hecho de luz que flota entre las cortaderas.

NOCHE DE PERROS

Entre los primeros de la fila de la calle Viamonte, con un pie en la vereda y otro en el umbral, Sofía se resguarda del viento, y espera a que habiliten el ingreso a Tertulia. Mientras, lee en su celular un artículo sobre la obra, que ya se estrenó con muy buenas críticas.

Las óperas modernas no la entusiasman, pero en los pasillos del Colón suena ese nombre que ganó una notoriedad súbita: José Luis "Pepelucho" García. Le da curiosidad ese compositor ignoto y con un nombre tan ordinario, devenido en un *enfant terrible*, de la noche a la mañana.

Un anteojudo culo de botella, con una gorra de *tweed* y bigote inglés se abre paso, empujando a la gente con una valijita, o lo que sea ese bulto que Sofía no alcanza a distinguir. Hasta que él se le pone adelante, entonces ve que trae una jaula de canario, y que adentro hay un cachorrito negro, demasiado quieto para estar vivo.

Sofía simula estar atenta al teléfono, pero los ojos se le van a esa criatura que parece embalsamada. No se da cuenta de que el tipo retrocede. La consecuencia es un pisotón, de lleno en el dedo gordo. Aturdida por el dolor suelta el celular, que cae de canto justo sobre el mismo dedo.

—Qué te pasa, flaco —le dice. Y se agacha a levantar los despojos del teléfono.

La gente murmura, los curiosos se agolpan y los van rodeando. Incluso alguien reclama:

—¡Ojo con el colado, señorita!

Pero al tipo parece no importarle. Aprovecha que ella está levantando de la vereda las trizas del teléfono y le pega en la cadera con la jaula.

—Discúlpeme, bella dama. Es que se la ve muy apetecible.

—Señor—dice uno de los empleados del teatro—, permítame ver su entrada.

—¿Es verdad que está prohibido ingresar con alimentos? —Sacude la jaula, como intentando reanimar al cachorrito—. ¿Si le prometo que no me lo como durante la función, me lo deja entrar?

—Por favor —dice Sofía—, alguien que saque de acá a este

energúmeno.

El tipo estira la mano y le dice:

—Déjeme invitarla a mi palco.

Sofía se echa hacia atrás, y desde esa perspectiva cae en la cuenta: a juzgar por las fotos que estuvo viendo hasta que se quedó sin celular, el *hípster* se parece demasiado a José Luis García.

—Es un palco bajo —insiste él—, una ubicación privilegiada. Pepelucho, para servirla.

Servirla… ni que ella fuese una perra. Bueno, a veces en la intimidad se siente una perra.

—¡Pepelucho! —alguien grita. La gente abandona la fila para pedirle autógrafos, y enseguida Sofía se encuentra en medio de una aglomeración.

No puede creer que este mamarracho sea el autor de la ópera. Se lo imagina hijo de algún político, o de algún empresario: por más talentoso que sea, sin palanca no habría llegado tan rápido al Colón. Ahora le despierta curiosidad, y la ópera se ve mejor desde el palco que desde Tertulia, así que acepta la propuesta.

No es fácil salirse de la fila, evitar a los fanáticos que interceptan al gran José Luis García y lo acorralan apuntándole con lapiceras y papeles. Ni es fácil subir las escaleras que dan a la calle Libertad, mucho menos trepar la gran escalinata del *foyer*. todo el mundo lo saluda, le piden que pose para la *selfie*, y hasta un grupo de prensa se les viene encima. Sofía se siente una sombra entre los *flashes*, una ménsula que sostiene la jaula con el cachorrito, mientras Pepelucho despliega su extravagancia.

Pronto se liberan y llegan al palco.

—Sos la elegida —dice él abriendo la puerta—. Adelante.

En el palco sólo están ellos dos. Pepelucho deja la puerta entreabierta, apoya la jaula en el piso y se asoma a la sala. Ella lo sigue. Mientras contempla la cúpula, intuye las miradas de los fanáticos que ya saben muy bien dónde ubicar al gran José Luis García, y están desesperados por verlo. Desde la platea, muchos se acercan a felicitarlo. Se lo ve exultante.

—Está repleto —dice Sofía.

—Claro, soy muy exitoso.

Sofía no le festeja el chiste —mejor no tomarse en serio a ese engreído—. Y Pepelucho se pone a acomodar las sillas.

Ella vuelve al antepalco y cuelga en el perchero la cartera y el impermeable.

El la sigue:

—Debés pensar que soy un boludo.

—¿Yo dije eso?

—No, pero me mirás raro —dice peinándose el bigote.

—¿No te parece raro andar con esa jaula? Y “Pepelucho" suena a cómico chabacano. Nada de eso es normal.

—¿Quién define qué es normal y qué no, linda?

—Linda, no: Sofía. Y vos dijiste que te miro raro. Definirme “raro”.

—¿Y vos con qué parámetro medís la rareza?

Él cae en más lugares comunes y se enrosca en la discusión, pero no parece ningún boludo.

—Dale, Pepelucho. Seguí dándole vueltas. Seguí centrifugando la charla.

—Tenes razón, nos conocimos hace cinco minutos y ya estamos discutiendo. —Saca un pañuelo blanco de un bolsillo del *blazer* y lo agita—: Pido tregua.

Lástima: ella hubiera preferido seguir peleando.

—Tregua concedida —dice.

—Si no te gusta Pepelucho —dice señalando la jaula—, podés llamarme Rottweiler.

Ella no había prestado atención a la raza del cachorrito. Desde un primer momento le había provocado cierta repulsión imaginarlo embalsamado. Le resultó menos perturbador pensarlo como de utilería. Y ahora que él la obliga a mirar —o, mejor dicho, ahora que ella acata esa supuesta obligación para justificar su propio morbo—, mira al perro, y sospecha que no está embalsamado.

—¿Le diste algo para dormirlo?

—Sí, una inyección letal.

Pepelucho abre la puerta y sale con la jaula, y ella se queda pensando si la está tomando por tonta, o si de verdad sacrificó al perro.

Al rato él vuelve con las manos vacías, y antes de sentarse retoman la conversación:

—¿De verdad es un *Rott*? —dice Sofía.

—Sí, es un *Rott.*

—Entonces voy a llamarte Rotten.

—¿Como Johnny Rotten?

Ella sonríe y asiente con la cabeza. Qué bueno: no cualquiera conocería a Johnny Rotten.

—Me encanta que lo hayas nombrado —dice sacándose los anteojos—. Johnny Rotten, un ejemplo de lo que una imagen puede vender. —Sin esos culos de botella, se le notan las pestañas tupidas, los ojos de un verde muy intenso—. Debés saber que hoy en día todo es *marketing*. —Se saca la gorra, y un mechón engominado se le pega en el medio de la frente—. Tenés que armarte un personaje o no

existís.

A Sofía le va cayendo mejor, y hasta empieza a parecerle lindo. El *look hípster*, el traje pespunteado a mano, el perfume. Qué ganas de tenerlo más cerca, de apenas rozarle la piel, como para sentir su calor.

—¿Me explicás lo de la jaula? —Se va a sentar, y él le acomoda la silla.

—La jaula es más que nada para llamar la atención —dice sentándose—. Ya vas a ver que aparece en una escena.

Las luces se apagan. Entra el director, alza la batuta, y la ópera comienza. La obertura, en realidad, a telón cerrado.

—¿Por qué no dirigís vos? —susurra Sofía.

—Porque acá —responde Rotten en voz alta— tenés que ajustarte a las reglas del teatro. La idea era que el perro estuviese vivo.

—¿Entonces está muerto de verdad?

Alguien le chista, y ella se queda intrigada.

La obra avanza. Y es incomprensible, por no decir desagradable. Pero el público la recibe extasiado.

La mejor parte llega cuando, a punto de morirse de aburrimiento, es rescatada por una caricia helada en la rodilla. Le agarra la mano a Rotten, la corre a la entrepierna, y ahí la deja descansar, oculta bajo la pollera.

—Tenés los dedos fríos —murmura Sofía.

—Vos me los vas a calentar. —Sube la mano hasta rozar la bombacha con el meñique.

Ella le mete la mano en el bolsillo del pantalón y la deja ahí, quieta pero tibia. Hasta sentir cómo se va tensando la gabardina del príncipe de Gales. Mira de reojo y lo que vislumbra —contenida bajo la bragueta— es una erección prominente. *Demasiado* prominente.

Parece que Rotten es excepcional en todos los órdenes de la vida. Se le está haciendo agua la boca, justo cuando él se levanta, atraviesa el antepalco y deja la puerta abierta.

A Sofía se le viene el recuerdo de una fantasía virginal: justamente imaginaba su primera vez en un antepalco del Colón, trabar la puerta, correr las cortinas.

Al rato vuelve Rotten. Se sienta bien pegado a ella.

—Ahora viene la mejor parte —le susurra al oído—. Presta atención.

El cuadro principal transcurre en un picnic. Los papeles secundarios y coros los interpretan esos característicos títeres de los ventrílocuos, y las voces provienen de distintos puntos del teatro.

—Puse cantantes en Paraíso, en la fosa, pasillos y bambalinas. La gente se vuelve loca con el efecto sonoro.

—Qué buena idea.

Los títeres se recuestan en el pasto. Da la impresión de que se fueron a dormir. Y así debe ser, porque las luces declinan hasta apagarse.

Redobla el timbal. En el suelo crepitan fuegos falsos. Unos bailarines entran en escena portando máscaras de la ópera de Pekín. Simulan caminar sobre las brasas. Desde los balcones se encienden luces rojas, anaranjadas, amarillas, que parpadean al ritmo del timbal. Un foco ilumina el centro del escenario, y aparece algo que Sofía no llega a distinguir bien.

—Ahí está la jaula —dice Rotten—. Parece otra cosa, ¿no?

La jaula cuelga de una cadena con luces, baja lentamente hasta quedar suspendida sobre los bailarines. El timbal deja de sonar, y el clamor de una campana rompe el silencio. Empujados por los acordes menores del órgano, los títeres se levantan como zombis que salen de las tumbas. Las campanas tubulares se ensamblan con el órgano en una marcha fúnebre, y los bailarines forman un anillo alrededor de la jaula. En cada *arabesque*, aprovechan la posición del cuerpo para tirarle dardos al cachorro. En tanto, los títeres emulan lloriqueos y quejidos.

—Te decía: la idea era que esté vivo —se jacta Rotten—, que lo llenen de agujeros. ¿Te imaginás la sangre salpicando a los bailarines? Eso me lo guardo para el *under*. Acá por mucho menos te destrozan.

—Vos estás loco. Aparte el perro se pone a ladrar y te taparía la música.

—Esa es la gracia. Es muy perturbador para la gilada.

Los del palco contiguo les chistan, les hacen señas de que bajen la voz. Él les hace la venia.

Qué fascinación le provoca a Sofía ese seductor siniestro. Si es tan libre en lo profesional, lo que debe ser en la cama. Ya no puede contenerse y le susurra al oído:

—Quiero estar con vos.

—Y yo quiero estar con vos.

Se levantan, entran en el antepalco y corren las cortinas. El se baja los pantalones. Ya está bien a punto. Ella se arrodilla, se deja encantar por esa serpiente hipnótica, todavía más grande de lo que sospechaba. Da el primer bocado: una mezcla de succión y mordisco suave. Rotten se estremece. La agarra de la nuca y, tirándole del pelo, la obliga a pararse y a darse vuelta. Le levanta la pollera.

Pero se detiene:

—Acá no. Después te llevo a un lugar exclusivo.

—Dale.

Antes de que algún acomodador venga a averiguar por qué se les ocurrió correr la cortina, los dos vuelven al palco y se sientan sin

mirarse.

En el último cuadro, Rotten le habla con total liviandad:

—Prestá atención, que ahora viene el aria más importante.

Vestido con una túnica blanca y una peluca de canelones, un contratenor le canta al cachorrito en la jaula. Sofía busca la traducción, pero en la pantalla de los subtítulos sólo se proyecta la leyenda: IDIOMA INVENTADO.

Hay una pausa en el canto, suena el arpa con una melodía triste y envolvente. Debe ser la única melodía en toda la ópera. El contratenor abre la jaula y saca al cachorrito.

—¿Ves, Sofía, los dardos?

—Qué nardos.

—Los *dardos*, dije. Los dardos clavados.

—Dónde.

—Desde acá no se distingue, pero ya te vas a dar cuenta.

El contratenor se apoya al cachorrito contra el pecho, y la túnica se le mancha de rojo. Se suma el oboe y el aria culmina con una última frase que el cantante interpreta como un lamento desgarrador.

El telón se cierra y los espectadores se deshacen en lágrimas y en aplausos.

—Ya vengo —dice Rotten—. Un genio se debe a su público.

Sofía no sabe qué pensar. ¿Lo que acaba de ver fue realmente la obra de un genio, o la máxima crueldad que puede cometerse contra un pobre animalito?

La ovación crece de golpe: acaba de hacer su aparición en medio del escenario el genial José Luis “Pepelucho” García. Ella lo ve aún más *sexy* y carismático, le cuesta contener las ganas de irse con él.

Desde el palco más alto un hombre vacía una bolsa de pétalos de rosa. A Sofía se le ocurre que esa lluvia roja iluminada por el reflector es la sangre del cachorrito goteando sobre el escenario. Sabe que eso es imposible, pero no puede evitar la asociación.

Saludan el director y la orquesta. Saludan los titiriteros, bailarines, cantantes, y sigue subiendo gente al escenario. En éxtasis, con aplausos rítmicos, el público pide un bis.

El cantante está listo para repetir el aria final. Y Rotten hace mutis por el foro. La única diferencia la marca el cachorrito: en brazos del contratenor, el cuerpo exánime chorrea sangre sobre el escenario.

El público vuelve a ovacionar a Pepelucho, pero él ya se fue. Sofía lo busca, sin éxito. Estará firmando autógrafos, o dando una nota. Ella va al baño, vuelve al palco, se saca varias *selfies*. Sigue dando vueltas hasta que la invitan a retirarse. Imagina una aglomeración bajo la marquesina de la calle Libertad, pero cuando sale ve que diluvia. La

gente ya se desconcentró. Sólo quedan unos pocos despidiéndose.

Decepcionada, se va a buscar el calor del subte. Cuando llega al andén descubre a Rotten al final de la estación, casi metido en el túnel. Se abre paso entre la gente y lo alcanza:

—Te esperé hasta que me echaron del palco.

—Te dije que iba a estar firmando autógrafos.

—No. Dijiste ya vengo. Y no apareciste más.

—Bueno, discúlpame. Me habrá mareado el éxito.

El subte llega repleto como siempre. Pidiendo permiso y empujando a los que no dejan pasar, Rotten se acomoda en un hueco entre dos vagones, pegado al fuelle. Sofía lo sigue. Se le para al lado, lo mira y lo mira, pero él parece estar en otro mundo. Hasta que ella no aguanta más:

—Qué hacés ahora.

—Ahora me bajo en Lacroze y me voy al Imperio a comer una fugazzeta rellena.

En Carlos Gardel consiguen sentarse, y siguen mudos hasta Malabia.

—Debe estar lloviendo más fuerte —dice Sofía—. Cuando viene tormenta, siempre hay olor a cloaca en esta estación.

—Es el Maldonado que pasa por abajo. —Y aclara, por si hiciera falta—: El arroyo.

A ella le da bronca que Rotten se haya vuelto tan frío. Está decidida a bajarse con él, aunque no la invite. No quiere irse a dormir así. O, mejor dicho, no quiere dormir sola esta noche. Al menos darse el gusto. Y, después, si te he visto no me acuerdo. Por lo pronto hay que mantenerlo interesado, sacarle las palabras con tirabuzón si hace falta:

—Parece que por acá también se largó.

—¿Sos meteoróloga?

—Dale, Rotten —dice agarrándole la mano—. Dame bola.

—*Okey*.

El vagón sigue lleno. Bajan unos, y otros suben. Por cómo suena el pitido del tren, debe ser el último servicio de la noche.

—Cuando pasa por debajo de Jorge Newbery —dice Sofía—, se siente el perfume de las flores de la Chacarita.

—Ahora sos guía de turismo.

—¿Bajamos acá entonces? —dice ella ignorando el sarcasmo.

—*Yo* me bajo acá, vos hace lo que quieras.

Subiendo por la escalera mecánica se oye un diluvio. Unos escalones más abajo que Rotten, más cachorrito que perra, Sofía se esfuerza en contener lágrimas de bronca.

Llegan a la calle y él, en lugar de cruzar hacia el Imperio, enfila para la estación del Urquiza. Ella se queda en la boca del subte, lo sigue con la mirada. El reflejo colorido del Imperio se agita en un charco de agua sucia. Rotten no entra en la estación. Dobla en Guzmán, y se aleja hacia la barrera de Elcano.

Sofía corre, la uña punzando la herida en el dedo. Con cada paso revive el pisotón que Pepelucho le dio en la puerta del teatro. A pesar del dolor, va detrás de él como poseída. Llora acongojada sin saber ni para qué lo sigue, ni por qué llora.

—¡Rotten! ¡Pará!

El se da vuelta, pero no le presta atención.

Un colectivo pasa a toda velocidad, levantando olas. A ella, con el viento, el pelo empapado se le pega en los ojos. No ve el pozo en la vereda. Cae de rodillas y se da un golpazo. El dolor le nubla la vista, pero enseguida se levanta y sigue detrás de Rotten.

Como si hubiese perdido la noción del tiempo, o del espacio, Sofía se descubre junto a una reja: DEUTSCHER FRIEDHOF. Las manos tiemblan apoyadas contra el pecho, en un intento de aquietar el corazón. No recuerda haber cruzado la avenida, ni de qué manera llegó hasta ahí. Se restriega los ojos con el puño del impermeable, y busca a Rotten con la mirada. No lo ve. Lo llama a los gritos. Nada. Sólo se oye el rumor del viento agitando las ramas de las tipas, la bocina del tren, pisadas.

El aire se infesta con la hediondez de un perro mojado. Sofía se da vuelta. Ahí nomás, junto a un árbol, un rottweiler la mira fijo a los ojos. Se queda estática, a la vez que el corazón se acelera, más y más. Las palpitaciones retumban en las sienes. Aprieta los puños y respira en tiempos, con la boca abierta.

El rottweiler se acerca, se frota en la pierna con todo el peso de su cuerpo, y se le sienta al lado. Algo brillante se abre paso entre el pelaje húmedo, entre las patas. A ella le provoca vergüenza, y el origen de esa vergüenza le revuelve las tripas y le arde en la piel.

El perro se le va encima, le clava las uñas en los hombros. Sofía tambalea, intenta zafarse, pero el perro la empuja contra el paredón y queda atrapada de espaldas a esa bestia que con los dientes la sujeta por la nuca, le rasga el impermeable y le acaricia el cuello con los bigotes.

Sofía quiere verle la cara, quiere ver la cara de Rotten. Intenta darse vuelta, pero el perro la inmoviliza, la aprisiona con las patas delanteras sobre los hombros. A través de la ropa percibe el calor. Sube el impermeable, y baja la tanga empapada de urgencia.

El rottweiler se prende. A partir de ahora no podrán separarse

hasta que todo haya terminado. El perro crece adentro de ella, provocándole un placer atrozmente novedoso que la hace sentir plena y salvaje. Se oye aullar. Levanta el brazo por detrás de la cabeza. Palpa las orejas, el pelaje, intentando descubrir la identidad de esa bestia que le lame la cara, le mete la lengua adentro de la boca, la hace vibrar arrancándole el corpiño de un zarpazo.

Al borde del orgasmo pierde el equilibrio, se desploma sobre la vereda húmeda y arrastra al perro, que cae prendido a ella. Nunca un hombre le había provocado tanto dolor, ni tanto placer. La bestia late, y ni bien termina se aparta. Sofía queda tendida sobre las baldosas rotas, la tanga en los tobillos, con ganas de más.

Ya no ve al rottweiler. Se incorpora lentamente. Se está subiendo la bombacha cuando levanta la vista y descubre a Rotten, de pie junto al mismo árbol donde un rato atrás apareció el perro.

—¿Dónde te habías metido?

—Siempre estuve acá —dice Rotten.

—¿Y el perro?

—Qué perro.

Sofía nota que le gotea sangre por la entrepierna.

—Qué me hiciste.

—¿No querías ser mi perrita?

—Sí, pero…

—Yo te voy a curar. Ve ni.

Se saca el cinturón, lo ajusta en el cuello, y tironeando la arrastra hacia el portón de reja. Con esa correa que acaba de improvisar, la engancha a uno de los barrotes. Sofía intenta zafarse, pero el esfuerzo más mínimo hace que el cinturón le presione la garganta. Vuelven las palpitaciones, la respiración agitada. Rotten se relame, y ella no puede resistirse a esa lengua jugosa.

—Perra, te voy a hacer ladrar.

Sentado como un cachorrito obediente, la mira desde abajo y le apoya una pata en la entrepierna. Sofía lleva las manos al cuello y las pasa por debajo de la correa. La tranquiliza comprobar que le queda holgada. Estira el brazo hacia Rotten, le rasca la barbilla y lo atrae. Lo abraza con las piernas, y con los ojos cerrados se entrega al placer. Él roza la pelvis con la nariz —fría y húmeda—, la mordisquea suave, la olfatea. Con cada tirón de la correa, ella se estremece y va arqueando la espalda. Y cuando Rotten le arranca la bombacha con los dientes, el aire vuelve a apestarse con el hedor de un perro mojado.

A Sofía el corazón se le sale del pecho. Se sujeta de la reja con una mano, y con la otra le acaricia el pelo, la barba, le clava las uñas en la nuca. Él aprieta la cara entre las piernas y empuja como intentando penetrarla con todo el cuerpo. Con cada embate, Sofía se excita un

poco más. El profundo dolor y el ardor en la herida revelan una nueva manera de gozar. La correa se va tensando. Con los ojos abiertos de asombro, la cabeza echada hacia atrás, la correa oprimiendo la garganta, llega al clímax.

—No ladraste —dice Rotten.

Desengancha el cinturón, y a los tirones la arrastra al paso a nivel.

—Adonde me llevás.

—Al canil.

—¿Qué decís? Sacame esto, por favor.

Rotten cruza las vías, sigue por Avenida del Campo y dobla en Las Flores. Sofía va detrás, tan apartada de él como se lo permite la correa. No hay un alma en esas calles oscuras. Caminan por un pasaje sin nombre, y al llegar a una fábrica en ruinas, Rotten saca una llave.

—Ahora sos mi perrita —dice abriendo la puerta—. Vas a parir mis cachorritos.

Ella se resiste a entrar, tirando patadas que él esquiva. Grita, pero la voz no sale. Rotten la agarra del brazo y la empuja hacia adentro. Saca el celular y prende la linterna. Sólo se ven charcos, y algunas vigas a punto de desprenderse.

—Vamos para allá.

La luz de la calle ilumina la entrada a un sótano. Un líquido oscuro, hediondo, empapa el piso.

—¿Y esto? —A Sofía le tiembla el labio.

—Cuando estemos abajo te voy a sacar la correa. Más te vale no intentar nada.

—¿Qué hacemos acá? —Solloza.

—Cómo que hacemos acá. Es tu cucha.

Ella lo mira atónita. A medida que baja se arrepiente de su aventura, de haberle dado cabida a esa bestia. Nadie sabe que está ahí. Quiere pedir auxilio, pero no logra articular palabra y el teléfono es un despojo.

—Acá tenés tu mantita —dice él arrojándole una frazada—. En esta lata hay balanceado, y acá tenés tu tachito con agua.

Rotten sube la escalera. Sofía abre la boca: la lengua le cuelga y la baba le gotea por las comisuras.

—¡Gruaaauhhh!

—¡Al fin! —Vuelve sobre sus pasos. Le acaricia la cabeza y le desabrocha la correa. Se mete la mano en el bolsillo y le da un hueso de cuero—. El primer premio para mi perrita —dice, sonriendo—. Hasta mañana.

Sube. Apaga la luz.

Cierra con llave.

Sofía no para de ladrar.

LA FIESTA INFINITA

Hoy es la fiesta de casamiento de Graciela. Aunque Angie tiene adoración por su hermana, prefiere seguir jugando sola en su refugio. O quedarse tirada en la cama leyendo los cuentos de Andersen, que la entretienen mucho más que Patoruzú o Anteojito. Pero está condenada a no perderse ni un solo festejo familiar. Tal vez sea un castigo por la travesura que se mandó en su comunión, o porque todavía la consideran muy nena. Penitencia o no, hoy sí o sí tiene que estar dando el presente. Esta noche lo único que la incentiva es la posibilidad de cruzarse con ese fantasma que, según dicen, aparece sólo en las fiestas importantes, y que por el momento ella no tuvo el gusto de ver.

La parentela invade la casona, siguen llegando amigos, compañeros de trabajo, y los vecinos de siempre. Además, contrataron mozos, ayudantes de cocina, y una señora que mantiene el baño impecable. También trajeron a un fotógrafo, un *disc jockey*, y un mago *clown* para los más chiquitos. En el teatro —una tarima con un telón de fondo que armó un carpintero amigo, justo al lado de su refugio—, hace rato que unos músicos de mala muerte pretenden sonar como los Beatles.

Angie se aburre. Le da bronca que no invitaron a chicos de su edad —son todos del jardín de infantes—, y que no la tuvieron en cuenta a la hora de elegir el entretenimiento. Sentada en el *puff* de su refugio, juega a pasarse de dedo en dedo el anillo de la Virgen de Luján que la *nonna* le regaló para la comunión. Estira las piernas y se acomoda el vestido. Se mira los pies: está grande para zapatos de charol y zoquetes bordados, pero todavía muy nena como para andar mostrando las rodillas.

Ya no soporta ese ruido metálico de los platillos, la gente bailando a *go-gó*. Por suerte los falsos Beatles se despiden con *Boleto para Pasear* —ella se la sabe en castellano porque tiene el disco de Las Ardillitas—. Mientras levantan los instrumentos, la gente aplaude y pide *otra-otra-otra.*

Con el inconfundible *shabadabada* de Quique Villanueva arranca el popurrí. Angie está aburrida de aburrirse. Se siente invisible entre los grandes y no le interesa participar de esos entretenimientos pasados

de moda, que se repiten en cada fiesta. Quiere pedir permiso para encerrarse en su cuarto, pero en medio de semejante tumulto no ve ni a la mamá, ni al papá, ni al *nonno*.

Se entretiene desenredando la melena con los dedos. Hasta que el anillo se le engancha en un nudo, cae y sale rodando. Difícil que lo encuentre en la penumbra, y con los grandes que no paran de bailar, saltar. Lo busca en cuclillas, gatea entre la gente. Un mozo que no ve más allá de la bandeja le encaja un pisotón en la mano, pero con tantas risas y música de fondo nadie la oye gritar, y el tipo sigue como si nada. El escenario se vacía, y los chicos aprovechan para jugar. Berlín, Berlín, cara de chupetín.

Alguien despliega la pantalla —una especie de bastidor para proyectar diapositivas y películas súper 8—. Y comienza la infaltable recopilación de fotos y videos, desde la infancia de los novios hasta el Registro Civil. Todos miran la proyección embelesados.

Angie aprovecha que ya nadie deambula en bambalinas y se encamina hacia sus cosas, hacia su refugio. Todo está en orden: el portarretrato con la foto de aquel día memorable en que recibió el cuerpo de Cristo, la canastita, el misal. Sólo falta el vestido de comunión. Claro, es el mismo que lleva ahora puesto.

Vuelve a la fiesta. Se sienta en el suelo, en posición de loto, y se estira bien el vestido. Pegadas a ella, dos chicas —una sumamente alterada— hablan a los gritos y fuman como murciélagos.

—Vi una luz detrás de la pantalla, como una vela que se apagó de golpe.

—Y qué fue —le contesta la otra.

—No sé. No había nadie.

—Por ahí era el fantasma. ¡Buuuuuu!

Angie se ilusiona. Le encantaría ver una luz como esa. Ojalá, esta noche se le dé.

Pero la fiesta se pone aún más aburrida. Y ahora, para colmo de males, suena el vals. Mientras no empiecen con los tangos. Angie odia tener que bailar esas cosas de viejos. No ve la hora de que se vayan todos.

Se le ocurre que es ella quien podría irse. Los grandes están tan divertidos que nadie notará su ausencia. Sube a su cuarto y se encierra a leer. Saca de un estante *Blancanieves* —uno de sus libros favoritos— y canta:

—*Hi-ho, hi-ho, a casa a descansar, hi-ho, hi-ho, hi-ho.*

Los invitados aplauden. La habrán oído o estarán esperando el ramo, las ligas, y todas esas pavadas que se usan en los casamientos. La curiosidad puede más que las ganas de aislarse, y Angie vuelve a la fiesta.

Todavía faltan la cascada de espumante con las copas de cristal y los novios brindando con los brazos entrelazados como en las películas. Él dice unas palabras románticas, Graciela muestra el anillo y llora. ¿Será que se arrepintió?

Los novios desaparecen. Al rato vuelven cambiados, con vaqueros y alpargatas. Alguien toca el timbre sin parar. Suenan bocinas.

Angie recuerda haber visto en otras bodas a los recién casados — tal como indica el cartel lleno de corazones que pegaron en la luneta — yéndose en coche, el *tachín-tachín* de latas vacías atadas con piolines al paragolpes trasero, y el adiós con la mano.

Ya muchos invitados se fueron, y también los mozos y el *disc jockey*. El papá —que esa noche parece un viejito— pone un disco de Frank Sinatra, y escolta a los rezagados hasta la puerta de calle al ritmo de "New York, New York". Algunos cantan y ríen, otros se tambalean y salen por el pasillo, sosteniéndose de las paredes. Angie se mete entre el tumulto, corre a despedirse de su hermana. Atraviesa la puerta cancel, y sale a la calle.

Los novios ya están subidos a un coche viejo, envuelto en un moño enorme. Graciela ni un beso le dio. Parece que se olvidó de que tiene una hermanita, las travesuras, cuando se agarraron sarampión, las noches de tormenta durmiendo abrazadas. Entre aplausos y gritos el coche se aleja. Ella se queda triste, a punto de llorar, pero esta noche las lágrimas no quieren salir.

No bien apagan las luces todo es silencio y penumbras. Angie vuelve a su refugio. Y se queda ahí, bien guardada hasta la próxima fiesta.

SOLUCIONES MAGICAS

Juana la pasó bien durante un tiempo acostándose con Alejo Benítez, su jefe, veinte años mayor, casado y consagrado a una familia numerosa. Además de las concesiones que obtenía, compartir encuentros sexuales en la sala de reuniones le sumó algo de emoción a un trabajo que ella consideraba mediocre. Todo iba bien, hasta que quedó embarazada.

—¿Estás segura de que es mío?

—Me ofendes.

Alejo Benítez —ultra católico y de principios arcaicos—, insistía con que el bebé tenía que nacer. Que no se mata, mucho menos a una vida que se está gestando. Que la amaba como nunca imaginó que sería capaz de amar, convencido de que ella lo amaba también. Este hijo representaba la encarnación de ese amor inconmensurable. Benítez se comprometía a hacerse cargo, pero con discreción: le daría el apellido, se ocuparía de todo lo concerniente a la criatura, les compraría una casa en un barrio cerrado donde pudiese visitarlos con asiduidad y pasar desapercibido. A cambio, le pedía a Juana que guardase reserva en los círculos que él frecuentaba, sobre todo en la oficina y en la iglesia.

—Pará de divagar —había dicho ella, con una risita socarrona—. Te lo conté porque necesito que pagues el aborto.

Aunque lo humillaba todo el tiempo, Benítez no quería desentenderse. Después de muchas idas y vueltas, le habló de una tal Auxilio, una "buena samaritana" que podría ayudarlos, y le insistió para que concertara una entrevista.

—Dejame acompañarte —le había dicho, besándola en la frente en un último intento por recomponer la relación.

—Terminala, Benítez. —Hizo un gesto chocando los dedos, simulando una tijera—. Vos y yo cortamos.

Juana se bajó en la estación Los Incas. Salió del subte llevándose a la gente por delante, compenetrada en publicaciones de *Instagram* y con los auriculares puestos. Escuchaba a Sumo: *No sé lo que quiero, pero lo quiero ya*. Se pasó la mano por el vientre. Sabía que ese bebé no

tenía chance, y aunque le daba algo de culpa, iba decidida a sacárselo. Al doblar la esquina, se fatigó. La asaltó la urgencia súbita de llegar a casa y sentirse a salvo. Después de varios meses sin ataques de pánico le costó reconocer los síntomas. Con las manos húmedas, la respiración entrecortada, se forzó a caminar hasta la casa de esa "buena samaritana" que, según Benítez, "hacía el bien" sin pedir nada a cambio.

Por suerte había llegado con tiempo de sobra. Se le ocurrió que jugar al *Candy Crush* la ayudaría a poner la mente en blanco, y así recuperarse. Sentada en el umbral, se apoyó contra la puerta y se dejó aturdir por el estruendo de las fichas al caer, por la intensidad de los colores puros, la música monótona, las bombas estallando como bobinas de Tesla. Toda esa parafernalia lúdica la mantenía concentrada en aquel mundo ilusorio. En cada movimiento, en cada vida perdida, en cada nivel superado, su corazón se aquietaba.

No oyó los pasos que se acercaban hacia la vereda, ni las llaves, ni el picaporte. La puerta se abrió, y Juana se tumbó hacia atrás. Por poco no terminó desparramada panza arriba. La mirada se le fue hacia los pies de la mujer que había abierto: un par de zapatos con cordones, uno de ellos con una plataforma imposible de disimular. Vista desde abajo, la mujer, alta y gorda como un monumento, amedrentaba. Con una túnica negra, parecía una cantante de góspel.

Juana oyó una voz, apagada por la música del juego. Se levantó, y con el arrebato se le salieron los auriculares. Al incorporarse percibió un vaho que le provocó náuseas: la mujer debía estar en *esos* días —y ser muy sucia—, pero aquel olor tan característico se mezclaba con algo aún más fétido.

—Hola, soy Juana —atinó a decir.

Tuvo la leve sensación de haber visto antes a esa cincuentona con cara de pocos amigos. Las cejas como un par de escobillones, los ojos negros y redondos, la piel fantasmagóricamente blanca. El aspecto andrógino, más varonil que femenino, le resultaba familiar. Se la habría cruzado en la calle alguna vez —considerando que vivían relativamente cerca—, aunque no podía recordar ni dónde, ni cuándo.

—¿Estás indecisa que no tocaste timbre?

—No. —Levantó la voz y la miró, desafiante—. Es que llegué demasiado temprano y…

—Y aprovechaste ese tiempo para controlar el pánico.

—… no entiendo.

La mujer no podía adivinar el pánico, ¿o sí? ¿Se le notaría en la cara, en el lenguaje corporal?

—Vamos, entrá —dijo con un ademán brusco.

La puerta de calle daba a un corredor techado, las paredes

cubiertas de hiedra, casi un túnel, apenas alumbrado por la luz mortecina de un farol. Juana pasó del otro lado del umbral, no muy decidida. Algo en su interior le decía que se fuera, que todavía estaba a tiempo. Pero si esa buena samaritana le abría la puerta sólo para ayudarla, cómo iba a dar media vuelta e irse.

—Mi nombre es María Auxiliadora —dijo, mientras metía la llave en la cerradura— pero todos me llaman Auxilio.

Qué nombre de fantasía tan oportuno. Y qué cara de Susana le había visto no bien abrió, o de María Marta. No, Juana no le creía para nada que se llamara así. Pero le quedaba bien el masculino: Auxilio iba bien con su aspecto.

Mirando hacia el final del corredor oyó las llaves tintineando, el chirrido de las bisagras y el picaporte como un gatillo. El tambor giraba con ruido a engranajes viejos, y le retumbó en la cabeza con el estruendo seco de un disparo. No, dos. Tres. Sí, Auxilio había cerrado con tres llaves distintas. Y, como si le hubiera leído la mente, dijo:

—Hay mucha inseguridad.

A Juana se le hizo un nudo en la boca del estómago, el sudor frío volvió a las manos. El teléfono se le resbaló y pegó de canto contra la baldosa. A pesar del vidrio craquelado y la pantalla estática, la música monótona del *Candy Crush* seguía sonando por el parlante, a todo volumen. Al levantarlo, se dio cuenta de que no había forma de hacerlo reaccionar. Intentó apagarlo, pero no respondía.

—¿Se te rompió?

A Juana la pregunta le hirvió en las venas.

—A usted que le parece —respondió cortante.

—Dame. —Se lo arrancó de la mano—. No se aguanta este ruido. Ustedes los jóvenes…

La música dejó de sonar en cuanto Auxilio lo tocó. La pantalla se puso negra. Juana no se animó a forcejear y guardó el teléfono en la mochila. Había quedado encerrada bajo tres llaves, incomunicada, y a merced de esta mujer que no tenía pinta de querer ayudar a nadie. El corredor daba a un patio protegido por una puerta de reja. Aunque no llegaba a ver más allá, intuyó la casa ahí mismo. Sonaba música, como una ópera, que sin duda venía desde el interior.

Auxilio llegó rengueando, y abrió la reja. Juana entró en el patio y quedó deslumbrada por el verdor de enredaderas y helechos; por el perfume de jazmines, madreselvas, ruda, y de otras plantas que no supo reconocer.

—Bienvenida a mi templo.

—¿Templo? —Frunció el ceño.

—Bueno, acá vivo. Lo llamo templo porque mi hogar es sagrado.

Pasaron a un vestíbulo. Había un perchero y un espejo con marco

de bronce. Juana se vio reflejada. Al lado de ese monumento de mujer parecía insignificante.

—Podes colgar tus cosas.

—¿Me desvisto acá? —Le llamó la atención que no hubiese una bata o algo con qué cubrirse.

—No, cómo te vas a desvestir. —Abrió una puerta—. Nada más tenés que entrar con las manos vacías.

Juana puso un pie en el templo y todo se tiñó de azul. Las zapatillas rechinaron contra el piso damero, produciéndole un cosquilleo en la espalda. Entrar en esa habitación, sin ventanas y donde confluían varias puertas, fue como sumergirse en las profundidades del mar. El techo ostentaba un cielo azul cobalto, adornado con estrellas moribundas, la luna a un extremo y el sol al otro. En la pared principal destacaba un altar —también azul— con un enorme sillón tapizado en terciopelo. Dos columnas sostenían un dosel, del que colgaba un cortinado de seda de damasco.

—¿Es un trono?

—Ponele, como dicen ustedes los jóvenes. —Mientras se cubría con un velo, señaló por encima del hombro de Juana—. Tráete una silla.

Atónita, obedeció, dando pasos lentos y cortos mientras evaluaba si había llegado el momento de pedirle que le abriese la puerta.

—Traje unos análisis —dijo señalando el vestíbulo.

—Acá los análisis los hago yo.

Auxilio se detuvo junto a un chifonier. Abrió un cajón y sacó un libro gordo, de tapa roja y hojas arrugadas con bordes dorados. Lo apoyó sobre un escritorio, se frotó las manos y las impuso sobre el libro. Murmuró unas palabras en un idioma incomprensible y se santiguó.

—Este códice es la llave a todos los secretos del mundo —dijo acariciando el libro.

De otro cajón sacó un plato, una vela y una caja de fósforos. Se acomodó en una silla, abrió el códice con parsimonia y pasó de largo la primera página, en la que Juana distinguió ilustraciones con paisajes bucólicos y escenas cotidianas de la vida pastoril.

—Vamos a ver. —Auxilio se humedeció el dedo en la lengua y fue pellizcando las hojas, que crujían como papel de arroz—. Quería mostrarte algo.

—Disculpe —dijo jugando con un mechón de pelo—. ¿Usted sabe a qué vine?

—¿Y vos sabes a qué viniste?

—Sí, Benítez dijo que me iba a ayudar.

Como si no la hubiera escuchado, Auxilio siguió pasando las hojas, y al llegar a la mitad del libro se detuvo. Una falsa página —un

separador con dibujos coloridos y anotaciones en letras góticas— disimulaba la oquedad de una caja secreta, que guardaba una bolsita de terciopelo azul con un trébol de cinco hojas bordado en oro y cerrada con un cordón rematado por un par de pequeñas borlas. Auxilio desanudó el cordón con la punta de los dedos, y sacó un mazo de cartas.

—Las hice yo misma, inspirada en la filosofía de papá y en las visiones de mamá. —Separó algunas cartas al azar, y con el pecho henchido se las mostró a Juana—. No me digas que no son una obra de arte.

—Preciosas —dijo con una sonrisa falsa. Notó que una pierna se sacudía como en sus peores épocas de ansiedad—. ¿Se puede fumar acá?

—¿Estás loca? Mucho menos en tu estado.

Auxilio volvió a juntar las cartas y apretó el mazo contra el pecho, como si con cada latido de su corazón intentase darles vida a los arcanos. Y, con un golpe seco, las apoyó sobre la mesa.

—Barajalas.

Al final, la buena samaritana había resultado ser una tarotista. Con los ojos desmesurados de asombro, Juana estiró el brazo en un ademán de agarrarlas, pero se quedó con la mano suspendida, como pensando un movimiento estratégico en un juego sin tablero y contra un adversario poco confiable.

—No lo tome a mal —dijo corriendo las cartas a un costado—. Yo vine a que me saque el bebé.

—Mirá nena, bajá el copete. No sé qué te habrá dicho Benítez, pero yo no saco bebés —dijo prendiendo la vela, y señaló la puerta por donde habían entrado—. Apaga la luz con la llave que está allá y vení a sentarte.

Juana asintió con la cabeza. Pegada al marco apagó la luz, y en la penumbra se quedó viendo ese salón tan lleno de nada, rodeado de paredes ondulantes bajo el resplandor crepuscular de la vela. Se imaginó en la butaca de un cine. La película se llamaría: *Auxilio, una buena samaritana*. Auxilio, la mujer en blanco y negro, ahora más incolora, resaltaba contra el azul de la pared que se teñía de sepia. Su sombra monumental se estiraba como un aura oscura hasta rozar el cielo raso, y se contraía hasta perderse en el contorno de ese cuerpo inmenso.

Juana se quedó mirando el mazo de cartas, pensativa: sin la intervención de los arcanos, no la dejaría irse. Barajó, y apoyó el mazo sobre la mesa.

—Cerrá los ojos y sacá tres cartas —dijo haciendo gotear la parafina sobre el plato.

Con los párpados apretados, Juana desparramó las cartas y oyó que algunas caían al suelo. Instintivamente abrió los ojos cuando Auxilio se levantaba. Intoxicada por el vaho narcótico, notó que una carta había quedado boca arriba, y en la penumbra creyó reconocer en esa imagen a la buena samaritana. Se apuró a recoger las cartas y esa la dejó a un costado.

En cuanto Auxilio volvió a sentarse, deslizó la carta al centro de la mesa.

—Qué representa.

—Es la Suma Sacerdotisa.

Juana reparó en cada detalle del trono, el velo, el fondo azul: las similitudes entre esa carta y Auxilio eran abrumadoras.

—¿Tiene poderes?

—El poder está en vos. Ahora saca tres cartas y vamos a ver qué sale.

—Disculpe. —Se frotó las manos y sonó los dedos—. Yo no creo en estas cosas, y eso que tuve una bisabuela que…

—Si todo va bien, *estas cosas* van a contribuir a que el bebé se vaya solito.

—¿Y si todo va mal?

La buena samaritana descargó el peso de sus manos rechonchas sobre la mesa, permaneció estática por un momento interminable, y levantó los brazos en un gesto de súplica. Se quedó mirando al techo, como invocando la protección de un ser invisible. Juntó las palmas mientras movía los labios en un rezo secreto. Cuando terminó apoyó las manos sobre la mesa, abrió los ojos y clavó la mirada en el mazo de cartas.

—Ahora vas a creer —dijo abriendo las cartas en abanico—. Vas a creer o reventar.

Juana se echó hacia atrás, y arrastrando la silla se alejó otro poco. Separó tres cartas y las dio vuelta. Con los ojos bien abiertos y un súbito calor en las mejillas, vio las ilustraciones animarse bajo la temblorosa luz de la vela.

—¿Se mueven?

—Claro que se mueven —dijo Auxilio, las pupilas brillantes—. Están tan vivas como vos y yo.

Juana las acomodó en hilera, en el mismo orden en que las había elegido. Y se quedó observándolas, intentando dilucidar el origen de esos movimientos, descubrir la trampa, develar la fuente de esa ilusión óptica. Acercó el dedo a la carta de la Suma Sacerdotisa, apuntó a un ojo y le clavó la uña. Auxilio gritó y haciendo un cuenco con la mano se cubrió el ojo. Juana quedó atónita viendo cómo la carta se arqueaba, la Suma Sacerdotisa emulando los movimientos de Auxilio,

que la miraba como acusándola de un crimen.

—No vuelvas a lastimar a los arcanos —dijo frotándose el párpado.

—Fue sin querer.

—Dejá de tomarme para el churrete porque esto va a terminar mal. Concéntrate.

A Juana el corazón le latía a toda velocidad, y temió morir en esa silla. Sólo quería teletransportarse a su casa, que ahora la imaginaba más lejos que en sus peores ataques de pánico. Cerró los ojos y respiró como le había enseñado la psicóloga, y se fue recuperando.

—¿Te sentís bien? —dijo Auxilio de mala manera.

—Súper. —Señaló las cartas una por una—. ¿Presente, pasado y futuro?

—Esto no es una novela. Podes leerlo en el orden que más te guste.

—Como Rayuela. —Pensar en su libro favorito la reconfortó.

Puso las cartas boca abajo, las mezcló y volvió a acomodarlas. Pero la tirada salió igual que la vez anterior. Decidida a desafiar al destino, señaló la carta del medio: un arcano menor, la sota de oros. La puta, como la llamaba el abuelo Paco cuando se juntaba con los paisanos a jugar a la brisca.

—¿Soy yo?

La sota le guiñó el ojo y asintió con la cabeza. Juana apretó los párpados, intentando borrar esa imagen perturbadora.

—Las respuestas las tenés vos.

—Debo ser yo. Quién va a ser.

La puta. No, no podía ser ella. Acostarse con el jefe no la convertía en puta, aun cuando Benítez la había calificado en mayúscula y con todas las letras, para luego tratar de redimirla. El desliz con el mejor amigo de su primer novio en aquella fiesta tampoco la convertía en puta; sólo había sido una travesura que él nunca le perdonó y que, usando eufemismos, publicó en un pasacalle. Ni la hacía puta ser gauchita con un desconocido, en un micro camino a Mar del Plata.

—Contame qué ves.

—Una aventurera —dijo tocándose la nariz.

—Pensativa y tocándote la nariz. Cualquiera que entiende de lenguaje corporal diría que estás mintiendo.

—Para qué le voy a mentir.

Auxilio revoleó los ojos en un gesto burlón.

—A lo mejor te estás engañando a vos misma.

La respuesta le pegó en la boca del estómago. Volvieron las palpitaciones. La respiración entrecortada.

—La carta —susurró—. Qué significa.

—Hay que verla en contexto con las otras dos.

Juana señaló la carta de la izquierda: un hombre colgaba de la rama de un árbol, se balanceaba cabeza abajo, la sangre acumulada le pintaba la piel de color granate. Aun así, se lo veía muy cómodo.

—Ese seguro es el chongo, que es un colgado.

—Yo esta carta no me la tomaría a la ligera —le advirtió Auxilio.

—¿Por qué?

—Porque no es una buena carta. Y la otra es peor.

En la tercera carta un rayo destrozaba la torre de un castillo. El fuego salía por las ventanas, se desmoronaban paredes, las almenas se desprendían y caían en cámara lenta. La gente se arrojaba desde lo alto.

—Es mi vida que se derrumba.

—¡Exacto! Y acá es donde entro en acción. Yo te voy a ayudar.

—¿Con las cartas me va a ayudar? —Se sopló el flequillo—. No me diga que los arcanos hacen abortos.

Una de las tantas puertas se abrió con un lamento. Juana inhaló profundo y las tripas se le anudaron en un retortijón: había creído que estaban solas. Sintió una corriente de aire helado en la nuca, una presencia. Giró la cabeza y de reojo intentó ver, pero nada. Miró para el otro lado, y tampoco. Apenas alcanzó a distinguir una luminosidad oscura, un halo opaco que se balanceaba detrás de ella. Tuvo el impulso de levantarse, pero una fuerza la empujó contra el respaldo, como si por detrás de la silla un ser invisible le estuviese sujetando los hombros.

—Mami, la vas a asustar.

—Voy a cambiarle la mortaja al nonato —dijo la madre. Y desapareció antes de que Juana pudiese verla.

La vela se apagó.

—No puedo ser tan estúpida —rezongó Auxilio y se levantó, desparramando toda su hediondez—. Voy a buscar fósforos.

Juana no atinaba a hablar, ni a moverse. Nunca se había sentido tan vulnerable. Sólo apretaba los dientes, encorvada y con los brazos en cruz intentando aflojar un calambre en la boca del estómago.

—Dejo prendido acá —dijo desde el vestíbulo. La voz se alejaba, menos audible a cada paso—. ¿Le tenés miedo a…?

Las palabras se le perdieron. En cambio, el olor persistía, y en la oscuridad se potenció. Juana levantó la vista al techo y vio que las estrellas brillaban, verdes y fluorescentes. Y se movían. No: era ella quien se movía. Se hamacaba, contraída en posición fetal.

Respiró profundo y, a medida que el aire la reanimaba, fue tomando coraje. Con las piernas temblorosas y el corazón agitado, fue al vestíbulo. Vio el perchero, y a los pies su mochila. Tratando de controlar el pánico, agarró la mochila y la cargó al hombro. Se arrimó

a la puerta: a lo mejor estaría sin llave, y tendría una oportunidad de escapar. Giró el picaporte con los dedos resbalosos y advirtió que, además de la cerradura, había un pasador.

Un olor a sangre podrida anticipó la presencia de Auxilio, que se abría paso en la penumbra de un corredor, con su andar irregular y pesado, iluminada por un antiguo quinqué de kerosén. Sus facciones sombrías oscilaban como gotas de aceite en un charco de agua sucia.

—¿Me abriría?

—No. —Le atenazó el hombro con la mano gorda y pesada, y la empujó suave hacia el templo—. Antes de que te vayas tengo que hacer un diagnóstico.

Una puerta chirrió. Una vieja escuálida, la piel iridiscente, tan fétida y monumental como Auxilio, avanzó por el corredor disipando la penumbra. Madre e hija se saludaron con una reverencia y se tomaron de las manos como en una danza barroca. Y, sin sacar los ojos de Juana, se pusieron a cuchichear. Reían, fruncían el ceño y volvían a reír.

La conversación secreta duró lo bastante para que a Juana se le aflojaran las piernas, y le diera un cólico más intenso y prolongado que el retortijón anterior.

—Necesito ir al baño.

—Vos no te movés de acá —murmuró Auxilio. Y desapareció en la oscuridad del corredor.

—¿Cuál es tu nombre, linda? —dijo la vieja.

—Juana. —Se llevó las manos al vientre. Respiraba profundo, concentrada en no hacerse encima.

—Yo me llamo Aparecida —dijo tomándola del brazo—, pero me dicen Chochi.

Todo en la Chochi se volvía más y más luminoso: un manto con flores, la trenza plateada que caía sobre el pecho y colgaba más allá de la cintura, la piel lechosa. Encandilada, Juana cerró los ojos y agachó la cabeza. La impronta de la Chochi quedó pegada a la retina, y con el temblor de los párpados apretados se hamacaba con la tenacidad de un muñeco *punching ball*.

—Acá tenés. —Auxilio había vuelto, silenciosa. Traía un balde y un rollo de papel higiénico—. Vos hacé tus cositas. Después mami se ocupa.

—Pero. —Miró el balde.

Auxilio y la Chochi entraron en el templo y dejaron la puerta entreabierta. Como si produjesen un efecto contaminante, bastó con tenerlas lejos para que los cólicos se aplacaran. La urgencia por evacuar se fue atenuando.

Sola en el vestíbulo, Juana avanzó a paso firme pero lento, hasta

que los ojos se acostumbraron a la penumbra. Una ráfaga trajo el reconfortante perfume a tierra húmeda y pasto recién cortado. Más adelante, un haz de luz se filtraba por la pared, a través de una mínima abertura en forma de cruz. Juana espió por el intersticio. Afuera todo era follaje, una espesura que no dejaba ver más allá. La calle se oía lejana, apenas a la distancia alguna bocina, perros, el rumor del tren.

Algo —o alguien— le tocó el hombro por detrás. Pensó que una araña le habría saltado y dio un giro violento: nada. El haz de luz iluminaba una puerta que había pasado inadvertida. Giró el picaporte, pero la puerta no se abrió.

Siguió por el corredor, que a esa instancia trazaba un círculo, y se dio cuenta de que estaba rodeando el templo. Sin detenerse, cada tanto se daba vuelta. La abertura en la pared se repetía, como en la torre de un castillo medieval. La torre: la carta le había advertido que iba camino a la destrucción. Ahora la luz se colaba con un fulgor místico. La puerta se iluminó con la silueta de una cruz invertida, y se abrió.

La habitación no era más que una caja oscura y silenciosa. Aunque la puerta seguía abierta, la alteró verse dentro de esa especie de mastaba. Volvieron las palpitaciones, las piernas se aflojaron. Dispuesta a salir, encandilada por el haz de luz, se replegó. Oyó una respiración detrás de ella, y giró. Igual que en la carta de El Colgado, un hombre pendía de una soga, cabeza abajo, atado al travesaño por una de las piernas. No le sorprendió que fuera Benítez. Él estiró el brazo en un pedido de ayuda, y cuando Juana intentó agarrarle la mano, todo volvió a ponerse completamente oscuro. Por más que tanteó, lo que había visto ya no estaba ahí.

Volvieron los retortijones, el pulso acelerado. Una corriente de aire arrastró el inconfundible olor de Auxilio. Un portazo, y el andar desparejo se hizo eco en el corredor desierto, acercándose lentamente. Juana confió en que más adelante encontraría una salida, estaría a tiempo de escapar. No se equivocó: al fondo se veían luces y una reja entreabierta. Las puertas se fueron sucediendo, una tras otra, como en un presidio. Al final del corredor, la encandiló un fogonazo. Junto a la reja distinguió a la Chochi, que brillaba como una centella. Tenía una cadena entre las manos.

—¡Espere! —gritó.

Pero la vieja cerró ante los ojos desesperados de Juana, que por poco no terminó estampada contra los barrotes. Con dedos sospechosamente ágiles para su edad, la Chochi enroscó la cadena, enganchó ambos extremos con un candado vetusto y lo cerró con una llave de forja.

—Hola, linda. —Pasó la mano del otro lado de los barrotes y le

acarició el pelo—. Yo me llamo Aparecida, pero me dicen Chochi. ¿Y vos?

Así que la vieja estaba mal de la cabeza. Con suerte la ayudaría a escapar.

—Juana, me llamo.

—Qué haces ahí.

—¿Me abriría?

La vieja se colgó la llave del cuello y desapareció.

Auxilio se acercaba, lenta pero resuelta. Con cada paso el olor se hacía más y más intenso. Juana abrió la primera puerta que tenía a mano, y respiró un delicioso aroma a madera tostada y miel que aplacó las pulsaciones. Se sintió protegida, reconfortada por la opulencia y luminosidad de esa habitación de paredes construidas con lingotes de oro, columnas recubiertas de ámbar, y un espejo en el techo que multiplicaba el resplandor áureo. Suspendido en el aire, un querubín tocaba en la lira una canción de cuna.

Juana se dejó acariciar por los arpegios, se estremeció con cada vibración de las cuerdas. Reflejada en el espejo se vio sin reconocerse del todo, tan apetecible y a la vez inalcanzable. Seducida por su propia imagen, entre las piernas se le despertó un apetito voraz. Nadie podría brindarle tanta satisfacción como ella misma, porque nadie la deseaba como ella misma se deseaba. Metió la mano por adentro del *short* y enseguida el placer creció entre los dedos húmedos. Los ojos se cerraron y, concentrada en su tarea, al llegar al clímax sintió rodar sobre la piel una lluvia apenas tangible, como gotas de mercurio.

Descubrió junto a ella un palo cubierto de oropel que, mimetizado con las paredes, había pasado inadvertido. Notó que la punta terminaba en un glande que eyaculaba ese mismo fluido que la había salpicado, de cuyo orificio ahora salía un brazo, una cabeza, un torso. Juana se restregó los ojos, y vio con nitidez que una bailarina exótica bajaba por el palo, deslizándose con movimientos sensuales.

La chica —sin rasgos definidos— se paró junto a Juana. Le agarró la mano y la incitó a palpar el vientre desnudo y cóncavo. Algo se movía ahí dentro. La piel se estiraba como chicle, dando espacio al pataleo de un bebé que ni en sueños podría caber en ese vientre; como su propio bebé, que tampoco cabía adentro de ella. Todavía estaba a tiempo de hacerle un lugar.

Agarró la mano de la chica y se lo hizo sentir. Las dos se miraron a los ojos —ahora la chica tenía ojos— y se reconocieron. Juana, la puta. Su puto reflejo se desdibujaba detrás de un antifaz de hierro, la cabeza atrapada en un lío de anillos metálicos, la boca extremadamente abierta expulsando una serpiente. Se arrimó a su reflejo. Con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, dejó entrar

a la serpiente y se la tragó. La serpiente se abrió paso entre las vísceras, la mordió con ponzoña y le arrancó al bebé. Y volvió a salir por donde había entrado, con el bebé entre los colmillos.

Juana se quedó sin aire. Con el pulso acelerado y las manos húmedas, abrió la puerta violentamente. Del otro lado, alguien gritó un improperio. Acababa de golpear a Auxilio, que chorreaba sangre por la nariz. Aprovechando que, por accidente, la había dejado medio atontada, volvió sobre sus pasos. Al acercarse al vestíbulo vio a la Chochi parada junto a la puerta, los brazos cruzados en la espalda. Se apuró a salir, pero la vieja le cerró el paso y la obligó a retroceder amenazándola con un bastón.

—Hola, linda. ¿Adonde vas tan apurada?

—Chochi, déjeme salir.

—¿Chochi? —La empujó de vuelta hacia la penumbra del corredor —. ¡Aparecida me llamo!

Juana notó que el bastón era en realidad un cetro, rematado por un orbe con una cruz invertida. La vieja le acercó la cruz a los ojos. Juana se llevó las manos al vientre y retrocedió.

—¿Cuál es tu nombre, linda?

—Juana —dijo parpadeando con movimientos irregulares, la voz temblorosa.

—Yo me llamo Aparecida, pero me dicen Chochi.

Con la misma agilidad que había demostrado anteriormente, la vieja volvió al vestíbulo y dio un portazo. Juana oyó el cerrojo, la Chochi que se alejaba, y la fetidez de Auxilio más y más cerca. Se agachó y así logró eludirla. Y se echó a correr.

Una de las tantas puertas se abrió sola y todo se impregnó de una intensa fragancia a flores. Si era cierto eso de que la tercera es la vencida, estaría a punto de salir al jardín y lograría escapar. Con los ojos brillantes, la ilusión hormigueándole en las manos, atravesó la puerta, que se cerró dando un chirrido débil y la dejó en tinieblas.

—Ahora te quiero ver —gritó Auxilio. La sombra de los zapatones se proyectó en el umbral.

En la oscuridad —apenas tajeada por el haz de luz que se colaba por debajo de la puerta—, Juana la oyó echar llave. Aún consciente de que Auxilio y la Chochi volverían a acecharla, saberse cautiva al amparo de la mazmorra le produjo un alivio fugaz.

Poco a poco la habitación se fue iluminando con el resplandor anaranjado de un amanecer imposible. En los muros pedregosos ardía un fuego incipiente, que se propagaba emanando un vaho a pabilo en combustión. Florecieron crisantemos y gladiolos; strelitzias, rosas y claveles; y un arreglo de calas, lirios y orejas de elefante, atravesada por una cinta púrpura con una inscripción en letras doradas: *Hijito*

nonato, te amaremos siempre. Sobre un catafalco habían dispuesto una cuna adornada con encajes, el cabezal custodiado por un par de alitas hechas con rosas blancas.

Juana se acercó a la cuna. Una criaturita roja yacía boca arriba. La cabeza, del tamaño de un pimpollo, caía hacia un costado.

—Hola bebé —susurró.

La criatura siguió sumida en su apacible descanso. Juana desacomodó el sudario y le abrigó la mollera. Y rozó la carita con un solo dedo. Recién entonces notó que estaba fría. La alzó con cuidado y la apoyó sobre el pecho. Enseguida sintió un cosquilleo en las manos. La criatura respondía a los estímulos. La espaldita se tupía de plumas blancas. Con cada aleteo se volvía más fuerte.

La puerta se abrió. Las velas se apagaron. El perfume de las flores se disipó y el brillo de la cruz invertida se proyectó sobre Juana. La criatura desplegó las alas y se lanzó a volar, y desapareció en la penumbra del corredor. A ella sólo le quedó una puntada en la ingle, un calor pegajoso bajándole por las piernas y un hedor ferroso entre los dedos.

Mientras intentaba recomponerse, oyó como un zumbido, una vibración, pájaros. Una segunda puerta chirrió a sus espaldas. La combustión de las velas ahora se mezclaba con una deliciosa fragancia a pasto recién cortado. Se dio vuelta, y vio ese jardín que venía imaginándose. Detrás de unos cerezos en flor distinguió un portón evidentemente abierto. Ilusionada con que la pesadilla estaría llegando a su fin, se apuró a alcanzar la calle.

Una masa espesa y caliente salió por la vagina y, contenida por la bombacha, quedó atrapada entre las piernas. Más allá del portón, el sol se alzaba tan imposible y anaranjado como el amanecer que un rato atrás iluminaba la sala velatoria. Con el *short* ensangrentado y el corazón en la boca, Juana salió a la vereda.

TODOS TENEMOS UN MUERTO EN EL *FREEZER*

Desde que a Lulú la diagnosticaron con leucemia felina, Inés se hizo cargo de todo, como de costumbre, pero esta vez no supo manejar la situación. Osvaldo vivía en su propio mundo y no participaba de las decisiones. Eso no la afectaba demasiado: se había acostumbrado a arreglárselas sola mucho antes de tenerlo a él. Lo que la destrozaba era la idea de perder a Lulú. Andaba con un hueco en el pecho que no paraba de crecer, como si una carcoma la fuese taladrando, muy de a poquito y sin dolor. Le había dicho al veterinario que la gata merecía una muerte digna, pero ahora que el desenlace era inminente, no se permitía ni mencionar la eutanasia.

Lulú había dejado de comer, y la debilidad se le notaba en las patas de atrás. Y Osvaldo seguía en la suya. Jugaba al escritor, todo el día frente a la *compu*, corrigiendo un libro que había empezado a escribir antes de que ellos se conocieran.

Una tarde, Inés vio a la gata *muy* mal; rechazaba la comida y más que respirar, jadeaba. La metió en la transportadora y se fue de raje a la veterinaria.

Lulú llegó con los ojos cerrados.

—Cómo que ya no hay nada que hacer.

El veterinario le abrió el párpado y alumbró la pupila con una linterna.

—¿Ves que no responde? Este es un buen momento para hacer lo que habíamos hablado.

Ella venía haciéndose a la idea, pero todavía le costaba decidir.

—Está bien, doctor. Dónde tengo que firmar.

—Dejame a la gatita. Las chicas te van a indicar todo.

Devastada, pero consciente de que hacía lo correcto, fue al mostrador.

—Señora —dijo la secretaria—. ¿Quiere que nos encarguemos de la incineración?

Inés no podía dejar a Lulu ahí sola, no quería regresar a casa sin su bebé. No soportaría acarrear la jaula vacía.

—No, me la voy a llevar.

—Tome asiento, por favor.

La espera se hizo eterna.

Finalmente, se la trajeron adentro de la jaula transportadora, envuelta en la manta. Metió la mano y palpó ese almohadón de pelo tibio en que se había convertido Lulú: un peluche con olor a alcohol y tintura de yodo.

—Mejor me la llevo así.

Con los ojos vidriosos y un nudo en la garganta, cargó el peso de la gata muerta por una calle repleta de gente. Su único consuelo sería enterrarla en un jardín al que tuviese acceso.

Recién cuando llegó a casa, se puso a leer el código de convivencia: el consorcio no le permitiría enterrarla en el parque del edificio. Podría llevarla a *la Grono*. O al chalecito de San Clemente, que tenía un fondo bastante lindo. Sacó a Lulú de la jaula, y así nomás, envuelta en la mantita, la metió en una bolsa de basura y la guardó en el *freezer.*

Tenía que volver a su vida normal. Mientras tanto podría mantenerla congelada, sin problemas. Volvió a abrir el *freezer*. Sacó unas pechugas y peló las papas para el puré.

Los días transcurrían monótonos, y Lulú seguía congelada. Inés no sabía cómo reparar ese impulso descabellado. Y, aunque su secreto estaba muy bien escondido, no le parecía justo dejar a Lulú entre espinacas, bifes y la merluza para las empanadas de Vigilia. Recién entonces comprendió que llevarla a San Clemente no sería tan fácil como había imaginado. Qué pasaría si se descongelaba antes de llegar, si algún pasajero se quejaba por el mal olor, si ensuciaba el micro.

Una noche Osvaldo cayó con una mujer. Venía muy contento y la saludó de mala gana.

—Ella es Betty.

—Hola, Betty, qué tal, cómo estás —dijo apurada, una frase pegada a la otra. Y se metió en la cocina.

La intrusa fue detrás.

—Hola, Inés —dijo dándole una botella de vino—. Por fin te conozco.

—¿Y esto? —Inés resopló y agarró la botella.

—Osvaldo me invitó a comer. Espero que no te moleste.

No era la primera vez que Osvaldo caía con una amiga, pero nunca antes las había invitado a cenar. De mala gana, Inés sacó unas supremas del *freezer* y se puso a picar una cebolla.

—Yo voy a buscar pan —dijo Osvaldo—, que si a Betty le faltan los

miñoncitos, no come.

—¿Te molesta si fumo? —dijo Beatriz y prendió un cigarrillo—. Me contó Osvaldo que se te murió la gatita.

Inés abrió la ventana y se secó las lágrimas con el delantal. Y le contestó de muy mala manera, con otra pregunta:

—¿Y qué más te contó? —Dejó de picar y alzó el cuchillo, pensativa. Negó con la cabeza varias veces, bajó el cuchillo y siguió picando—. ¿Qué te parece? ¿Le pongo ají?

Sin decir nada, Beatriz se fue a fumar al comedor.

Cuando Osvaldo volvió, Inés estiraba los individuales.

—Ya que estaba —dijo él—, traje unas masas secas.

—¿Compraste cigarrillos? —dijo Beatriz, lanzando humo como el caño de escape de un camión.

—Tu amiga es un murciélago —dijo Inés—. Prende uno atrás de otro.

Beatriz dio una pitada profunda y apagó el pucho en un plato. Osvaldo se sentó a esperar que Inés sirviera la comida, y ella le revoleó los cubiertos.

Después de dos vasos de vino, los tres se largaron a hablar. Osvaldo y Beatriz le contaban a Inés de un experimento literario que venían haciendo, y ella fingía escucharlos con atención.

Para la sobremesa, Osvaldo se puso a picar marihuana. Inés odiaba verlo fumado. No se le podía hablar.

—Ovi —dijo Beatriz señalando el bagullo.

—¿Ovi?—Inés largó una risita sarcástica.

—No me digas “Ovi” que se pone celosa. —La señaló con la cabeza.

Beatriz siguió, inmutable:

—¿Son las flores que yo te regalé?

—¿Sabés que no? Ahí las traigo.

Osvaldo se levantó y fue a la cocina. Ni bien abrió el *freezer* se asomó al comedor. Agitaba la bolsa de la gata:

—Qué hay en esta bolsa. Ocupa *medio freezer*.

Cierto que él congelaba el faso para mantenerlo fresco.

Inés se levantó y fue hacia él.

—¡Dámela!

Tironeó de la bolsa, pero no pudo sacársela.

—Qué hay acá. —Osvaldo la abrió y se puso a desenmarañar los trapos que envolvían a Lulú—. ¿Matambre?

Hasta que una patita quedó al descubierto.

—Jesús, María y José —dijo Osvaldo—. Te volviste más loca de lo que ya estabas.

Inés se quebró.

Y Osvaldo husmeó un poco más.

—¡Cómo se te ocurre congelar a la gata! ¡Congelarla con la comida!

—Creo que voy a vomitar —dijo Beatriz, y se metió en el baño.

—En serio, no jodamos —dijo él—. O la sacás de acá, o la tiro por la ventana.

Ella se limitaba a llorar. Le temblaban las piernas. Maldita la hora que se le había ocurrido meter a la gata en el *freezer*. Sabia de antemano que Osvaldo no se lo iba a bancar. Y con Betty vomitando en el inodoro, él parecía envalentonado, como el héroe de una película de aventuras que nunca se despeina y se queda con la chica.

Osvaldo largó la bolsa y se encerró en el baño con Beatriz. Inés sólo oía el agua de la pileta, que no paraba de correr. Vaya a saber qué estaría pasando detrás de esa puerta. Agarró el rollo de cocina y se sentó en el suelo, la espalda contra la pared. No se animaba a tocar la bolsa. Se sonaba los mocos, y cuando parecía que se había calmado, la congoja le subía por el pecho y se le escapaba por los ojos enrojecidos.

Al rato salieron. Ayudaron a Inés a levantarse y Osvaldo la abrazó.

—Tranquilízate —dijo—. Esto lo vamos a arreglar entre todos.

—Eso. —Beatriz le acarició el pelo y la besó en la frente—. Algo se nos va a ocurrir.

Ella seguía llorando, y el beso de Beatriz —el beso de Judas— terminó de desquiciarla. Fue a la cocina y con el cuchillo de picar la cebolla se tajeó los brazos varias veces. Betty le pegó una cachetada y Osvaldo le arrebató el cuchillo.

—Cálmate, Inés, o llamo una ambulancia. —Por primera vez en tantos años él se comportaba como un hombre, y no como el eterno adolescente que ella conocía.

Inés se tomó tres ansiolíticos juntos, se echó en el sillón y se vendó como una momia.

—Bueno, me voy yendo —dijo Beatriz.

—¿No vas a pegar fasito? —dijo Osvaldo. Y se dirigió a Inés—. A vos también te vendría bien fumar de vez en cuando.

—Eso, Inu. Hay que desdramatizar —dijo Beatriz—. Pegate una sequita, y se te pasa todo.

Se quedaron en silencio, inmersos en una nube de humo. Hasta que Inés se levantó.

—Me voy a la cama —dijo.

—Despedite de Lulú —dijo Osvaldo.

Beatriz largó una carcajada.

—No te rías —dijo él, con sarcasmo.

—Perdón, es el faso que me hace reír.

—Pero no da reírse en un velorio. —Osvaldo señaló la bolsa—. Inés, o aprovechas que nosotros te acompañamos a dejarla por ahí, o la revoleo por la ventana.

—Tranquilízate —dijo Inés, a punto de largarse a llorar de nuevo —. La saco yo.

Él agarró la bolsa y abrió la puerta.

—Vamos —dijo.

—Inu —dijo Beatriz—, no lo tomes a mal, pero Ovi debería escribir sobre esto.

—Sí —dijo Osvaldo—. Voy a escribir un cuento. Podría llamarse “todos tenemos un muerto en *e\ freezer".*

Inés se mordió para no responder.

Salieron al palier en silencio y se metieron en el ascensor. Ella iba dándoles la espalda, con la bolsa transpirada entre los brazos. Cada tanto miraba de reojo, a ver si los pescaba haciendo gestos burlones. Así bajaron los doce pisos.

Ya en la vereda, Osvaldo le pasó el brazo por encima de los hombros. Beatriz fue por el otro costado y la agarró de la cintura. Inés trataba de zafarse, pero el ansiolítico la había debilitado. Así caminaron en dirección al contenedor.

Justo un pibe llegaba con su basura. Levantó la tapa y arrojó la bolsa.

Los tres se quedaron mirando. Inés sólo atinó a tragarse las lágrimas.

—¿Lo va a tirar? —El pibe se quedó sosteniendo la tapa.

—Sí, gracias. —Osvaldo le arrebató a Lulú de los brazos y la revoleó adentro del contenedor.

Al día siguiente, Inés se despertó con la sensación de haber dormido demasiado. El celu marcaba las once y veintisiete. En el departamento no volaba una mosca. Y es que no había nadie aparte de ella. Le inventó a su jefe que estaba engripada, y se quedó en la cama hasta el mediodía.

Osvaldo no volvió hasta la hora de cenar. Entró, tiró el morral en el sillón, y fue a bañarse. Mejor, si ella ni quería verlo. No iba a perdonarle así nomás que la hubiera obligado a tirar a Lulú a la basura, encima con la Betty esa, que se tomaba demasiada confianza.

—Hay comida o pedimos —gritó desde la ducha.

—Para vos tengo un sorete envuelto en pan rallado.

—¿Qué?

Inés abrió el *freezer*. El vapor helado le pegó en la cara, y se le vino el recuerdo de la noche anterior. Tragó saliva y tanteó hasta encontrar

un táper con pesto.

—¡Fideos con pesto, hay!

Metió el pesto en el microondas, abrió un paquete de tallarines y ralló un buen pedazo de *provolone*.

Ponía la mesa cuando Osvaldo salió en toalla y oliendo a pino. Seguro iba de vuelta a encontrarse con la otra.

—Qué perfumado.

—Estoy muerto de hambre. —Fue al dormitorio.

Al rato volvió en *jeans* y con una camisa que Inés le había regalado para Navidad.

—Estás lindo. Te afeitaste.

—Sí, me afeité.

Ella sirvió los tallarines, y él descorchó un *syrah* de medio pelo. Se sentaron a la mesa sin decir palabra. Recién cuando iban por la mitad del plato, Osvaldo abrió la boca.

—Cómo estuviste hoy.

—Tranqui. Me hizo bien descansar.

—Me alegro. —Enrollaba los fideos en el tenedor, y a cada bocado le agregaba una cucharada de queso—. ¿Te diste cuenta de que fue una locura lo que hiciste con la gata?

—Sí. —Se le fue la voz un poco, y carraspeó.

—¿Vas a ponerte a llorar otra vez?

—No. Ya lloré todo lo que tenía que llorar. La procesión va por dentro.

—Qué dramática que sos. —Embebió un pancito en el pesto y lo engulló—. ¿Este pesto estaba en el *freezer*?

—No, lo preparé a la tarde —mintió.

—Me imagino que tiraste a la mierda todo lo que había ahí adentro.

—¿Vas a querer flan?

Él tragó el último bocado y siguió limpiando el plato con otro pancito.

Ella fue levantando la mesa. Agarró la botella con la intención de ponerle el corcho.

—Espera que no terminé. —Osvaldo la sujetó fuerte de la muñeca y se la hizo soltar—. Deja esa botella ahí.

—Pero no vas a tomártela toda.

—Dejame de joder, Inés. Voy a tomar lo que se me dé la gana. ¿Entendiste?

Ella se fue a lavar los platos. Fregando descargó el dolor y la frustración.

Regresó al comedor con un café.

—Este café para quién es —gruñó Osvaldo.

—Para vos. Pero si no lo querés me lo tomo yo.

—Tómatelo vos, entonces. Yo sigo con el vino.

Inés respiró hondo.

—¿Cómo va tu novela?

—No estoy escribiendo una novela. —Se levantó y agarró el morral —. Es un libro de cuentos.

—Y cómo va.

—¿Desde cuándo te interesa lo que escribo? No te aguanto más, Inés. Me vuelvo a lo de Betty.

Ella se quedó mirando el humo del café.

Él cerró dando un portazo. Los pasos se alejaron por el palier.

—¡Dale, andate con esa puta!

Inés hizo su duelo en soledad. Durante los últimos meses, Osvaldo se había convertido en una visita. Con la excusa del experimento literario, casi nunca dormía en casa. Ella luchaba contra el impulso de sacarle la ropa a la calle, cambiar la cerradura, meterle una falsa denuncia en la Comisaría de la Mujer.

Una madrugada la despertó un portazo. Había luz en el comedor. Osvaldo no se tenía en pie y tomaba del pico de una botella de *champagne.*

—*¡Sssshaludl* —dijo arrastrando las palabras—. *Tdaete* una copa.

—¿Te volviste loco? ¡Deja esa botella!

Él metió la mano en el morral y le revoleó un libro.

—Qué es esto —dijo Inés.

—Mi *libdo.*

Ella se quedó viéndolo tambalearse, y al libro tirado en el suelo.

—Vení, vamos a la cama que te vas a caer. —Lo agarró de la cintura.

—No *mmme* rompas las pelotas.

Forcejearon. Osvaldo resbaló, y la cabeza pegó de lleno contra el marco de la puerta.

Inés se fue a llorar al baño, y no se calmó hasta que lo oyó gritar:

—*Inessssshita, de¡¡¡¡ame* mear que me voy *aaaaa* al sobre.

Finalmente, él se acostó.

Ella se quedó hojeando el libro. Qué hijo de puta. Había escrito el cuento de la gata en *e\ freezer*. A punto de revolearlo por la ventana, dejó el libro sobre la mesa y se echó a dormir en el sillón.

Al día siguiente, Osvaldo se levantó descompuesto.

Inés hervía un matambre arrollado que llevaba meses adobándose en *e\ freezer.*

—Me pudiste haber avisado que ibas a publicar mi historia, ¿no?

Él le eructó en la cara. Pasó un rato en el baño, agarró el morral y se fue.

Ella bajó la hornalla a mínimo y dejó el caldo en una ebullición tranquila. Prendió un sahumerio, y con un buen tazón de *darjeeling* se echó a leer en el sofá el cuento de Lulú.

Osvaldo volvió a la noche, esta vez con Beatriz.

—Hola, Inu. —Betty la abrazó y le dio un beso. Inés recibió el abrazo, rígida. No le devolvió el beso, ni le dirigió la palabra—. Qué tal, tanto tiempo. Qué rico olor.

Él puso música de Morrissey:

—Vamos a escuchar lo que le gusta a Inés, así la comida sale *bien* rica.

Beatriz prendió un cigarrillo, y Osvaldo le alcanzó un cenicero.

Inés abrió la ventana y se encerró a cocinar.

Al rato estaba llevando los platos a la mesa. Iba con las manos ocupadas, cuando tropezó con una caja llena de libros. Por poco no se le volcó la comida.

—Ojo, Inés —refunfuñó Osvaldo—. A ver si los manchás.

A ella le dieron ganas de estirarle el cuello de la remera y meterle la comida por la espalda.

—Para qué dejás eso en el paso.

—Ovi, tranquilo. ¿No ves que no se dio cuenta?

Inés se sentó y empezaron a comer en silencio. Sólo se oía el impacto de los cubiertos contra la vajilla. Hasta que, en el último bocado, Beatriz se atrevió a hablar:

—¿Leiste el libro?

—Tenemos una ¡dea para la presentación —dijo Osvaldo—. Bah, se le ocurrió al editor, y a mí me pareció muy divertida.

—Qué interesante —Inés hablaba sin emoción, mientras levantaba la mesa.

—¿Llegaste a leer "Congelada”? —dijo Betty.

—No sé, estuve leyendo párrafos salteados. —¿Con qué estarían por salir estos dos, que justo se detenían en *ese* cuento?—. ¿Por?

—Se me ocurrió que vos participes —dijo él, y le llenó la copa de moscato.

—¿Yo? ¿En la presentación?

—Sí —dijo Betty—. La idea es que leamos una parte de “Congelada” y cuando… ¿Cómo se llama el personaje?

Mientras limpiaba el mantel, Inés intentó recordar el nombre del personaje. Largó la rejilla, se puso a hojear el libro, y nada.

—No le pusiste nombre —dijo, pegándole al libro con el dedo

índice, a punto de perforarlo.

—Ponele que se llama Inés —dijo él, mientras picaba marihuana.

—Bueno, Inu, no importa el nombre. La chica dice que dejó a la gata en el *freezer* para que no tome olor. Ahí vos te levantás, agitás los brazos para que todos te vean bien, y te ponés a gritar: "¡Esa soy yo! ¡Esa soy yo! ¡Yo metí a la gata en el *freezer!*".

Inés arremetió contra Osvaldo.

—Vos escribiste sobre algo mío sin pedirme permiso. Al menos me hubieras avisado.

—Necesitaba desahogarme.

—Y encima querés que me pare delante de todos a gritar como una loca, para que se rían de mí.

—No, Inu. —Betty le agarró la mano—. El tuyo fue un momento de locura, desesperación. Es muy dramático, no es para reírse.

—Entonces quieren que vaya a dar lástima.

—A ver, Inés —dijo Osvaldo armando un porro—. Vos te levantás y gritás. La gente se va a conmover y… —hizo una pausa, le pasó la lengua al papel, y lo enrolló bien apretado—. Van a saber que sos mi musa, que yo te lo dedico.

—A quién querés engañar, Osvaldo. Por favor.

Él dio un puñetazo en la mesa:

—Nunca entendés nada vos. —Prendió el porro y lanzó una bocanada de humo—. Es desdramatizar tu sufrimiento. Pero si no querés, no lo hagas y listo.

—Te va a hacer bien —dijo Beatriz—. Es como una especie de psicodrama.

—Me están tomando por idiota —Inés hablaba pausado, con voz suave y firme, pensando muy bien en lo que iba diciendo—. No voy a prestarme a semejante fantochada.

—No, Inu. —dijo Beatriz—. No es una fantochada. La gente no es estúpida. Van a verlo como la única opción que encontraste en ese momento tan terrible.

—Claro —dijo Osvaldo—, yo escribí una historia conmovedora, que habla del amor, de la empatía. ¿En serio pensás que mi intención es exponerte delante de todos?

—Es que la única vez que escribís sobre mí, justo te vas a meter con un tema tan delicado. —Inés apretaba los puños y seguía sacando fuerzas de quién sabe dónde. Nunca en la vida se había defendido con tanto ímpetu—. Y encima ni me lo comentas. Me lo mostrás cuando ya está impreso.

—Bueno, basta. —Osvaldo aplastó el faso contra el cenicero—. Si no querés, no lo hagas y listo.

—Claro que no lo voy a hacer. ¿Sabes qué pienso, Osvaldo? —Inés

lo señalaba con el dedo acusador—. Pienso que no me lo mostraste antes por miedo a que yo te pidiera que no lo publiques. Estoy segura de que fue así. Y ahora encima querés que haga el ridículo delante de tus amigotes.

—Sí, estoy temblando del miedo que te tengo, Inés. Vení, Betty. Vamos a tomar un café a otro lado.

Beatriz agarró la cartera, y se fueron.

El día anterior a la presentación, Osvaldo se había ido a lo de Beatriz a ultimar los detalles. Inés se levantó y salió a dar una vuelta. Los dos volvieron a casa cerca del mediodía.

Él fue directo al dormitorio.

Ella preparaba el almuerzo.

Desde la ventana de la cocina lo vio bajar la persiana. También oyó el rechinar del engranaje, solapado por la ebullición de la cebolla y el ajo en la sartén. Dejó la comida en el fuego, y entró en la habitación como una tromba.

—¿Ahora vas a dormir? —dijo prendiendo la luz.

Osvaldo se dio media vuelta y se acurrucó.

—Esto no es un hotel, y yo no soy tu mucama.

—No rompas, Inés. Dejame dormir. —Se tapó la cabeza con la colcha.

—Pobrecito, estás cansado, ¿no?

El timbre interrumpió la discusión.

—¿Tenemos visitas? —gritó desde la cama—. Mirá que yo voy a dormir, eh.

—No tenemos visitas. —Puso en marcha la cafetera—. Ya vengo.

Al rato volvió con dos peones. Cargaban una caja gigante, embalada en *telgopor* y cubierta de plástico. Osvaldo se estaba sirviendo un café, en cuero y bermudas. Inés les indicó a los peones dónde y cómo ubicar la caja. Les dio una propina y los acompañó.

Cuando volvió, él ya no parecía tan malhumorado. Seguía tomando café y había prendido un cigarrillo.

—¿Desde cuándo fumás vos? Tabaco, quiero decir. —Se puso a abrir una lata de tomate—. Es por la Betty esa, ¿no?

—Inés, no rompas.

—Y vos no te llenes de café que en un rato comemos.

—¿Podés parar un poco? —Levantó la sartén del fuego, y con un ademán fingió volcar la salsa en la pileta—. ¿Todavía no aprendiste que cuanto más me decís peor es? Ahora me voy a tomar *otro* café. —Y llenó el jarro hasta el tope.

—Hacé lo que quieras, como siempre.

Todo iba saliendo según lo planeado. Ese resentimiento que tan bien había sabido guardarse, a Inés ahora le cosquilleaba en la garganta.

—Qué es ese armatoste —dijo Osvaldo agarrándose la cabeza—. ¿Te compraste un ataúd?

—Tibio. Bah, de tibio no tiene nada. Abrilo.

Él no le dio importancia. Se sentó a esperar a que ella sirviera la comida. Para su sorpresa, Inés trajo una fuente con el pastel de papas gratinado que a Osvaldo tanto le gustaba.

—¿Estamos de festejo? —dijo él.

—No, ¿por?

—Mi plato favorito. ¿Vos no comes?

—Sí, ¿no me ves que estoy comiendo?

Ella se había servido una buena porción, pero jugaba con la comida.

—No me querrás envenenar —dijo Osvaldo, con el sarcasmo de siempre.

Inés sonrió.

—¿Te sirvo más?

—Poquito, dos cucharadas. De gula.

Él se fue tranquilizando. Con cada bocado se sosegaba un poco más.

—Me dio sueño. —Bostezó—. Voy a poner una peli.

Le costó moverse de la mesa al sillón. Prendió la *tele* pero no daba con los botones del control remoto.

—No sé qué me pasa. —Respiraba profundo y hacía intervalos marcados entre una palabra y otra—. Me mareé.

Agarró el libro. Lo abrió en una página cualquiera y se frotó los ojos. Se agarró la cabeza.

—La puta madre. Veo todo nublado.

Ella le acarició la cara.

—No tengas miedo. —Lo besó en la frente—. ¿Vos querías dormir? Ahora vas a dormir.

—Qué me hiciste. —Ya no sostenía la cabeza.

—Le puse un sedante al café, el sedante de Lulú. Un frasco entero le puse. —Dudó de que él todavía la estuviera escuchando—. Y diazepam al pastel de papas.

Osvaldo se había quedado dormido. Roncaba, o se ahogaba. Inés agarró una bolsa de consorcio, cerró la puerta con llave y la aseguró con el pasador.

—¿Querés saber qué hay en esa caja enorme, *Ovi*? Un *freezer*.

EL NUDO PERENNE

Leonora salió al andén a fumar un cigarrillo, todavía paladeando el *strudel* del desayuno, sin la menor sospecha de que estaba a punto de enamorarse a primera vista de un hombre muy peculiar. Dio una pitada profunda y volvió a mirar hacia el Brocken. Rodeadas de gatos negros y machos cabríos, las brujas preparaban las escobas para la noche de Walpurgis. Los neopaganos, hechizados por el ritmo de los tambores, ensayaban danzas circulares. Los elfos apilaban leña, y a ella el perfume a madera tostada le cosquilleó en la nariz.

Una bocina amortiguada por el traqueteo anunció que el viejo tren a vapor se aproximaba con andar cansado. Al final de la curva, una nube de humo blanco le sacó ventaja a la locomotora, que se hizo visible entre la neblina y apestó la estación con un vaho de carbón y combustible. Las ruedas rechinaron, los durmientes crujieron, y no bien se abrieron las puertas, un flaco de sobretodo de cuero y boina inglesa, extremadamente blanco y con aspecto frágil, bajó del tren con la gracia de un bailarín.

Leonora y el flaco se miraron como reconociéndose. Aunque era seguro que nunca antes se habían visto, a ella esa mirada profunda le resultó familiar, más aún al notar que las pupilas centelleaban como un caleidoscopio. Dejó fluir ese *déjà vu* que le inflaba el pecho, y su boca se abrió en un gesto de sorpresa para terminar en una sonrisa amplia. Él le pasó por al lado, silbando una melodía triste, y enfiló hacia el hotel. Antes de entrar, se dio vuelta y señaló la cima del Brocken:

—*¡Brocken spectre!*

Leonora miró hacia donde apuntaba, y vio con horror la sombra desmesurada de un hombre que se alzaba sobre el cerro rodeada de un arcoíris circular: el hombre de Vitruvio suspendido entre las nubes.

—*Beautiful*—dijo entusiasmado.

Se quedaron mirando al cielo hasta que, después de un movimiento rápido, el espectro desapareció.

—*¡Wow!*—exclamó Leonora, sin saber cómo retener al flaco y sacarle conversación.

—*¿Italian? ¿Spanish?*

—*¡Spanish!*

—¡Yo también! —Saludó con la mano y siguió su camino hacia la conserjería.

Había pronunciado el “yo” como argentino, cuando menos charrúa.

Después de una siesta, Leonora se puso un vestido *steampunk*, botas victorianas, y un tapado largo hasta los tobillos con falda *evasé*, capucha y alamares de pasamanería. Llevaba años sin *lookearse* así. Le fascinó verse toda de negro, el maquillaje jugando entre luces y sombras como una actriz de cine mudo, lista para la noche de Walpurgis.

Un contingente esperaba en el andén desparramando a carcajadas un aliento a alcohol que emborrachaba con sólo respirarlo. Leonora entró en el *lobby* y se entonó con una cerveza, que además de alegrarla la ayudó a entrar en calor.

Al rato el tren llegó abarrotado de turistas. Ella se apuró a subir y logró ubicarse entre los fuelles, bien lejos del tumulto. Justo cuando el guarda tocaba el silbato, una silueta fantasmagórica se abrió paso entre la humareda. El flaco de mirada profunda clavó los pies en el estribo, y subió mientras las puertas se cerraban. Iba todo de negro igual que ella: gorro de *morley*, guantes y el sobretodo de cuero. Resaltaban los ojos, marcados con delineador.

Al llegar al Brocken, Leonora dejó que las hordas de turistas se dispersaran y quedó sola en el vagón con el flaco.

—Hola —dijo tímido.

—Hola —sonrió.

Juntos iniciaron el ascenso sin salirse del sendero principal. De vez en cuando una ráfaga arrastraba una oleada de tambores, que a ella le reverberaba en el pecho.

—Soy Max. —La miró fijo, los ojos chispeantes.

—Leonora. —Lo besó en la mejilla—. Tus ojos… Tienen luces.

—No son luces, son cristalinos —dijo muy serio—. Estoy operado de cataratas.

—¿A tu edad?

—A mi edad. Tengo más años de los que aparento.

La gente, en su mayoría disfrazada, iba bebiendo cerveza y cantando. Fumaban hierbas de olores exóticos, comían salchichas con chucrut. Muchos habían empezado la fiesta desde temprano y ya estaban pasados de todo. Había corridas, algunas peleas, pero también grupos que se divertían sin molestar.

—¿De dónde sos, Leonora?

—Buenos Aires. ¿Vos también sos argentino, o estás cruzando el

charco?

—Hay que cruzar un charco para llegar a mi casa, en el Tigre. Pero hace unos años que vivo en Galicia.

—Yo soy de San Telmo. Ahora estoy en Madrid, por trabajo.

En ese trayecto tan corto, el flaco interrumpía la charla para saludarse con todo el mundo, desde lejos con la mano o con un simple *“hallo"*. Ella les sonreía, sin entender si él los conocía de antes, o si era costumbre saludarse con cualquiera.

—¿Hasta cuándo te quedas en España? —preguntó Max.

—El contrato es por dos años, con probabilidad a cuatro. Estoy desde diciembre.

Llegaron a la antena, Leonora con los pies gélidos y un revoltijo en el estómago. Tiritaba. Se puso la capucha y, reparada del viento junto a unos *food trucks*, prendió un cigarrillo, Max pegado a ella, más espectador que involucrado.

—Y qué hacés.

A Leonora el cuestionario empezaba a aburrirla.

—Soy odontóloga.

—Yo soy analista programador. Puedo trabajar desde cualquier lugar del mundo donde haya Internet.

—¡Ah, igual que yo! —Le guiñó el ojo—. Puedo trabajar desde cualquier lugar donde haya un torno, un sillón ergonómico y una lámpara cialítica.

—¿Una qué?

—El foco que te deja ciego mientras te sacan una muela.

—¡Muy fácil de transportar!

Bajo la luz de las antorchas se lo veía aún más fascinante, como si eso fuera posible. Los ojos encendidos y una pelusa dorada en el borde de los párpados le daban un toque de irrealidad.

—Odio el frío —dijo Leonora, y se cruzó de brazos—. No veo la hora de estar en Santorini.

—¿Te vas a Grecia?

—Sí, el mes que viene.

—Yo odio el sol. Me fulmina.

A ella le cayeron todas las fichas juntas: la piel marmórea, las cataratas, la pelusa dorada.

—¿Sos albino?

—No, soy un vampiro ignoto. —Largó una carcajada—. Mi documento debería decir: Maximiliano Blutsauger, nacimiento no registrado, sin fecha de expiración.

—Qué miedo. —Rio—. Y yo que pensé que me estaba haciendo un amigo.

—¿No me creés? Mira. —Max contrajo los labios revelando una mordida apretada—. Justo para vos.

Los dientes no estaban mal, pero los colmillos encimados lo afeaban un poco.

—Maloclusión dental. Una pavada que se arregla con *brackets*.

—¡Pero yo no quiero arreglarlo! Me gusta decir que me autopercibo vampiro, porque eso le aporta cierto grado de *glamour* a mi condición.

Unos gitanos se amucharon ahí nomás, con flautas, violines y un címbalo, y se pusieron a afinar. Ella prendió otro cigarrillo. Él le tocó el brazo, dijo algo inentendible, y desapareció entre la multitud. Al rato volvió con un vaso humeante.

—Te traje *Glühwein*.

—Qué es.

—Vino caliente con especias.

Leonora bebió un buen trago y se estremeció.

—Me encanta. ¡Gracias!

Él le respondió con una sonrisa.

Los gitanos abrieron el *show* con una danza típica romaní. Leonora se dejó llevar por la marea humana. Estiró el brazo intentando arrastrar a Max, pero él prefirió seguir de espectador. Se quedó bailando sola entre el tumulto, hasta que unos descontrolados armaron un *pogo* y por poco no la tiraron al suelo.

Ya entrada en calor, desabrochó el tapado y se puso a bailar delante de Max, quien se había pegado a una fogata.

—¿Tenés hambre? —dijo él pasándose la mano por la boca del estómago.

Ella hizo un gesto con los dedos: la medida de su apetito cabía entre el índice y el pulgar.

Una ráfaga acercó el rumor de los tambores y el perfume de la leña crepitante.

—Mirá —dijo Leonora señalando un grupo de hombres vestidos de blanco—. Quiero ver eso.

—Son neopaganos celtas.

—¿Cómo sabes?

Él le contó que su búsqueda espiritual lo había llevado hasta el Brocken. Ahí se había hecho varios amigos y conoció una diversidad de creencias. Aunque principalmente se identificaba con la Wicca, fue tomando elementos de cada culto y los fusionó en su propio sincretismo. Todos los años asistía a la fiesta de Walpurgis, a la celebración de Beltane.

—No sé qué es Beltane —dijo Leonora.

—Es una diosa gaélica que esta noche será fecundada por su dios: todo se renueva.

—¿Algo así como nuestro fin de año?

—No, para los celtas la víspera de Año Nuevo es el 31 de octubre. Para los wiccanos también.

Mientras Max se abrazaba con algunos neopaganos y estrechaba la mano de otros, ella pensaba, perdida entre efemérides. Le interesaba que él hablase de tantas cosas que le eran ajenas, algunas que desde la ignorancia suponía prohibidas y hasta peligrosas.

Los neopaganos bebían cerveza artesanal, y festejaban con cantos y danzas ancestrales acompañados de flautas y violines. Este grupo era mucho más interesante que el de los energúmenos anteriores.

Unas chicas apenas cubiertas con soleros blancos bailaban en ronda alrededor de un fogón. Hombres en cuero pintados de rojo y mujeres con los pechos descubiertos se acercaban a sus parejas como animales en celo, algunos desnudos del todo y sospechosamente unidos.

—¿Están…?—dijo Leonora.

—Están celebrando la sexualidad sagrada —dijo con absoluta naturalidad, como si fuese habitual tener sexo a la vista de todos.

Mientras ella contemplaba absorta esos cuerpos de tan diversas anatomías y tamaños, unas mujeres la sorprendieron coronándola con flores. El aire se impregnó de una fragancia a rosas y jazmines. Él le apoyó las manos sobre los hombros y la besó en la frente.

—Te eligieron Reina de Mayo.

—¿Y eso?

—Ahora representás a la diosa Beltane. —Le acarició la cara y la besó, esta vez en la boca—. Nos están invitando a fertilizar la tierra.

Las mujeres la tomaron de la cintura y la llevaron junto a un poste altísimo, adornado con flores y ramas, y revestido con cintas de colores intensos: el Palo de Mayo. Se fueron ubicando alrededor del poste, formando un círculo. Tras un redoble de tambores se produjo un silencio reconfortante, como si el mundo hubiera entrado en reposo.

Entonces los violines y las flautas estallaron con una canción tradicional.

—¡Me encanta! —dijo Leonora marcando el ritmo con el pie.

—Se llama *Oyster Girl*. —Volvió a besarla.

Los neopaganos sahumaban lavanda y mirra. Leonora se dejó estimular por la humareda, tomó una cinta por el extremo, y se unió a la danza. Imitaba los pasos de las demás mujeres. Max la siguió. Las cintas se iban enredando en un juego hipnótico, los colores vibraban bajo la luz de las hogueras. Él la cortejaba, ella se dejaba seducir.

Se apartaron del Palo de Mayo a beber cerveza junto a un fogón, dos porrones que terminó tomándose Leonora.

Un grupo de Haré Krishna se arrimó a la hoguera. Iban vestidos de naranja y acompañaban con platillos hindúes un canto devocional. Los neopaganos blandían antorchas sumidos en un trance y rumiaban invocaciones. El fuego pintaba de oro los cuerpos transpirados.

Leonora y Max volvieron al Palo de Mayo y se sumaron a la celebración de la sexualidad sagrada. Tiraron los abrigos sobre un tronco. Él fue desanudando el *corsette*. Ella se le colgó del cuello y le metió la lengua en la boca. Fue como entrar en el paraíso, un beso perfumado de fruta madura y tierra fértil. Max le mordió el cuello, apasionado y hostil a la vez, y la acarició por debajo de la ropa. La abrazó fuerte, haciéndole sentir su virilidad. Leonora se estremecía, jadeaba. Él fue subiendo la pollera, las manos enredadas entre los volados.

El cielo se volvió gris plomizo, el frío se disipó y se produjo una quietud absoluta. Cayeron unas gotas de aguanieve, y enseguida empezó a neviscar. Mientras algunos se dispersaban y otros extendían los brazos para recibir ese regalo divino, muchos seguían rindiendo culto a la fertilidad y al amor. Con la nieve mojándole los pechos desnudos, Leonora tuvo una epifanía: ella y Max se conocían desde siempre. Desde antes de siempre, si eso era posible. Recordó ese supuesto *déjà vu* en la estación de tren, la sensación de reencontrarlo. Abrumada por la certeza de que habían estado juntos en otra vida, no supo cómo seguir.

—Perdóname —dijo acomodando el *corsette*—. Me congelo.

—Qué pena. —La ayudó a vestirse—. Se malogró la ceremonia.

Leonora se encogió de hombros y salió del círculo. Y él fue detrás.

Tomados de la mano recorrieron la feria. Pasaron por un campo donde practicaban arquería. También había demostraciones de combate medieval. En el sector nórdico ella compró un cuerno vikingo para beber hidromiel. Recorrieron los puestos de artesanos donde vendían orfebrería, yelmos, estatuillas de resina con motivos de gatos negros y brujas. Se detuvieron en un puesto de comidas y Max le compró una cazuela de *goulash* con *spaetzle*.

Ella se apartó del tumulto. Un anciano tostaba castañas en una sartén. Pegado al calor del brasero, un chico vestido con hábito monacal y la coronilla afeitada, tocaba el laúd. Justo enfrente, una mujer con un bebé prendido al pecho enhebraba collares.

—¿Vamos a ver? —dijo Leonora pinchando un *spaetzle*.

—Vamos, quiero hacerte un regalo. Lo que vos elijas.

Ella se llenó la boca de *goulash* y se acercó al puesto. La mujer trabajaba sobre una mesa atestada de anillos. Como experimentando

un efecto magnético, a Leonora los ojos se le fueron hacia uno en particular.

—Me gusta ese —hablaba con la boca llena, señalando con el tenedor—. ¿Qué representa el dibujo?

—Vos te quedas con el que elegís, el significado viene después.

Ella se miró el dedo y acarició el anillo.

—Qué ves —dijo Max.

—Un enredo de cintas como el Palo de Mayo, con una continuidad igual al ocho acostado del infinito.

—Entonces es tuyo. —Las pupilas se le llenaron de estrellas fugaces.

—¿Me vas a decir qué significa? —Se apretó contra Max como una nena asustada.

—Representa la unión de dos personas, el amor eterno.

Junto al fogón, bajo la nieve que ya caía en copos apagando las fogatas, el laúd tocaba una melodía que parecía compuesta para la ocasión.

—Es Liszt —dijo Max—. Se llama *Liebestraum* o *Sueño de Amor.*

En ese instante estallaron fuegos de artificio.

Max le agarró la mano y se quedaron en silencio disfrutando del espectáculo, las caras iluminadas con cada fogonazo.

—Me muero de frío —dijo ella—. ¿Vamos al hotel?

—Vamos.

Subieron a un tren repleto, que se alejó con su andar perezoso dejando atrás las hogueras que todavía resistían a la nevada.

El Broken se divisaba inmerso en la nube de vapor que largaba la locomotora: el fuego titilando en la cumbre, la nieve copiosa, el silencio interrumpido por la bocina del tren.

—Parece una burbuja de cristal —dijo Leonora pegada a la ventanilla.

—No entiendo.

—Esas bolas de *souvenir* que adentro tienen perlitas de *telgopory* cuando las agitas parece nieve.

Se acurrucó junto a Max, la cabeza apoyada sobre el hombro. Metió la mano por adentro del sobretodo a la altura del corazón: no percibió latido alguno. Deslizó la mano en círculos, y fue como acariciar un objeto inanimado. Subió hasta el cuello y ahí palpó una pulsación muy débil.

—¿Se te pasó el frío? —dijo Max.

—Estoy congelada. ¿Vos estás bien?

—Genial. —Se sacó la bufanda y el gorro, y la abrigó.

Leonora quedó pasmada: hasta ese momento no había tenido oportunidad de ver que era pelado.

Los Haré Krishna, con una parafernalia de instrumentos de percusión, iban cantando siempre el mismo mantra. A Leonora la reconfortó escucharlos, y se puso a murmurar un casi imperceptible *hare-rama-hare-ráma, ráma-ráma-hare-hare*. Hasta que se quedó dormida.

Entraron en el hotel abrazados, sin intenciones de separarse. Leonora se recostó contra la *moquette* descolorida del corredor. Agitó la llave, abrió la puerta y lo invitó a pasar. Y lo ayudó a sacarse el sobretodo.

Se besaron y ella volvió al paraíso. Dejó el tapado sobre la cama y se descalzó. Max desanudó los cordones del *corsette*. Leonora le agarró la mano y deslizó el dedo por la palma.

—¿Me vas a leer el futuro?

—Sí.

Mientras jugaba a la adivina, Max se las arregló para sacarle el *corsette.*

—La línea de la vida… la tenés borrosa y demasiado larga, como la estela de un avión.

—Una estela es el rastro de algo que ya no está.

Con un solo dedo él le acarició la mejilla y hundió la cabeza entre los pechos.

Leonora desabrochó el cinturón, bajó el cierre, y el pantalón cayó hasta los tobillos. Entre la piel monocromática destacaba el sexo, que colgaba desmesurado y pálido. Se arrodilló y, prendida a los glúteos, hizo todo para ponerlo a tono. El respiraba agitado, emitía una especie de silbido. Iba creciendo, lento y majestuoso. Por momentos se aflojaba, recuperaba, y volvía a aflojarse.

—Hace siglos que te espero —dijo Max.

—Yo también te esperaba. En cuanto te vi, supe que te conocía de antes.

—¿Recordás cómo fue que terminamos?

Ella rio y negó con la cabeza. Y volvió a lo suyo.

Pero él ya no respondía.

—Te dejé ir —dijo subiéndose el pantalón. Ya no había chispas en los ojos—. ¿Te acordás ahora?

—No entiendo nada.

—Mejor. Dejémoslo así.

Agarró el sobretodo y fue hacia la puerta. Caminaba encorvado, con el andar cansino de un linyera que deambula por las calles envuelto en una frazada.

—¿Te vas?

—Sí, abrime.

—¿Hice algo que te molestó?

—No, Leonora. El problema soy yo.

Ella abrió la puerta y le devolvió el anillo.

—No —dijo Max, y volvió a colocárselo—. Es tuyo.

La besó como si fuese la última voluntad de un condenado, y sin mirar atrás se alejó por el corredor.

El 31 de octubre, Max estacionó el escarabajo en la feria medieval de Chao da Néboa, un pueblito de pescadores en las rías altas. Había ido con la intención de comprar velas y objetos mágicos para la celebración de Samhain. Se probaba una máscara cuando vio a Leonora en un puesto justo enfrente. Ella no le quitaba la vista de encima, pero tampoco se acercaba.

La ignoró y decidió alejarse. En cuanto se largó a caminar, Leonora fue hacia él y lo encaró.

—Qué sorpresa —dijo sin emoción. Se quedó parada, a cierta distancia.

—La sorpresa es mía. —Se acercó a darle un beso, pero ella lo esquivó—. ¿Cómo se te dio por venir acá?

—Me lo recomendaron en el hotel. —Ya no sonreía como en la fiesta de Walpurgis, ni lo miraba embelesada como aquella noche—. Estoy parando en Cedeira, me dijeron que es el mejor lugar para ver la fiesta de Samhain.

—Te cortaste el pelo. —Otra vez intentó acercarse—. Me gusta.

—Vos también me gustabas. Lástima que resultaste un pelotudo más.

Max abrió la boca, pero se contuvo. Era capaz de contestarle cualquier barbaridad de la que podría arrepentirse. Feliz de volver a verla, las pupilas hormigueando, pensó que lo mejor sería dejarla ir. Se encogió de hombros y le respondió con una sonrisa falsa. Dio media vuelta y siguió su camino.

Leonora se le adelantó, le cerró el paso.

—¿No tenes nada para decir?

—Sí. Te pido disculpas.

—Las cosas no se arreglan pidiendo disculpas. —Ella bajó el tono —. Me debes una explicación.

Detrás de unos puestos de tapas y raciones había un patio cervecero. Él la invitó con una *Estrella Galicia*. Hablaron de Santorini, de castillos en los que no entra un rayo de sol, de la casualidad de encontrarse primero en Beltane y ahora en Samhain, y de las causalidades.

La fue endulzando de a poco, hasta que ella volvió sobre lo mismo.

—Y si te gustaba tanto por qué te fuiste.

—Es que las mujeres mueren por mí. —Max soltó una risita histérica.

Ella lo miró perpleja y se cruzó de brazos. Respiraba profundo, como quien intenta controlar un ataque de ira.

—No me gusta hablar de esto —dijo Max—, pero no me das opción. Aquella noche intenté protegerte.

—Protegerme de qué.

—De mí. Estoy maldito, Leonora.

—Maldito. —Rio—. ¿No será mucho?

—No, no es mucho: siempre que me enamoro la historia termina *muy* mal. —Engoló la voz en un intento por aflojar el nudo en la garganta—. ¿Sabés cuántas parejas perdí?

—Todos perdimos parejas. —Prendió un cigarrillo—. Uno se sobrepone y vuelve a arriesgar.

Una ráfaga con perfume a lluvia adelantó el chubasco. El cielo se puso como barro seco.

—Me negaste la posibilidad de elegir —dijo Leonora—. Yo sólo quería estar con vos.

—¿A cualquier precio?

Ella se quedó pensando. Era evidente que no sospechaba el daño que él podría causarle.

—Sí. Todavía quiero estar con vos, a cualquier precio.

Se besaron como aquella noche bajo la nieve mientras sonaba el laúd. Ahora garuaba, y un gaitero tocaba la Alborada de Veiga. La magia volvía a unirlos.

—Mira que el capricho puede salirte caro —dijo Max—. Tengo un secreto inherente a mi dolencia. Un tabú.

Ella le apoyó el dedo índice sobre los labios en un pedido de silencio.

—Me gusta el tabú —dijo Leonora—. Deja de hacerte el críptico y llévame a tu casa.

Volvieron a besarse y, dejando atrás la feria, se subieron al escarabajo.

Todo era como en un sueño: la ruta agreste, los colores del otoño, el perfume a tierra mojada y la tormenta que daba tregua al atardecer. Pasaron por un caserío y volvieron al paisaje desolado, velado por bancos de niebla.

Enseguida llegaron a una tranquera donde se abría un desvío en diagonal a la ruta.

—Mis dominios se extienden de acá para allá —dijo Max franqueando la tranquera.

—¿No te da miedo vivir en el medio de la nada?

—No, soy un solitario empedernido.

A la distancia se divisaba un arroyo iluminado por los últimos rayos de sol, que se filtraban entre los nubarrones. Después de algunas maniobras, Max cruzó por donde el arroyo se hacía charco. El escarabajo se internó en un sendero bordeado de castaños. Cuanto más avanzaba, más se espesaba la niebla. Llegó un punto en el que los faros brillaban tenues.

—Mi casa está ahí, donde se despeja la neblina.

Leonora bajó del auto y se quedó mirando la aldaba, adornada con un pentáculo. Había leña apilada en el porche, y Max no tardó en prender varias fogatas frente a la puerta.

—Feliz Samhain. —La besó en la frente.

—¿Hoy también se practica la sexualidad sagrada?

—Depende de vos.

Entraron en la casa.

—¿No cerrás? —dijo Leonora.

—Quiero ver si afuera pasa algo. Esta noche los espíritus de los muertos caminan entre los vivos.

Prendió el hogar y ella se recostó sobre la alfombra.

—Con más razón deberías cerrar.

Max se levantó. Enseguida volvió con una bandeja con jamón crudo, queso, pan, y una botella de *Rioja Crianza*. Después de algunos besos, descorchó el vino y chocaron las copas, pero él no bebió.

—Cierto que no tomás —dijo Leonora deshilachando el jamón—. No comés cadáveres, no fumás. ¿Tenés alguna pasión?

—Varias. La música, por ejemplo. —Se levantó y puso un disco de vi n i lo.

—Qué estamos escuchando. —No se molestó en disimular que esa música no le gustaba ni un poco—. Medio bajón, ¿no?

—Es Joy División. ¿Sabes que decía lan Curtís en una de sus canciones? *A loaded gun won't set you free*: un arma cargada no te liberará.

—¿Por qué canta así? Parece que se está muriendo.

—Se estaba muriendo.

—Qué triste. —Se levantó a buscar los cigarrillos. Agarró un almohadón y lo tiró al suelo. Mientras se anudaba la melena en un rodete, se sentó en posición de loto con la espalda apoyada contra un armario, alejada de él.

—No sé si es tan triste. Quería morirse y lo logró. Yo no podría

suicidarme, tendría que dejarme morir.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —Largó una bocanada de humo.

—¿Me vas a decir que nunca pensaste en…? Yo no soportaría otra pérdida, otro duelo.

Un trueno hizo temblar los vidrios. Cayeron tres gotas, y paró.

—Para eso hay terapias, pastillas. —Bebió media copa de un trago.

—La muerte puede aliviar mucho más que cualquier medicina —dijo Max. Y le llenó la copa hasta el tope.

Ella se arrodilló sobre el almohadón y apagó el cigarrillo. Se incorporaba de a poco cuando él la agarró del brazo y la retuvo.

—Adonde vas.

—A ver si tenés algo más alegre, o romántico. —Se puso a revolver una pila de discos.

Antes de que Max pudiera acotar, Leonora había cambiado la música. Ahora Elvis se lamentaba de su soledad cantándole a la luna azul.

La canción los unió en un abrazo, seguido de caricias y de besos. Mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa, él la tocaba por debajo del vestido, como en el Brocken.

Leonora le bajó el cierre. Max desplegó su virilidad de cobra.

—¿Estás segura de que querés seguir?

—Segurísima.

—Mirá que no hay vuelta atrás.

—Mejor.

Se sacó la bombacha y lo esperó tendida sobre la alfombra. Max se inclinó sobre ella. Leonora lo abrazó, le clavó las uñas en la espalda. A la vez que se disponía a entrar, él fue ejerciendo presión en el cuello. Esperaba el momento adecuado. Le lamía la cara, la besaba, presionaba un poco más y mordisqueaba suave.

Siguió apretando hasta que las arterias se definieron bajo la piel.

—Esto va a dolerte —le advirtió Max.

Poseída por el deseo, Leonora jadeaba, se desprendía del suelo y balanceaba la pelvis en una especie de exorcismo.

Él clavó los colmillos en el cuello y empujó con fuerza. Aunque no llegó a penetrarla del todo, la mordida fue eficaz. Leonora soltó un grito, mezcla de placer y dolor. Tardó en darse cuenta de que estaba sangrando.

—¡Qué me hiciste! —Se llevó la mano a la garganta y trató de zafarse.

Él se replegó.

—Perdóname. No quise…

Ella corrió hacia la puerta y salió a los tumbos. Y se perdió entre el

fulgor de las fogatas.

Max se demoró en perseguirla. Quería darle una chance. Hasta que no pudo más. Unas gotas de sangre sobre las baldosas le indicaron por dónde ir, pero en el Ínterin se largó a llover y las huellas se fueron diluyendo.

Caminó por un bosquecito de abedules, ahí nomás, hasta que la lluvia se hizo copiosa. Se subió al escarabajo y dio algunas vueltas. No pudo ir más allá del arroyo, que amenazaba con dejarlo anegado. Regresó a la casa y pasó la noche escuchando canciones lúgubres.

Después de dos días de tormentas y nevadas, Max despertó con la claridad de un amanecer diáfano. Corrió la cortina y se propuso encontrar a Leonora. Volvió al bosque y no tardó en divisarla entre unos helechos, hecha un ovillo, la espalda contra un árbol. Parecía dormida, pero el lamparón de sangre en la campera hacía pensar en otra cosa. Viéndola mejor, la hinchazón y las livideces confirmaban la peor sospecha.

Se quedó un rato contemplándola, hasta que se atrevió a tocarla. Le acarició el pelo. Hizo una pausa y rozó la mejilla con la mano de canto. Fue extraño no volver a sentir la tibieza de la piel.

Se sentó junto a ella y, acurrucado sobre el hombro, la abrazó. Ya había pasado el *rigor mortis*. La cabeza se balanceó y pegó contra la de él. Max se aferró al brazo. Se hamacaba, y aunque era consciente de que no volvería a despertar, la zarandeó varias veces.

—Perdóname —lloriqueaba, y seguía tironeando—. Por favor, perdóname.

Después de un rato se calmó. La recostó sobre el pasto húmedo y la desvistió. La besó muy suave, como si temiera lastimarla. Metió un dedo entre los labios, le abrió la boca y se dejó embriagar por esa dulce fetidez. Desarmó el rodete, y con el pelo cubrió la impronta de sus colmillos. La mordedura había dejado la carne desgarrada, y un moretón que lo llenaba de remordimiento. Le separó las piernas y se abrió paso.

Leonora se había vuelto flexible, deliciosamente penetrable. Ahora que no podía lastimarla, la amó con la serenidad que le otorgaba el saberse inocuo.

Y siguió amándola hasta dejarse morir bajo el sol.